SOMBRAS HEROICAS

LUIS BONAVITA

ILUSTRACIONES de SIFREDI

2a. EDICION

SOMBRAS HEROICAS

LUIS BONAVITA

SOMBRAS HEROICAS

ILUSTRACIONES DE SIFREDI

MONTEVIDEO - URUGUAY
1949

OBRAS ANTERIORES DEL AUTOR

«AGUAFUERTES DE LA RESTAURACION»
3 EDICIONES: 1941-1942-1943
«SOMBRAS HEROICAS» 1945

Queda hecho el depósito que
marca la Ley número 9739
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay
Impresora L.I.G.U. — Sommer y Cía.
Cerrito 740. - Montevideo. - Uruguay

*O que en estas páginas de modelada prosa aporta el doctor Luis Bonavita para el estudio de fondo del personaje histórico que campea en los capítulos de su libro, posee un valor sustancial y nuevo. El autor, en posesión de documentos no utilizados hasta ahora, cuya importancia aumenta por tratarse de papeles privados que equivalen a radiografías morales, entrega a los estudiosos de nuestra historia, subsidios capaces de llevar a la revisión de juicios tenidos por valederos y firmes.*

La vida del general Manuel Oribe, desaparecido hace noventa y dos años, todavía está por escribirse. Apenas muerto, J. P. Pintos, uno de sus jóvenes partidarios más adictos y entusiastas de su personalidad, resolvió poner su pluma de periodista militante a servicio de la gloria del vencedor del Cerro, escribiendo su vida pública. Poseído de la convicción que la tarea rebasaría el límite de sus fuerzas, y temeroso de la tacha de osado, pasó largos meses, esperando, entre admirado y perplejo, que alguno de los antiguos amigos de Oribe, próceres ellos, casi obligados a hacerlo, se determinara a narrar, testigo ocular y válido, la historia del segundo Presidente de la República.

Después de una serie de visitas, consultas y exploración de ánimos, llevadas a cabo entre los personajes correligionarios, adquirió Pintos, dolorosamente desen-

cantado, la seguridad que la sola idea de biografiar al antiguo jefe, era recibida con reticencias o soslayada del mejor modo posible.

Fué entonces cuando Pintos, enfermo y con escaso ánimo ya, hizo abandono de lo que creía noble proyecto, limitándose a dar a la imprenta en 1859, un libro de 168 páginas, que se ha hecho rarísimo, pobre trabajo, desde cualquier punto de vista, que no va más allá del año 38.

No puede decirse si este médico historiador, de talento vasto y flexible, sea quien ha de escribir, al fin, la vida de Oribe.

Circunstancias contradictorias y muy especiales, obligarían a considerar el caso.

Hay quienes entienden que el biógrafo de un personaje cualquiera, capacitado sobre todos, para serlo, tiene que haber llegado a una total penetración con su hombre; poseerlo y ser poseído.

Los franceses tienen, para expresar tal estado de espíritu, la palabra «hanté», *que podría traducirse, imperfectamente, por «visitado», valorando la intimidad.*

Bonavita puede, y lo tiene probado, evocar a Oribe en términos que éste casi se corporiza, pudiéndose ver, realmente, al largo y enjuto General que el Greco habría podido incluir entre los enlutados caballeros que acompañaron el entierro del Conde de Orgaz.

Pero de ahí al «hanté» hay toda la distancia que surge de las páginas de «Sombras heroicas».

Aunque tampoco deba deducirse de ellas, que los separe una barrera de odios. Tal vez pueda hallárseles, por el habitual trato de ultratumba, en un limbo del campo polémico, en que el juicio condenatorio aparente, solo sea expresión de la más depurada verdad.

Otra circunstancia a anotar, es que Bonavita no figura entre los partidarios del sitiador de Montevideo,

y yo creo que es entre los adversarios histórico-políticos de Oribe, de donde puede aparecer el definitivo historiador de esta personalidad contradictoria y bifronte.

No la escribirá quien comulgue en los altares del Cerrito. Hasta ahora, cualquiera sea su calidad intrínsica, entre los provenientes de ese campo —de Pintos hasta aquí— ha dejado otra cosa que estudios fragmentarios y aportaciones aisladas, aparte de infinitas páginas de polémica encendida o de apología desbordante.

Con Oribe pasa, a mi ver, y guardando las distancias, lo que con ciertas figuras históricas, según la observación de un notable historiador francés.

Cuando un hombre, después de levantar una tormenta de pasiones, capaz de perdurar, sin aquietarse, a través de un siglo, se convierte en el Héroe de un pueblo o de un partido, —es el caso de Oribe— sale del mundo de las realidades, y ya no hay, para él, historia que pueda escribirse validamente por sus partidarios políticos.

El hombre se ha convertido para ellos en un mito, y la leyenda que lo envuelve no les permite contemplarlo en el mundo de las realidades.

Libre de las nubes que lo envuelven, iluminado por la verdad histórica, privado de la fuerza sugestiva que emana del mito, lo desconocerán.

Por eso no saldrá del campo oribista el historiador que, conforme se ha dicho, «el general Manuel Oribe, por los grandes servicios prestados a la causa de la independencia nacional, tiene ganado el olvido».

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA

MUJERES DE ARTIGAS


FRED.

MUJERES DE ARTIGAS



SALVADA del olvido por el amor de un hombre, Isabel Sánchez es una sombra que ha de concretarse muchas veces, furtiva y melancólica, entre las ruinas de Santo Domingo de Soriano, hace tres siglos bullente y populoso pueblo, porque en él la ambición y la fe de los conquistadores hervían como dos ácidos.

Isabel. Sólo un nombre... y un hijo.

Pero bastan, para la historia, en la vida de aquel joven hacendado de 1789, rumboso y bailarín, y ya, en la voluntad del destino, el *emancipador*.

Nadie sabe cómo fué esa primera mujer de que se tiene noticias en la vida de Artigas, ni si tuvo muchas noches del hombre que tal vez ya soñara, imprecisamente, con ser más que simple centauro de las praderas orientales, o si, en una sola, única, le guardó el hijo que habría de ser la esperanza del grande y amargo desterrado.

Es una sombra.

Ni el tono de la piel — blanco o dorado — ni el del cabello, que en ese tiempo alardeaba de ser como

precioso manto, ni la estatura, ni la carnadura, ni la voz, ni el alma.

Debió, eso sí, ser joven como él, que enredadera nueva busca tallo nuevo, fácil de abrazar. ¿Cuántos lunas, a través del follaje espeso del Río Negro, vió la moza chaná antes de pasar por su casa el hombre de su destino? Fáciles de contar fueron, y no sospecharía ella que aquel amor fugitivo habría de darle una misteriosa inmortalidad.

Isabel Sánchez debió ser como el clavel del aire, montuno y grácil. Pero será siempre la *sombra*.

Al hijo, flor de aquel abrazo a la orilla de un río, Artigas le dió un nombre simple: Manuel. Y ese muchacho, su primogénito, llegó a ser la amorosa confianza del patriarca, que le encomendó a Santiago, el benjamín, cuando ya eclipsado su astro en el cielo de la época, se iba al Paraguay por una libre elección, decepcionada y tenaz.

La esposa. — Juventud inquieta, llena de esfuerzos y peligros, fué la de Artigas. Hijo de hacendado, trabajó con su padre en las estancias de Sauce Solo, Pando y Casupá, en épocas en que la campaña semibárbara tenía que ser, para un muchacho, toda una escuela de sacrificio y disciplina.

Así se le fué yendo la mocedad, y cuando en 1805 don Martín José Artigas pidió permiso al Virrey para que su hijo desposase a Rafaela Rosalía Villagrán, prima suya, el oficial de blandengues ya tenía 41 años, y ese extraordinario conocimiento del terruño, de los hombres y de la vida, que constituye la sabiduría esencial de los caudillos.

Rosalía fué, indudablemente, el único y profundo

amor de Artigas. Tal vez la quiso desde que era casi una niña, ya que ella llevó al casamiento una grácil plenitud. El era gallardo y de flúida palabra, quizás soñando ya con la soberana dignidad de la independencia patria, pues en 1793 Cavia pudo verlo en una estancia del Bacacay, hablando "en medio de un grupo de mozos alucinados". El libelista no quiso aclarar nunca el episodio. Debemos contentarnos, pues, con imaginar a la peonada, pendiente de la frase enérgica y clara del que veinte años más tarde redactará las Instrucciones.

Como siempre, el hogar se forma con el madrinazgo de todas las hadas; como ocurre muchas veces en este misterioso juego de la vida, la desventura, a la que nunca se invita, estuvo presente, invisible y silenciosa, en su destino.

Ninguna de sus uniones ilegales, tuvo, para Artigas, la fuerza ni la desdicha de ese amor que debió haber sido su remanso, y fué, en cambio, su fuente de amargura, y quizás de decepción definitiva.

Isabel Sánchez pasó por su existencia, como un relámpago; Melchora Cuenca, la dura paraguaya, tampoco pudo darle esa recatada ternura que él quiso en la esposa, y tanto debió necesitar para su equilibrio de luchador.

La estrella de Artigas no debió ser nunca signo de paz. Se acogió en 1795 al indulto de Carlos IV, borrando así no se sabe bien qué delito, quizás algún leve pecado de juventud, porque la justicia del Rey, en las Indias, no fué jamás de puño flojo. No sería ni siquiera por contrabandismo que se le habría procesado, como lo aseguraron los porteños Cavia y Be-

rra, afirmando sin pruebas y, como lo repiten aún, con desaprensiva ligereza, uruguayos contemporáneos, que acumulan todavía, contra el estóico Padre de la Nacionalidad, el calumnioso cargo antiguo.

Por el contrario, cuando se hace blandengue, obedeciendo a la vez a su instinto guerrero y de hombre de orden, defiende a los vecindarios con enérgico celo. En 1799 se le vé en Cerro Largo cumpliendo recorridas de vigilancia.

El 800 lo gasta íntegro en igual misión, por las costas y montes del Tacuarembó. Persiguiendo matreros, encontróse una tarde en una pulpería del Guaycurú, frente a un grupo de gauchos malos y peleadores. Lo dice en carta interesantísima, en la que hace su primera aparición un personaje de la literatura rioplatense, al que Artigas concede jerarquía por la manera como lo nombra:

—"Entre ellos estaba Manuel Silva, compañero de *Martín Fierro*", agregando: —"A Silva pude prenderlo; los demás juyeron".

En 1801 acompaña Artigas al sabio Azara en su misión de fundar pueblos. Dos años después baja a Montevideo, enfermo, y pide licencia para cuidarse. A mediados del 804 vuelve al servicio, continuando, con 65 milicianos bajo sus órdenes, la misma vida, dura, erizada de peligros. Recae pronto en su rebelde reumatismo, y con certificados de Bartolomé González, cirujano de los ejércitos de infantería, quien llegó a deshauciarlo en las Misiones, y del doctor Juan de Molina, médico del regimiento de dragones, pide al Gobernador Huidobro el retiro, que éste le niega,

obteniendo más tarde una nueva licencia que lo encuentra en los montes del Tacuarembó chico.

Cuando vuelve a la actividad militar lo hace ocupando un destino que no ha desempeñado nunca: lo nombran Comisario del Cordón.

Esta es, a grandes rasgos, la vida de Artigas antes del matrimonio. La hemos esbozado, porque toda ella, nutrida de trabajos e intranquilidades, fué la que encendería en su corazón, ese deseo de paz hogareña que constituye el ideal de los hombres de lucha. Como policía montada del Rey, — este es el nombre que puede dárselo al Cuerpo de Blandengues — Artigas llevó una existencia sin comodidades ni descanso, que él soportó sin queja, obedeciendo a un instinto racial, enraizado en seis generaciones aragonesas y criollas, en las que abundaron los militares.

Se le iba haciendo el destino...

* * *

Rafaela Rosalía Villagrán quizá encontrada para su vida en alguno de los furtivos viajes a Montevideo, ¿iba ya, adolescente, en su corazón?

Hija de una hermana de su padre, es de suponer que se conocieran, y bien pudo ser que Artigas tuviese por la joven prima una secreta y acendrada ternura. Nada se sabe del noviazgo. Pero es seguro que, en aquel hogar presidido por una Artigas — gente de honor y severas convicciones — el cansado hombre de vida sin remansos, debió poner toda su esperanza de reposo. El cargo de comisario tenía que parecerle entonces una canongía. Tal vez pensara que alcanzaba, al fin, la puerta de un pequeño y seguro cielo.

Mientras tanto, en el umbral, hacía guardia la malasuerte...

* * *

Rosalía era un temperamento emotivo, que había recibido, por línea paterna, peligrosa herencia psicopática. Su genitor, etilista inveterado, no le legó una siquis sin sobresaltos, sino una afinada trama de nervios, siempre dispuesta a sacudir la normalidad de una vida que no encontrará jamás el clima propicio para el equilibrio.

Cuando nace el primer hijo, esperado con temor enfermizo por Rosalía, fortalécese la íntima esperanza de Artigas, fundador de una nueva familia. José María es sano y vivirá. La madre cree llegada, al fin, la hora de la paz absoluta. El marido sigue mejor de su reuma, y aunque no ha conseguido el retiro, la vigilancia del nuevo barrio capitalino, exige muy relativos sacrificios.

De pronto aterra a la esposa la noticia tremenda.

Los ingleses, desembarcados en el Buceo, desparraman sus casacas rojas por la playa, y se dirigen a la población cercana. Cuando se entabla el combate del Cardal, uno de los piquetes que muestran más encarnizamiento en la lucha, es mandado por Artigas en persona. Lo forman unos pocos soldados bajo sus órdenes y un grupo de peones del establecimiento de su padre.

La batalla es un golpe para Rosalía. Siempre temió por la suerte del novio, cuando se jugaba la vida al frente de sus hombres. Pero entonces estaba lejos, no calculando ella el peligro real.

Ahora siente la fusilería a las puertas de su casita del Cordón, junto a la iglesia. El riesgo que corre el compañero, ahora puede medirlo. Sus nervios, agotados, resisten apenas los quince días del cañoneo.

Cae en Febrero la ciudad, y comienza la corta dominación extranjera. Son seis meses de corrección absoluta del invasor, al cabo de los cuales los británicos se retiran, dejándonos la imprenta, el vidrio, y un deseo no manifestado hasta entonces: el de la libertad.

* * *

Termina ese terrible año de 1807, cuando le nace a Rosalía, una niña. A los pocos meses la pequeña Eulalia muere. Sufre la madre otro golpe que repercute hondamente en su ánimo.

En 1808 un nacimiento frustrado vuelve a herirla, pero esta vez de una manera más grave. Empieza a bosquejarse en ella la manía melancólica. Todo contribuye a crear el proceso patológico: los puerperios, febriles, encuentran terreno fértil, ya que no falta la predisposición nerviosa, elemento indispensable para que prosperen las psicopatías de origen gravídico o puerperal.

Artigas vuelve a campaña, Rosalía queda con el niño en casa de su madre. Conoce el marido la gravedad de su mujer, y escribe angustiado, a la suegra, en 16 de Agosto de 1809, desde el lejano Paso del Polanco:

—"Mi más venerada señora: aquí estamos pasando trabajos, siempre a caballo, para garantir a los vecinos de los malevos. Siento en el alma el estado de

mi querida Rafaela. Venda V. cuanto tenga para asistirla, que es lo primero, y atender a mi querido José María, que para eso he trabajado".

El nacimiento de la segunda hija, agrava el estado de la enferma. Pero no es todavía el golpe de gracia, que llega en Abril de 1810, cuando apenas cumplidos los cinco meses de edad, muere Petronita, estallando entonces la crisis final que hunde a Rosalía en la locura definitiva. No falta nada en el cuadro, ni las alucinaciones que la horrorizan, ni la manía persecutoria, ni las crisis agudas que llegan a alcanzar una violencia inaudita.

Doña Francisca Artigas se refugia en Canelones con el espectro que parece entonces su hija Rafaela, que ignorará los mejores años de la vida del Libertador. Ha terminado su breve y triste intimidad con Artigas. No comparte el triunfo de Las Piedras. No va con él al Exodo.

La niebla que por quince años envolverá su espíritu, ha de concretarse, al fin, en sudario.

El 10 de Febrero de 1824, mientras Montevideo asiste a las fiestas nupciales de un personaje de la Cisplatina, muere Rosalía, en un cuartucho del Hospital de Caridad.

Y en esos momentos es tal la pobreza de su madre, que cuando le da sepultura en el cementerio inmediato a la Matriz, casi tiene que resignarse a aceptar el tosco ataúd de pino que se concede a los indigentes en todos los hospicios del mundo. La cláusula tercera de su testamento, dictado en 1831, aclara y completa el amargo episodio:

—"Quiero que se devuelva al canónigo Pedro Vi-

dal las cinco onzas de oro que me prestó hace siete años para enterrar a mi hija Rosalía".

La Lancera. — Joven y bien parecida dicen que era Melchora Cuenca, cuando Artigas la conoció en el Hervidero, pasados ya los días del Exodo. Paraguaya de origen, debió parecer, como todas las mujeres guaraníes en la plena juventud, algo así como una flor de la maraña tropical, una de esas flores que en el dialecto aborígen tienen tan lindo nombre, de acento agudo, gracioso y musical.

Dos hijos le dió al Jefe de los Orientales; dos hijos que él debió querer hondo, sobre todo al varón, nacido en la Meseta, y al que Artigas puso un nombre simbólico, Santiago, grito hispánico de guerra, señal de batalla, vocalización de acometida...

Tres años tiene Santiago, cuando, decidido ya el exilio, se lo recomienda Artigas a su primogénito Manuel, en carta que debe ser estudiada frase a frase, porque puede arrojar alguna luz en el tremendo misterio del ostracismo. Ni el niño, tan chico, que tanto hubo de preocuparlo, pudo destruir la resolución tan sombría y estóica, que parece enraizada en piedra. Más que todo cariño primó la espantable voluntad de dejar cuanto era su sangre, su amor y su obra, para vivir treinta años sin una claudicación de blandura, eremita y labriego que fué arrancando de su corazón, hasta el recuerdo.

¡Cómo habrán sido los primeros tiempos paraguayos de aquel emigrado de hierro, a quien cercaba ya la triste fortuna de la gloria póstuma, que es como el pan precioso pero inútil de la leyenda del rey Midas!

Melchora quiso seguirlo al ostracismo, yendo con él hasta Mandisoví, desde donde Artigas la hizo volver a la Banda Oriental, con una incurable herida de resentimiento que nada podría cicatrizar jamás.

¡Curioso juego de las fuerzas poderosas y desconocidas! Mientras él pedía asilo a la patria de su mujer, fué en la suya que se recogió ésta, en la que habría de morir más tarde, bravía y longeva, sin perdonar al hombre que no la dejó compartir del todo su dura vida. ¡Más le duele a una mujer no ser la compañera elegida para el sacrificio, que la alegra el serlo en la buena fortuna! La desgracia es como un viento despojador de cosas inútiles, y es en ella que el hombre se encuentra a sí mismo.

Entonces, la mujer que toma, tiene para él un valor profundo y exacto. Por intuición o por natural inteligencia, Melchora sintió la indeclinable negativa como una repulsa. No tenía la menor cultura, pero sí, tal vez, un vivísimo instinto femenino. Regresó con los hijos, y ya nunca tuvo para su marido, un recuerdo que pudiera significar siquiera continuación de costumbre de familia. No quiso jamás que alguno de sus descendientes llevase el nombre de pila del que fuera su hombre. Una larga lucha en trabajos humildísimos por los campos del litoral — Mandisoví, Queguay chico — fué desde entonces su existencia.

Manuel la tuvo a su lado un tiempo, mientras velaba por Santiago. Ella era díscola y rebelde; poco duró la alianza, y cuando de paso por su rancho se llevó Rivera al niño al que habría de hacer soldado de India Muerta y Cagancha, siguió ella con su hija María, la vida humilde y difícil. Tal vez como pro-

tección en los largos caminos, peligrosos entonces, usó siempre una lanza. Frente a las pulperías del pago la recostaba, al bajar del caballo, con la media luna brillando a la luz. Era su seña. Su marca. Ya se sabía entonces que adentro estaba Melchora Cuenca, la mujer que había sido del General Artigas, al que los Presidentes Rivera y Oribe invitaron a volver al país para ser en él el primer hombre de la República... ¡No se sabrá nunca que secretos designios lo sostuvieron, misterioso y férreo, en su mísero refugio del Paraguay!

Aquel hombre reconcentrado, de carácter tan difícil de descifrar, tuvo la acerada fortaleza de los héroes y de los mártires. A pesar de su poderío, y del resplandor que hoy rodea su nombre, nadie eligiría su destino glorioso y cruel.

Desde joven fué tan inflexible como desventurado. Ninguna de las mujeres de su vida pudo constituir para él el remanso que necesitan los hombres de su temple. Isabel fué apenas una tibia sombra; a Rosalía, la falta de razón le aventó la ternura; Melchora, la lancera, no dejó de ser nunca áspera e indomable.

Es seguro que ninguna tuvo la intuición femenina capaz de comprender la extraña psicología de aquel hombre en el que tal vez siempre estuvo incubándose una decepción tan llena de rebeldía, que pudo hacer de él algo así como un viajero que tira todo por la borda de su barco, despojándose voluntariamente, y, pasado el peligro, persiste en la fortaleza o en la misantropía de no volver a tomar nada de nuevo...

Las tres le dieron — la primera y la última en libertad de amor — los hijos que él — hombre de acción y de ensueño — necesitaba para continuarse.

Ninguna habría de ofrecerle, en cambio la plenitud.



LA TRAGEDIA DE LAVALLEJA



LA TRAGEDIA DE LAVALLEJA



OCO se ha escrito sobre los últimos veinte años de la vida de Lavalleja. Angustiados y sombríos, parecerían la expiación de faltas no cometidas, en realidad, por esa alma límpida. Desempeñó el gobierno de la Provincia Oriental en 1829. Es su última llamarada, tras la cual lo envuelve la penumbra. Detrás de ese fulgor, quemó su gloria antigua.

En 1832 atacó sin motivo la gestión presidencial de Rivera. Esperaba, en su fuero íntimo, el apoyo de la espada y el prestigio de Oribe. Primer error. El Capitán de Puertos de Montevideo parece tener alma de legalista, y no se moverá de su puesto. Fracasan, una tras otra, tres intentonas revolucionarias organizadas por el jefe de los 33. Obliga la última a huir al levantisco y a refugiarse en Buenos Aires. No le queda nada. Al degradarlo le han confiscado sus bienes. Las horas lo abruman en el destierro, y posa para Goulú. Es de esa época el óleo célebre: entrecejo arrugado, patillas clásicas, manos regordetas y cortas, apoyándose la izquierda sobre la espada.

Levanta Oribe el destierro, y la amnistía retempla el ánimo de los aventados por el turbión revolucionario. Vuelve Lavalleja a la patria. No solo. Lo acompañan los oficiales que constituyen hasta entonces la base de su fracción política. El momento es histórico. Al pisar de nuevo el país esa oficialidad rodea al Presidente Oribe. Comprende el todopoderoso la ventaja que puede sacar de una siembra de generosidades. Reincorpora pues, al ejército, con su antiguo grado, a los proscritos. Con ellos forma su núcleo propio. Ese núcleo es la base del Partido Blanco.

Así desaparece el lavallejismo. ¿Qué puede hacer Lavalleja, jefe de partido, al que su partido se le escapa? Plegarse al de Oribe, que es el suyo con distinto jefe. La Historia conoce estos trasiegos, siempre orientados en dirección a la tienda del vencedor.

El entusiasmo de Lavalleja por el bando político adoptado de manera tan singular, tenía que entibiarse, y se entibió, evolucionando, al final de su vida, hacia el grupo colorado.

En el Sitio Grande estuvo en el Cerrito. ¿Era blanco, todavía, en la intimidad de su pensamiento? Aclaremos. Fué colorado de última hora, por haber renegado públicamente de su antigua secta, al estrechar lazos con Melchor Pacheco y Obes, uno de los puntales de la Defensa. Integró así Lavalleja el Triunvirato del 53, nueva fórmula ejecutiva, instituída al derribar Pacheco a Giró, luego que éste deshizo, en provecho del oribismo, el equilibrio de los partidos emanado de la paz de Octubre.

Triunfante el movimiento armado de Julio, no pudo consagrarse fórmulas tibias. Colorado Flores, y de

la Defensa. Colorado Rivera, fundador del partido. Colorado Lavalleja, que acaba de arrancarse la divisa federal.

* * *

Se ha divulgado poco la actuación de Lavalleja durante la Guerra Grande. Llegó al Cerrito en Octubre de 1845. Atravesando el Cardal un caballo lo llevó desde el Buceo hasta la tienda del Jefe. "El Defensor" anunció su llegada sin desmedido entusiasmo: catorce renglones perdidos en tercera página, que, más que un elogio al héroe que se incorporaba al campamento, son una diatriba contra "El Nacional" que denunciara su desaparición.

Venía de la Colonia, tomada dos meses antes por fuerzas coloradas de mar y tierra. Cuando pasó por Montevideo debió recordar que dentro de muros luchaban por defender la patria amenazada, compañeros distinguidos con los que él mismo había hecho la nacionalidad. Lo separaba de ellos, ahora, la sombra de Cagancha: allí Lavalleja combatió junto a Echagüe, como jefe de las milicias entrerrianas.

Ahora está en el Cerrito. Es el héroe de la cruzada de 1825. Tendrá la fina consideración de Oribe y los suyos.

No. El General don Juan Antonio Lavalleja no debía recibir buen trato en el Cerrito de la Victoria.

Se le negó mando de fuerzas, en una guerra en que lo tuvieron coroneles como Montoro y como Maza. Se le retaceó los víveres. "El General Lavalleja sufría tan completa miseria, que por mucho tiempo no tuvo otro manjar en su mesa, que una paleta asa-

da, de la mala carne que se le daba en el matadero como ración".

Esas comillas encuadran frases del General Antonio Díaz; son palabras de verdad ,escritas por el Ministro de Oribe al borde de la tumba. Testimonio insospechable: por él sabemos que al vencedor de Sarandí se le hizo padecer hambre en el Cerrito.

* * *

Mientras tanto, la hermosa Ana, compañera de su vida inquieta y difícil, vivía en la ciudad sitiada.

Manos mercenarias habrían abofetado a la heróica mujer durante la toma de la Colonia. "El Defensor" acoge la versión, le da crédito y cree de su deber indignarse.

No es posible aceptar como cierto el atropello. Al frente de las tropas de ocupación, se hallan don Lorenzo Batlle y don José Garibaldi. Con tales jefes la soldadesca no es vandálica. Además, a doña Ana de Lavalleja no se la abofetea fácilmente. Es de la estirpe del fraile Monterroso, que ha hecho del valor personal su verdadero evangelio. Episodio del 32: invade la autoridad el domicilio del jefe de la cruzada del año 25. Con una pistola en cada mano espera doña Ana el asalto, mientras el esposo escapa por los fondos. Los diarios de la época cantan a la indomable. Era, sí, valerosa y enérgica. Benjamín Poucel, que la visitó el 46, encontró merecido el concepto público que veía en ella "el alma de la espada del General".

Su posición, en esos momentos, era realmente crí-

tica. En las borrascas políticas el sueldo de un militar no llega hasta la esposa de un rebelde. Un aviso del "Comercio del Plata" del 47, anuncia la venta, a muy bajo precio, en casa de Lavalleja, de una "magnífica cocina económica hecha por Marino". Otro, ofrece cuartos para alquilar, en casa de Lavalleja, calle Zabala. En uno de ellos Madame Anita Doumergue acaba de abrir su tienda. Existe la casona, que fuera residencia de Lecor durante la dominación portuguesa. Severa arquitectura, líneas sobrias y delicadas. Solo una extrema necesidad debió obligar a doña Ana a ceder, por unas monedas, las piezas de su hogar. Esa práctica es patrimonio de nuestra época, y no de la patriarcal del Sitio Grande. No es del todo inútil esta digresión.

Se ha mantenido mucho tiempo la leyenda de la miseria en que murió Lavalleja. Hay que destruirla. Conoció privaciones en el Sitio, como su mujer dentro de muros. Pero no murió pobre. Si el erario público pagó *sus deudas,* después de los funerales, eso no significa que el General no fuera dueño en sus últimos años de una fortuna cuantiosa. Eran suyas la casa de la ciudad vieja, la estancia de Soriano, así como los extensos campos del Salto. Tan extensos, que la sucesión regaló al Estado en 1860, seis suertes de estancia, en medio de las cuales debía levantarse más tarde el pueblo de Belén.

Esas tierras eran sólo una parte de las diez leguas cuadradas que se le escrituraron al héroe en 1838. Seis suertes de estancia. 2700 cuadras por suerte. Verdadera fortuna, de la que no dispuso nunca el dueño,

porque la congelaron las continuas reyertas del país y los complicados procedimientos judiciales.

* * *

Seis años pasó Lavalleja en el Cerrito, años amargados, de personaje segundón. Fué fácil aprovechar su estado de ánimo, para embarcarlo en una conjuración en la que formaron Berro y Acevedo, que persiguió el zarpazo a Oribe para despojarlo del mando. Era a mediados de la Guerra Grande, y Lavalleja vivía con su hijo Constantino y un esclavo, en una de las laderas del Cerrito, casi en las orillas del Miguelete. Oribe estaba entonces postrado en cama, pagando tributo a una de sus terribles crisis abdominales. Al descubrirse el complot, se persiguió a los tres personajes, a uno de los cuales, el doctor Acevedo, se le hizo objeto de una asonada nocturna.

Cosecha de amargura recogió Lavalleja en esos seis años de humillación. Tenía derecho, por la epopeya del desembarco y la tarde de Sarandí, a una vejez respetada y serena. No encontró entre sus correligionarios del Cerrito la paz que merecía: se le escamoteó el respeto debido a su pasado.

Con sangre debe haber escrito, al borde de la tumba, su triste carta de 1853:

—"Mi desgracia ha consistido en haber creído al Partido Blanco, que me hablaba en nombre de la Ley y de la Patria, para hacerme instrumento de sus infamias y de sus maldades. Dios ha permitido que no muera sin poner la espada de Sarandí del lado del Partido Colorado, al cual he debido pertenecer toda

mi vida, porque en él estaban mis principios, la gloria de mi país, y de mi nombre".

Las últimas palabras son un grito. Por ese grito llegó al Gobierno de la República. Pero el destino había dispuesto que no tendría vida sino para el sufrimiento.

Ni un mes desempeñó el alto cargo.

* * *

Plaza Zabala de hoy, entonces Fuerte. Casa de Gobierno. 3 y ½ de la tarde del 22 de Octubre de 1853. De espaldas a la calle Wáshington, está sentado el General Lavalleja, dando trámite a un asunto secundario. Junto a él, el coronel Venancio Flores. Recién llega de campaña donde pacificara los departamentos domando a los caudillos. Asisten a la reunión Juan Carlos Gómez, Lorenzo Batlle y Sayago, Ministros del Colegiado. Firma Lavalleja el que debía ser su último pliego, y lo entrega al joven auxiliar Mariano Ferreira. Se incorpora luego bruscamente, y cae en seguida. Dos profesores de medicina, los doctores Muñoz y Michaelson, acuden de inmediato.

Corta el primero la vena del codo derecho en un inútil intento de sangría.

La noticia cobra alas en el pequeño Montevideo de entonces. En voz alta se lamenta la pérdida. Por lo bajo corre algo serio y secreto: —Sobre el mediodía tuvo lugar un gravísimo incidente entre los colegas de gobierno; tan grave, que Flores, queriendo cortar, ha levantado el látigo sobre la cabeza del vencedor de Sarandí.

Llega hasta Flores el rumor indigno. Se relaciona ese imaginario golpe de rebenque, con la muerte inesperada del triunviro. Por otra parte, muy grave Rivera, que no ha llegado aún del Yaguarón, la eliminación de Lavalleja significaba el poder absoluto en manos de Flores.

La noble alma de don Venancio se sobresalta. El no debe permitir que subsista ni la sombra de una duda sobre esa muerte sospechada a la que se relaciona su nombre. Con Juan Carlos Gómez concierta inmediatamente la autopsia. De personajes importantes, sólo se recuerdan dos, hasta entonces: la del General Britos, pedida por Oribe a raíz de la derrota de Palmar, y la del General Garzón que debía hacer cancelar por seis meses el título del médico francés don Pedro Capdehourat.

* * *

No se busque como causa directa de ese raro pedido de autopsia, otra que el legítimo afán de Flores de sincerarse de una calumniosa acusación. ¿Por qué, si no, ese empeño tenaz para que la viuda consienta en ella? ¿Por qué esa apertura de puertas a la casa enlutada?

Los jefes de guarnición, la oficialidad mayor del ejército, los hombres del gobierno, y trece médicos presencian la necropsia.

En la sala de honor de la casa de la calle Zabala, que vió, en otra época, la celebración brillante de los fastos de la patria, y la íntima de las fechas domésticas, está extendido sobre una mesa, el cadáver

desnudo del general Lavalleja. Tres médicos son los encargados de la operación: Vavasseur, Vilardebó y Correa. La presencian los doctores Ferreira, Muñoz, Mendoza, Odiccini, de Moussy, Michaelson, Constant y Neves.

El bisturí practica una sección circular en el cráneo, a corta distancia de la protuberancia occipital externa.

Los hombres de guerra que presencian la escena, no reprimen, a pesar de la fiereza de su oficio, un estremecimiento. Sobre la cabeza respetada, la sierra cava el hueso. El cirujano levanta con esfuerzo la calota.

—"Salen como dos libras de una sangre flúida y negruzca, contenida en la cavidad de la aracnoides".

¿De dónde procede esa hemorragia?

—"Se convencieron los infrascriptos, de que a más de lo que contribuyó a este derrame, la sección indispensable de las falcemesoria, y por consiguiente la del seno longitudinal superior formado por ella, debió en su mayor parte, ser ocasionado por una ruptura de forma elíptica que se advirtió en la parte correspondiente a la pared del seno lateral del lado derecho, formado por la tienda del cerebelo".

Se quita luego la parrilla costal.

Vavasseur levanta en su mano el corazón y lo muestra a sus colegas. "Se ha agrandado, a expensas de sus cavidades derechas; sus paredes están flácidas. Las válvulas suficientes y sanas".

Los médicos deliberan.

—"La muerte del Exmo. Brigadier General don Juan Antonio Lavalleja, debe atribuírse a una con-

gestión cerebral, residente especialmente en las membranas del encéfalo, lo que produjo la ruptura del seno lateral ya descrita, y al colapso de las fuerzas, subsiguiente al derrame sanguíneo".

* * *

La originalidad de este trabajo debe verse en la aplicación del criterio científico moderno, al protocolo de autopsia que nos dejaron, como documento inapreciable, los médicos del 53.

Negamos la posibilidad de la ruptura espontánea del seno venoso, sin previa lesión del vaso. El seno longitudinal superior es una enorme vena protegida por la hoz media del cerebro. Para que se rompa, es necesario un violento traumatismo craneano, determinando, por la penetración de una esquirla osea en la cavidad, la lesión del vaso y su ruptura inmediata. Un trauma de esa naturaleza deja fuerte huella en la bóveda. La ruptura espontánea del seno es una lesión desconocida en la patología. Su herida tiene que haber sido un accidente de autopsia: o lo partió el cirujano al levantar la calota, ò lo rompió el serrucho al penetrar, en una escapada, dentro del cráneo. Puede abrirse sin trauma el seno longitudinal; pero para que eso sea posible, se necesita la coexistencia de una lesión local del oído, o de una lesión circunscrita al hueso temporal. Ninguna de las dos existió. No las menciona el protocolo.

Descartamos pues, la primera conclusión de la autopsia: la hiperhemia del encéfalo no produjo la ruptura del seno. — ¿Así, pues, la muerte se debió

a la simple congestión cerebral constatada en la necropsia?

De ninguna manera. — La muerte fué brusca, y no es esa la forma de terminar de las congestiones encefálicas.

¿Por qué murió Lavalleja entonces?

Hay que buscar las causas en el corazón y no en el cerebro. — No se menciona en el protocolo ningún corte a las coronarias. — Es lástima. — Se aferra el pensamiento a una posible trombosis de estos vasos.

Nuestra relativamente larga práctica médico-legal, nos permite tener un criterio propio sobre este problema; establecido ya, ofrecemos otros, obtenidos en consulta.

El doctor Velarde Pérez Fontana ratifica nuestra manera de pensar: opina que no puede haber ruptura espontánea del seno, y que la congestión cerebral es insuficiente para explicar esa muerte súbita.

Cree muy factible la producción de una trombosis coronaria.

Al doctor Schroeder le extrañó la cantidad de sangre. — ¡Dos libras! — Aún considerando que fueran libras farmacéuticas, de 12 onzas, alcanzarían casi a los 700 gramos. — Derramada esa sangre en el cráneo, ¿qué espacio hubiera dejado para el cerebro? — Un encéfalo que sufre la presión de esa masa líquida, debe aparecer a los ojos de los médicos, aplastado, destruído, hecho una lámina.

El cerebro de Lavalleja no presentó ese aspecto, ya que se le hizo cortes, se los estudió, y se los encontró sanos.

El derrame debió ser, pues, menor, proviniendo,

no solo de la sangre del seno longitudinal, sino también de las venas del cuello, cuyo contenido gana el cráneo en las autopsias, por la posición declive en que se coloca casi siempre la cabeza sobre la mesa de estudios.

Creyó con nosotros en la imposibilidad de la ruptura espontánea, sin traumatismo, de un seno normal.

Para que se rompa ese vaso tan protegido, es necesario su lesión previa. — Aquí no hubo trauma ni lesión del vaso: la apertura del seno tiene que haber sido un accidente de autopsia. — Para cortar la calota se emplea el serrucho; quien haya abierto un solo cráneo, sabrá lo fácil que es pasar el hueso con la sierra, llegando hasta el cerebro, a pesar del cuidado en no herirlo.

Así, pues, el seno longitudinal no se abrió en vida. — ¿Y la hiperhemia cerebral?

Existió, pero puede haber sido solo una congestión agónica.

El protocolo detalla las lesiones:

"Superficie de la aracnoides visceral presentando en varios puntos de la superficie convexa del cerebro, una inyección arterial muy aparente; los vasos venosos de esta víscera, muy distendidos por la sangre que contienen."

Derrame cerebral no lo hubo, según el informe de los cortes. — Casi siempre es arterial la hemorragia meningea. — Aquí no se constató nada. — Ni tumor, ni placa meningea. — Además. — La congestión del cerebro no mata bruscamente. — Se establece el derrame y el enfermo cae. — El sujeto que la padece se debate, se queja, estertora, entra en coma. — Pero vive

horas o días o meses. — La única lesión central que mata en hachazo, es la que alcanza el bulbo. — Las demás ofrecen agonía previa a la muerte.

La que no dispone de agonía, es la muerte de los cardíacos. — Tan sabido es ésto, que es la muerte deseada. — La caída es brutal. — Sin una palabra. — Sin una queja.

Lavalleja terminó en esa forma. — Don Mariano Ferreira lo vió llevarse la mano al pecho, y desplomarse. — Es un cardíaco cayendo fulminado.

Primer hilo para el diagnóstico. — Otro lo ofrece la compañera del General. — Don Pedro Carve cruza, corriendo, los pocos metros de la calle 1.° de Mayo, entra a la casa de Lavalleja por la cochera de la calle del 25 y golpea a la esposa con la noticia.

La frase tranquila de doña Ana:

—"Todos los Lavalleja mueren del corazón", llega hasta nosotros, y nos trae algo más que una prueba de su resignación inmediata.

Nos aporta un seguro antecedente familiar, tan valioso en estas afecciones.

Pero hay otro dato en la autopsia, de un enorme valor para nuestro diagnóstico retrospectivo:

—"Corazón de volumen algo mayor que el natural, especialmente en su ventrículo derecho; ambos ventrículos vacíos de sangre, y sus paredes reblandecidas."

Paredes reblandecidas. — Constituyen la marca de la miocarditis. — Ese corazón flácido, es un corazón enfermo. — Lo atestiguan los doctores Odiccini y Vavasseur, al recordar este antecedente personal: ellos

asistieron al General Lavalleja, en distintas épocas de su vida, por ataques más o menos bruscos y graves.

Lavalleja, pues, no tuvo la muerte de un cerebral, sino la de un cardíaco.

El accidente que lo ultimó, debió consistir a nuestro juicio, en un infarto del miocardo.



UN PROCESO MEDICO EN EL 51



UN PROCESO MEDICO EN EL 51



LA MARCHA TRAGICA. — Cuando a mediados del 51 don Antonio Cuyás y Sampere visita a Urquiza, lo halla intranquilo en su palacio de San José, no tanto porque el Brasil no se decide a integrar la alianza contra Rosas, como por la demora de Garzón, de cuya gravedad acaba de enterarse.

—"Al fin apareció su carruaje en la cuchilla, donde paró, permaneciendo inmóvil más de media hora, hasta que, volviendo a tomar la marcha, despaciosamente, llegó al cuartel general como a las 6 dela tarde".

Dominador de las nieves, de los trópicos, y de los vientos sueltos y huracanados, mucho debe sufrir Garzón para rogar le tiendan un lecho cómodo en la galera que lo lleva hacia su destino. Tuvo desde la juventud ese aspecto triste y austero, la misma dulce mirada, pero no esta delgadez enfermiza, esta angustia que explican la inquietud médica y el sombrío pronóstico.

Un drama, la marcha sobre Montevideo.

Crecen los arroyos y se desbordan, mientras por

la picada de Oribe cruza el ejército el Río Negro en 31 de agosto. Cuando acampa en Carreta Quemada, aparece Anacleto Medina, fraternizando. Acércase el fin del Sitio. El 1.° de octubre se tirotea la vanguardia entrerriana con partidas sueltas de la gente de Oribe. No es la batalla: las tropas del Cerrito descansan. Garzón pide su caballo ese día. No monta desde que le aconsejaron los médicos una quietud casi absoluta. Traído de la brida por un soldado, se acerca "Vences" relinchando. Es entero el famoso rosillo media sangre que le regalara Urquiza, y su fogosidad natural, exaltada por el largo descanso, intranquiliza a los íntimos del General que presencian la escena. Esforzándose, salta Garzón sobre la montura; quiere recorrer la línea tendida en frente de batalla: tal vez pulsa una fortaleza que no posee. Se tiende "Vences" en cómodo galope, y de pronto, echando adelante al jinete que ha recogido las riendas, detiénese bruscamente. Lo ayuda a desmontar su ayudante. Pálido, apretándose el pecho con las manos, pide el general que le acerquen el coche.

—"No puedo sufrir más" — exclama.

—"Me dijo esas palabras al oído, para que le oyera, porque tenía ya muy poca voz", dicen las Memorias inéditas del Comandante Madrid.

Los días que siguen son los de la angustia, los del dormir "con el caballo de la rienda". El campamento ciñe ahora un gajo del Colorado, del que parte en el amanecer Venancio Flores, en procura del Cerro. Aumentan los pasados. En la mañana del 4, — llueve desde el 1.° — llega el general Lavalleja; trae con él dos

de sus hijos, varios jefes y oficiales, y entre estos "el rengo Uran".

A la madrugada del 8 de octubre están sobre Las Piedras y en la tienda del Jefe se marca el último día del Sitio con esta escena extraña: han llegado desde Montevideo los coroneles Batlle y Tajes, y el capitán Albin. La entrevista es breve y la termina Garzón, incorporándose sobre las almohadas para dictar una orden, en voz muy baja, a su ayudante Fructuoso Gómez, joven entrerriano que se parece de una manera milagrosa a su tocayo y padrino el general Rivera...

Gómez sale... y vuelve trayendo la lanza de Garzón. No tuviera más valor si fuese la de la noche de Zepita, la que conoció los campos de América, cuando su dueño era capitán de San Martín o ayudante de Bolívar. Va a regalar su lanza Garzón, su lanza corta, la de los tiempos de cadete de Artigas, y del teniente de Rondeau.

"Ese hombre sabe, pues, que va a morir. No abandona ningún guerrero sus armas sino ante la muerte cierta. Impresiona ahora la palidez del general. Madrid ratifica la orden, y luego, acercándose al coronel Pancho Tajes... le entrega la lanza del general. Tajes se cuadra y dice algunas palabras que nadie escucha, porque Garzón ha doblado la cabeza, que cae sobre la almohada. Se inclinan a auscultarlo los doctores Ferreira y Muñoz. La tienda queda sola. De muy lejos llegan descargas aisladas, encendiéndose en la oscuridad llamaradas sombrías. Es Montevideo, que festeja la paz, y la Restauración, que pone fuego a sus barricas de brea, y suelta sus guitarras...

El 2 de noviembre la galera del general parte desde el Pantanoso.

Allí, muy cerca, está su destino.
Su destino, es Montevideo.
Y es Capdehourat.

El médico y el arcano. — No exageramos afirmando que ante la gravedad del general Garzón, la misma paz de octubre pasó a plano inferior en la ansiedad pública. El veterano no ha gustado mucho el clima que ahora lo rodea, esa atmósfera familiar que tanto habrá añorado después de los combates. El doctor Enrique Muñoz sigue en su pulso los avances de una afección que no perdona. Por su pronóstico temible, doña Angelita —sombra amorosa y angustiada — multiplica consultas. Examinan al enfermo, Ferreira, Odicini y Muñoz; Brunell y Michaelson; de Moussy a quien no se le ve nunca sin la compañía de Marrouin, su colega de la armada francesa; Bruno y Siffredi; y Oliveira, médico de los jefes brasileños desde la intervención del Imperio, y Mattos. que no pensaba aún especializarse en Río en las enfermedades tropicales.

La ansiedad pública aumenta. Garzón es el único candidato a la próxima Presidencia. Bastó su llegada al territorio nacional para que se iniciara el desbande en las tropas del Cerrito, cerrándose así el ciclo rojo, que termina sin sangre, para dejar, a pesar de la cláusula piadosa, un perdedor.

El 7 de noviembre se efectúa la última consulta, agria, áspera, un duelo entre los cinco profesores de Montevideo y ese médico francés que ha venido a la

ciudad, desde la cercana Restauración, perdiendo una hora entre los cardales del Camino Real.

El nuevo médico da esperanzas. Reconoce la gravedad, aunque al tiempo de irse, deja caer enfáticamente estas palabras, ante el silencio de los colegas:

—"Pero yo he de curarlo".

Capdehourat cambia el tratamiento y es liberal en la alimentación. El enfermo mejora de aspecto y de ánimo. ¿Ganará el bearnés la brava partida?

Así transcurren veinte días. Las alternativas, lógicas, no consiguen voltear la confianza que domina ya en la ciudad.

En la madrugada del 26, el enfermo, que dormita penosamente, da muestras de pronto de una ansiedad extraña. Cuando llega Enrique Muñoz, encuentra a Capdehourat en la casa. Está contento, con un brillo especial en los ojos, ese relámpago que tanto le conocen los íntimos, y que constituía toda su sonrisa.

—"Es una media onza" — dice.

Se refiere a la hemorragia, que ha quedado en un rincón, como un testigo ingrato.

Comienza la batalla. Estupefacto, Muñoz, — clínico de Edímburgo — escucha la opinión de Capdehourat, satisfecho por esa hemorragia salvadora:

—"Esos coágulos son antiguos".

De su ademán se eleva el pronóstico favorable.

Muñoz, protesta con su vehemencia habitual.

—"Mi colega: esa sangre anuncia la muerte".

Son pocas palabras. Pero Muñoz las grita para grabar su convicción en el otro. Luego recobra la calma, y desarrolla con cortesía su pensamiento. Los esputos hemoptoicos de los primeros días no han vuelto

hasta esa madrugada en que, al fin, la hemoptisis, que reconoce discreta, se ha presentado. Ahí está, retraída, en el coágulo opaco, amenazante, porque si hoy traduce la ruptura de una arteriola, nadie podría asegurar que mañana no se partirá la subclavia.

Capdehourat lo mira.

Es la primera vez que se habla, entre ellos, de aneurisma.

La borrasca — eso fué esta consulta — parece disiparse. Muñoz no tiene derecho a volver — ya no es médico de cabecera, desde que lo luxaron el día 7 — pero promete hacerlo por la tarde. Antes de irse, ruega a su colega que se decida por la sangría. Con Ferreira lo sangraron en el Colorado, la tarde en que el general regaló a Pancho Tajes la lanza heroica.

Capdehourat mueve la cabeza, negativamente.

—"Por esa sangre ya derramada, se ha de aclarar la voz".

Montevideo vive la angustia del momento. Capdehourat se ve obligado a firmar un boletín el 29 de noviembre. Asegura en él que la enfermedad ha cedido, que el general está fuera de peligro, y que en muy pocos días podrá ocuparse de los negocios de la República.

Aparece en los diarios del 30 el boletín.

El general Garzón muere a las pocas horas.

La mesa tremenda. — Son las 8 de la mañana del 2 de diciembre de 1851. Once médicos rodean la tabla de pino sobre la que han extendido el cadáver. Repítese la escena del año 28 en que, a raíz de Palmar, el Presidente Oribe ordena se necropsie el cuerpo del general Britos, cuyo misterioso deceso ocu-

rrido a los pocos días de la derrota en la que habría sido suya la máxima responsabilidad, provocó suspicacias que el protocolo médico - legal se encargaría de disipar totalmente. No se rastrea ahora un envenenamiento culpable, sino un error médico que habrá de castigarse.

El héroe de la independencia americana ofrece a los expertos su cuerpo denutrido; el rostro conserva todavía" una expresión dolorosa y triste". Abierto el pecho aparecen el corazón ligeramente grande y la aorta, dilatada en su origen, mostrando en el cayado "un saco aneurismal grande como la cabeza de un recién nacido". El saco se apoya sobre el lóbulo superior del pulmón izquierdo; éste está comprimido por el tumor e infiltrado por la hemorragia terminal. Partióse el aneurisma, para matar; allí está la ruptura, "del tamaño de una moneda de seis veintenes". Las arterias que salen de la curvatura presentan una fuerte dilatación cilíndrica.

A las dos de la tarde del mismo día, los once médicos vuelven a reunirse en la Sala de Sesiones de la Junta de Higiene Pública. Preside el doctor Fermín Ferreira. Hay una breve deliberación, previa a la orden "de hacer pasar al detenido".

Con su paso nervioso y menudo llega el doctor Capdehourat, saluda apenas a la Junta, y toma asiento en el banquillo. Si estirara la mano, podría alcanzar la mesa sobre la que hay un fajo de recetas, dos botellas mediadas, y una caja con píldoras. Ferreira parece distraído; su mano acaricia un gran frasco de vidrio.

Hay un corazón dentro del frasco.

En Francia había recibido Capdehourat su título. Cuando la más alta corporación médica de Montevideo se apresta a juzgarlo, lleva veinte años de ejercicio profesional, seis de los cuales los ha dedicado a la cirugía de guerra en el pueblo de la Restauración. Había introducido el uso del éter y del cloroformo en su hospital de sangre de la calle de las Maroñas, apenas utilizada esa conquista por los cirujanos de la Defensa.

Era inquieto y rebelde, habiéndolo hecho famoso su polémica con los colegas montevideanos, que provocó, en 1839, el retiro del título del bearnés, ya que Capdehourat, agresivo y mordaz, llegó a dudar de la rectitud del Gobierno, al que acusó de ocultar la verdad sobre la epidemia reinante entonces en la ciudad vieja, epidemia que, para los médicos del Hospital, era de encefalitis, y no de tifoidea.

C A P D E H O U R A T



L JUICIO. — A casi un siglo de distancia, imaginamos la tortura del médico acusado, durante las cuatro horas del juicio. Cuando el Presidente lo invitó a recordar detalles de la consulta del 7 de noviembre, debió vislumbrar que no se le daría tregua. Admitió entonces su total discrepancia de aquel día con sus colegas; para él no existía "un vicio orgánico del corazón, sino un reumatismo muscular y una pericarditis latente". Tuvo la evidencia de la gravedad, pero confió en su sistema de revulsivos y sudoríficos, entre los cuales — lo sabía muy bien la población del Cardal — prefería las flores del saúco y la resina de guayaco. Dijo no haber dado valor a la expectoración sanguinolenta, previa a la hemoptisis del 26, por considerar favorable ese síntoma, que venía, según él, desde el fondo de la laringe,acompañándose, para ensombrecer el cuadro, con el tono nuevo de la afonía.

El Presidente golpea en el interrogatorio. Fermín Ferreira era, en la época, un supercivilizado. Su noble faz dolorosa, que contemplamos en los daguerrotipos,

acusa el encontronazo tremendo de su alma y su inteligencia de blanco, con sus rasgos negroides y su oscura piel. Liberado por el talento y el estudio, tuvo en su raza, su crucifixión. ¡Y se le ha dado a uno de los hospitales más dolorosos de Montevideo, el nombre de ese doloroso!

Levanta, su maza, Fermín Ferreira.

—"En una pericarditis latente — dice — acompañada de reumatismo, no tiene por qué pulsar la arteria debajo de la clavícula izquierda".

Capdehourat no ha bajado la guardia.

—"Esa pulsación — replica — es simpática de la pericarditis, como lo prueba su remitencia".

No hay descansos en esta batalla en la que un duelista ataca siempre, mientras el otro atina apenas a parar alguno de los golpes. El Dr. Ferreira se tiende: "el general pasaba los días en el lecho, porque la posición vertical le producía terribles dolores que lo obligaban a acostarse, y, — recalca después de un silencio brevísimo — "siempre sobre el lado izquierdo".

"El doctor Capdehourat — agrega — debe encontrar para ese hecho, una satisfactoria explicación".

Demora el bearnés la respuesta ante el ataque a fondo.

Los médicos presentes se miran en silencio, cuando Capdehourat explica, al fin, el dolor torácico, por el reumatismo de los músculos intercostales.

Cualquier otro, menos heroico que él, habría abandonado entonces la partida, sin aceptar esa agonía de varias horas, de las que ya había apurado algunas. Allí estaba la aorta del General; allí su cayado con la muda acusación de la enorme abertura.

El no; es de Salas, de Mongicar; del Beam proceden los combativos como D'Artagnan y los animosos como Enrique IV. A veces calla por unos segundos, fijando la mirada en la pieza anatómica. No es un descanso; se reconcentra, porque lo necesita, estando en desventaja. Luego, vuelve.

Crea ahora patogenias extrañas, hasta que una brusca pregunta parece hacerle perder terreno definitivamente.

Recóbrase, y responde:

—"Se contraía mal el corazón, es verdad; pero era porque lo dificultaba en su libre juego el derrame pericárdico".

Inmediatamente siente el golpe que no ha partido aún.

—"Ese derrame — aclara entonces — no lo vió el tribunal, no pudo verlo; en la autopsia sólo aparecen 30 gramos; el resto desapareció con los revulsivos".

(El secretario anota las respuestas, no ilumina los rostros, no graba la angustia ni la amargura. Se interroga cortando; tiene filo la voz. Puede ofrecer Capdehourat cualquier respuesta rara. No se asombrará el tribunal. El secretario escribe, siempre).

Insiste de pronto Fermín Ferreira en saber, otra vez, si los dolores del General eran reumáticos.

Tal vez un olvido del señor Presidente...

Capdehourat responde que sí.

Entonces el señor Presidente toma la caja de píldoras y la presenta al acusado, mientras pone bajo sus ojos tres recetas, preguntándole si reconoce esa firma.

Las recetas son todas iguales:

"Rp/ Sublimado corrosivo, 1 gramo. Divídase en 4 píldoras".

En el semblante de Enrique Muñoz puede verse entonces una sonrisa triste. La capta Capdehourat y alza el tono, — molesto ya — y ampula el ademán:

"Se explica. El debió usar eso. Los dolores eran rebeldes, y eran nocturnos. Había derecho a pensar en la sífilis, y a dar mercurio".

Es severa, incisiva, la voz de Fermín Ferreira, al preguntar ahora por qué continuó con el bicloruro después de la advertencia de la expectoración sanguinolenta.

Capdehourat contesta con un gesto y pocas palabras:

—"No le dí importancia a la sangre!...

El último banquillo. — La prueba va a terminar. El Presidente pide al acusado juzgue el mismo su conducta profesional, frente a la autopsia a que se le ha permitido asistir.

Capdehourat habla con una sinceridad que lo honra:

—"Creo que mis remedios no perjudicaron al enfermo; pero confieso que me equivoqué totalmente al tratarlo".

Toma luego, al tiempo de incorporarse el bastón de ébano y puño de oro que le regalara antes el general Oribe, y se dirige lentamente a la puerta guardada siempre por un soldado.

No ha podido esperar que se le ruegue pasar a la pieza contigua.

La sentencia se dictará de inmediato. Ferreira y Muñoz excúsanse por haber asistido a Garzón. Apre-

ciando su delicadeza, se les exige queden en sala, y voten. No hay una opinión discorde. El doctor don Pedro Capdehourat "es culpable de haber errado el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento, en el caso del ilustre enfermo confiado a su custodia".

El mismo acaba de reconocerlo, frente a la pieza anatómica arrancada al pecho de Garzón.

Fuera, hay mucha gente. Ha venido a apoyar un fallo que se presume adverso.

Capdehourat contesta con la cabeza el saludo de los pocos amigos que lo esperan a la salida. No saben ellos que el hombre que abandona la sala en actitud tan ambigua, ha dejado entre los muros de la vieja casa, su título de médico...

Podrá ser implacable con el doctor Capdehourat, quien no haya incurrido nunca en su error de diagnóstico. Se enmascara a veces el aneurisma de la aorta y desconcierta al clínico más brillante. Hasta el radiólogo duda entonces. Sería ingenuo esperar siempre la imagen estelar para guiarse por su luz hasta el antro del cáncer. La misma sombra puede envolver un sarcoma pulmonar, o caer sobre el saco de una arteria. No hay alfarero infalible para la arcilla humana. Una esfumada visión de 1925 nos acerca al doctor Ricaldoni en un fino diagnóstico de neumonía suspendida, rectificando luego frente a la autopsia, que pudo extraer de la tiniebla clínica el aneurisma de la subclavia.

Tenía derecho a errar en 1851 el doctor Capdehourat. Pero no tanto.

Imposible absolvérsele en forma amplísima. Dispuso de síntomas suficientes: el tumor pulsátil, el pul-

so sobre la clavícula, — a veces lo da un cayado ascendido — el angustioso dolor esternal irradiado hacia el hombro, la tos, — hija del neumogástrico — la afonía, — descendiendo del recurrente — y hasta las discretas hemoptisis que él quiso recibir con gesto amigo... Dispuso también de la sombría opinión de los colegas, y no la oyó, como no oyó la voz de Urquiza, elevándose en su palacio de Entre Ríos mientras preparaba, con ruda ternura, el regreso de Garzón, "que partía para morir en su tierra". No quiso tender el oído para captar los mensajes próximos o lejanos.

¿Sabría el médico de la Restauración que el aneurisma aórtico es un accidente terciario de la sífilis? Es probable, y eso debió empujarlo al tratamiento mercurial porque aun sin estar seguro de la existencia del saco tuvo que presentir una seria lesión en los grandes vasos, ya que disponía para ello de un recio manojo de síntomas clínicos. Esto explica la aparición repentina del mercurio en el recetario, que tan fatal habría de resultarle al ilustre enfermo.

Lo perjudicó, por la dosis.

Anoto esta observación personal, verdadera originalidad en la revisión de este protocolo, ya que en el mismo, redactado el 51, sólo aparece la débil protesta del doctor Marrouin, que no llega a adquirir entidad como para influir en el fallo.

Garzón murió por la ruptura de su aneurisma aórtico. Es verdad. Pero en esa ruptura puede haber influído el envenenamiento por el bicloruro de mercurio que le alcanzó una mano amiga, honradamente equivocada. Ya no se usa esa sal como específico de la sífilis. Estaba de moda a mediados del siglo último, pero ad-

ministrándosela con timidez, sin pasar nunca las tres píldoras de Dupuytren por día, a la dosificación de un centígramo cada una.

Capdehourat formuló en nueve días — del 21 al 30 de noviembre —— tres recetas de un gramo. Garzón tomó, pues, diariamente, y eso durante más de una semana, una dosis de bicloruro diez veces mayor de la que se usaba entonces como máximo con fines terapéuticos.

No fué asombrosa, sin embargo, su resistencia. Vivió diez días, como los amantes de la marquesa de Brinvilliers, a los que la deliciosa mundana despedía por turno de la fiesta de la vida, al ofrecerles, con la última copa, su famoso "polvo de sucesión", mezcla insípida de ácido arsenioso y de bicloruro. Gustaban, antes de morir, de unos días de euforia, como los conoció Garzón, que llegó a ofrecer a su médico una mejoría de pulso, una remitencia de los dolores y hasta un regreso de la diuresis, como para ilusionarlo hasta el punto de dictarle su optimista boletín del 30.

La sola intervención del sublimado, no explica sin embargo la ruptura del aneurisma. Ni la nefritis ni la nefrosis mercurial, elevan la tensión de una manera tan constante, como para poder acusárselas de la causa inmediata de la catástrofe, que parece haber llegado por la vía de un acceso de tos.

El examen del protocolo del 51, no permite, pues, ni condenar a Capdehourat, ni absolverlo. Pero es probable que sin su intervención, el General hubiera vivido, ejerciendo por cuatro años una ejemplar Presidencia de la República.

Si recorremos ahora el sombrío espacio de tiempo que sufrió el país después de la muerte de Garzón, se pierde en la incertidumbre el pensamiento.

Rp/ Sublimado corrosivo 1 gramo. Divídase en 4 píldoras.

Rómpase la receta antes que el liberto Patricio llegue con pies ligeros a la botica de Didión.

Bien pudo ese gesto, que ni siquiera se esbozó, haber cambiado la historia nacional, ahorrándose a la patria muchas de sus páginas de tragedia.



I

TRIPTICO DE RIVERA



UNA MUJER Y EL RUMBO



NA mujer retenía a Rivera en el Durazno ese año de 1840. ¿La Guayreña? No. Por otra parte, el escritor que más de cerca ha seguido a María Leguizamón, confiesa que no está seguro de su intimidad con el General.

La paraguaya famosa que mereciera de Artigas la donación de una suerte y media de estancia, fué obsequiada en 1833 por don Frutos con un solar en el Durazno, que ella edificó en épocas de Caseros. El Yí sólo debía reflejar en sus aguas ese año de nuestro relato, la sombra de la Guayreña, que acababa de cumplir 62 años. No podía ser esa sombra mínima el ancla del caudillo.

Rivera pareció olvidar el camino de Montevideo en su segunda presidencia, desempeñada desde una aldea del interior, mientras vivía junto al río el más hermoso romance de su existencia galante. Alguna vez aflojó el dulce lazo para escribir con su látigo una palabra eterna.

La de 1839, es Cagancha.

No se ha develado en ninguna publicación el misterio de esa mujer querida por Rivera. Melián Lafinur le conoció la identidad. Sabía que por su extraña y fascinadora hermosura, deslumbró en los salones montevideanos, pero quiso guardar para ella, aún en sus papeles íntimos, una inicial inofensiva. Seguiremos a Melián en la discreción delicada. Diremos solamente que fué la más hermosa mujer que haya nacido en las praderas orientales. Su espíritu iluminó este episodio romancesco, en que se mueven las sombras de tres amorosas extraordinarias.

"Señora ama".

La actitud de doña Bernardina ante las infidelidades de su marido, es sorprendente. Padece el donjuanismo de Rivera, pero al enfrentarse con el niño que lleva la sangre de su hombre, se transforma. No puede odiar al hijo de la intrusa, nacido del abrazo fugaz. Derrama sobre el inocente que prolonga la vida amada, el caudal de ternura acendrado inútilmente para el suyo, que apenas dejó en su existencia, el pálido resplandor de un fuego fatuo. Lo que odió en la rival, no fué la augusta maternidad, sino el abrazo que la hizo posible. "Señora ama" es el más raro y humano personaje de Benavente. Sobre la cabeza del bastardo estrecha la mano de la madre, en una insospechable amistad momentánea. Alejado el hijo que unió a las dos mujeres por esa maternidad triunfadora, desaparece el brusco, fugaz florecimiento de altruísmo, casi divino, que tanto acerca a "Señora ama" a las más extraordinarias mujeres de la Biblia. Muerto Rivera, doña Bernardina repartirá entre los hijos del caudillo, las reliquias del

hombre que fuera su religión, su felicidad, y su dolor nunca cicatrizado. Cuando lo conservaba aún, no podía dejar de celarlo salvajemente.

Ella conoció y sufrió el prolongado idilio del Durazno. Era entonces la Presidentesa, la primera dama del Montevideo antiguo. La ofendida también. Vivía confinada en su casa de la calle San Gabriel, cosiendo para los pobres, mientras derrochaba Rivera su descanso junto a la morena ardiente y fina, y ella, la esposa, era, en la Capital, la mujer sin hombre.

En ese estado de espíritu se le apareció una mañana el periodista de María. ¿No quisiera escribir él un suelto para obligar al Presidente a volver a la Capital? Lo esperan los militares y los civiles, todo el Gobierno que necesita de la brújula. Una ligerísima alusión al donjuanismo conocido será la sal del artículo, publicado al fin en "El eco del pueblo", bajo el título: ¿Qué hace el General?".

Tremenda impresión produjo en Rivera la lectura del suelto. Por pocos días volvió a verlo Montevideo. El Presidente que diez años antes concediera al pueblo la más amplia libertad de prensa, no pudo sufrir que se la utilizara para llegar hasta su vida íntima.

Prendió a de María el coronel Perichón, encerrándolo en la quinta del general Rivera para enfrentarlo bruscamente con su cólera desbordada.

Brevísima la entrevista de los dos hombres, que terminó por un gesto seco y pocas palabras del ofendido:

—"Voy a hacerlo colgar en el Cerrito".

Conociendo a Rivera, ni aún en su pánico debió temer el preso el cumplimiento de la amenaza.

Se conserva en el Manga, junto al arroyo, una casa de piedra, con troneras, de fines del siglo XVIII. En ella estuvo detenido el joven de María, antes que el general Félix Aguiar que había hecho de ella su cuartel, lo llevara consigo al Durazno.

Empezó a pagar allí el desenfado de su pregunta. Había deseado saber "qué hacía el General".

Desde lo más profundo de su cólera, el General comenzaba a contestarle.

Don Frutos. — El investigador que quiera rastrear el carácter de Rivera deberá dirigir su esfuerzo hacia su segunda Presidencia desempeñada gran parte de ella en la campaña. Durazno, la ciudad que él quiso hacer Capital, supo de sus grandezas y de sus miserias.

En su caserío sufrió, cuando ya lo cazaban los lobos del artritismo, junto a la cincuentena. Alejado entonces Fermín Ferreira que hubiera podido defenderlo en otra época, fueron testigos las orillas del Yí de como lo mordió el reuma en los hombros. Una gastritis insidiosa empezó a molestarlo, y abandonó con pena mal disimulada en sus cartas, el mate y el cigarro. No ha comenzado en realidad su decadencia física, pero ya le teme a las heladas el gaucho que derrochó tantas noches en los campos abiertos, porque está "mui melladito para sufrir los fríos". Lo ve el Durazno humildemente vestido, y la buena china que lo sirve dispone de muy pocas mudas de ropa, que en tanta abundancia colocara antes a la cabecera de su cama, exigidas por su pulcritud proverbial. Pide pres-

tada a don Antonio Fernández una levita gruesa, con la que soporta el terrible invierno del 39. Es siempre el hombre de Guayabo, pero ya le sobra tiempo para armar los gruesos cigarros de chala que manda a Montevideo para la costumbre de su vieja madre. Guarda y acendra la gloria del Rincón, pero la aumenta, cuando olvidando todas las penurias en el pueblo de su retiro, recuerda de pronto que aún posee una quinta en el Miguelete, y ruega a doña Bernardina que la venda, porque necesita dinero con que proseguir la guerra contra Rosas. El día que cierra la alianza con Lavalle no ha de olvidarlo: en la nochecita uno de sus indios le ha conseguido en las Averías "una burra parida para Madre que sigue enferma".

Parece un romano nacido en tierra oriental, o mejor, un criollo amamantado por la loba de Remo. Es el capitán de las Piedras que conoció el Ayuí, y que treinta años más tarde, todos sufridos sobre el caballo de combate, contempla en ese Durazno de leyenda, veinte mil almas que forman el nuexo éxodo magnífico y doloroso, en medio del cual, una noche en que no tuvo pan ni ponchos para el hambre y el frío de su pueblo, supo entregarle cantores y guitarras, y un baile nativo, estirado hasta la madrugada, porque el bastonero era gaucho, y se llamaba Estivao.

Y no se crea en la desventura de Rivera en esta época azarosa y aparentemente sombría. Dijo permanecer en el Durazno, para estar lejos de los hombres de Montevideo, que enturbiaban la linfa de la política. Lo que buscaba, en realidad, era sentirse cerca de la mujer elegida por su ensueño.

Compleja la sicología de este personaje tan singularmente alto en nuestra historia. Disecándola, se llega a esta médula desnuda: es el gaucho don Juan. Tenorio criollo, simple, primitivo, pero no tanto como para ignorar que persigue tumultuosamente la inmortalidad. Con Bernardina ha tenido un hijo. Se les ha huído, y esa muerte será la tragedia de la esposa, viviendo desde entonces para adorar los hijos del marido... y de otras.

Se ha dicho que Rivera cargó la Presidencia en el anca de su caballo. Cargaba algo más: su tálamo. Aún sin pensar en ello, la actitud de engendrar debe asociarse en el hombre a la idea de un triunfo sobre la muerte. Tantas de esas victorias pudo conquistar el Presidente gaucho, que no debió asombrarse si alguna vez llegó hasta él la frase: —"Combatió en el Aguila con un escuadrón de ahijados". De María del Carmen Silva — flor arrancada a un gajo del Tacuarí — le nacieron los mellizos Cayetano y Fructuoso. Un idilio de río y monte — recuerdo puro dejó en Santa Lucía, Ramona Fernández, que no quiso más tarde pensión del Estado, porque le bastaba la gloria de haber sido un poco la mujer de Rivera — le dió a Ramonita, inscripta en el Durazno sin rehuir responsabilidades. "Hija del Presidente de la República", reza el acta del bautismo que con orgullo varón firmara Don Frutos. Pablo fué otro vástago que serenó muchas de sus horas sin paz. Los quiso a todos, los reinvindicó, y estuvo con él, nobilísima, en esa reconquista del niño ilegítimo, Bernardina de Rivera, en cuya alma pudieron caber todos los hijos que el marido, celado hasta el sufrimiento, iba obteniendo de sus

abrazos esporádicos en las cuchillas y caseríos de la patria.

Una mujer y el rumbo. — Al viento de esa mañanita de fines de Marzo de 1841 —viento duro de otoño— flotaba, en el camino entre Montevideo y el Durazno, un verde velo de amazona. La mujer era morena y fina. Un signo de terca voluntad le hendía la frente, acercándole las gruesas cejas brillantes. En el apretujamiento de la boca se le adivinaba también el pensamiento fijo. Contra su pecho, bien envuelta en lanas, escamoteaba al fresco del alba, a una niña dormida con angélica placidez. Era doña Sinforosa Camila de Navarrete, esposa de un hombre que no la ha dejado dormir desconocida en los siglos. Sinforosa, llamaban en familia a la mujer de don Isidoro de María.

Cien años después suprime un cronista el feo nombre arcáico, rescatándole el romancesco segundón: Camila de Navarrete.

Merece este nombre de heroína, quien se arriesgó al viaje tremendo, para pedir al Presidente don Frutos la libertad de su marido.

No viaja sola. Un "propio" la acompaña, hombre de confianza, baqueano en todos los caminos de la república. Por entre quintas descuentan el sendero del arroyo Seco. Dura, la primera jornada. Frugal desayuno en la azotea de Sagra, las Piedras, el hilo de agua del Colorado, los hachones en la hidalga casa de Champán, en que pasarán la noche. Es la tierra oriental, quebrada y áspera: una loma, un arroyo, el valle albergando ganado, un río manso, y otra altura. Horizonte de árboles y estancias, flores al borde del camino, iris y oro en los amaneceres, iris y oro en los cre-

púsculos, soledades desesperadamente silenciosas, hospedajes de antigua cortesía, cansancio valeroso, sueño de piedra... y el rumbo.

El rumbo en la estrella que le enseñaron a conocer y seguir, cuando inició, con ella encendida en el oscuro campo sideral, el heroico viaje de rescate.

El rumbo, en el sueño y la vigilia. El rumbo en cuatro días y cuatro noches, en que el mismo temor de perderlo se lo tatuó en el corazón. Ni corolas, ni riquezas pastoriles, ni evocaciones, ni celajes, ni pájaros, ni luz y sombra de las celestes lámparas.

Solo el rumbo.

Caballos de refresco en cada nuevo día. Más de prisa. La marcha lenta es para los contemplativos. El "propio" no lo es, y ella no mira más que el camino que va acercándola a Guadalupe. Abandonado el pueblo viejo; huyendo frente a Echagüe sesenta familias han desaparecido. Sobre los cercos bajos de ese pequeño caserío, los frutales extienden, arqueándose sobre la piedra o el ladrillo, sus ramas grávidas, hacia las callejuelas angostas.

"Lujo único que Dios le concede al pueblo", podría pensar la viajera mientras dobla la rodilla en la pequeña iglesia aldeana.

Santa Lucía la sorprende con su suelo arenoso, y el Juanchazo se le presenta de milagro como un manso y entregado paso vadeable. El baqueano apunta los nombres que ella no ha oído nunca: dulce arroyo de la Virgen, hidalga estancia de don Goyo Más. Van desfilando la población del corral de piedra, la de don Antonio Fernández, junto al Maciel, y la de Honorá, con el mismo aspecto de las otras: ranchos

quinchados, el horno, el corral para las ovejas, la pulpería, y esta *rareza:* "la señora dueña, que dispone de hombre viejo y feo, pero amable".

Cuando el "propio", rompiendo el mutismo, le dijo estirando el flaco brazo de cobre:

"El pueblo, patrona...".

creyó desvanecerse.

Solo se desmayan las desocupadas damiselas de las grandes ciudades.

Doña Camila de Navarrete apretó más, contra sí, a la niña, y taloneando el caballo, más hendido de borrasca el entrecejo apresuró la marcha del tostado, metiéndose entre el incendio del pueblo, en el crepúsculo.

Conocía de mentas la casa sin revocar del General Rivera. Bajó de un salto, cuidadoso por la niña, y dejó que el "propio" atase las cabalgaduras en uno de los fuertes postes que flanqueaban la puerta.

¡Dura indiada la de la escolta! Doña Camila entró a la sala de armas, secretaría y cuarto de guardia a la vez. No había nadie. Sentose a amamantar a su pequeña. Cuando un rato después el Presidente supo que lo esperaba una señora recién llegada de Montevideo, se dirigió al lugar que le indicaron.

—"¡Velay, don Frutos!" debió murmurar, rascándose la oreja, alguno de los indios de la escolta, conocedor del galante donjuanismo del Presidente.

—"¡Velay!"

La escena debió merecer el claro pincel de un flamenco antiguo, amador del contraluz y sus ricos matices. La reconstruímos en nuestra imaginación.

Cerrados los ojos, el corazón en un mudo tambo-

rileo emocional, levantamos de su sueño sin amanecida, a todo ese puñado de fantasmas.

Doña Camila era joven y esbelta. El sol de la tarde la señalaba en un relieve luminoso, semi de perfil, absorta, prendida la niña al seno generoso, la sombra de las pestañas haciendo más tierna la piel de las mejillas tostadas por los cuatro días de viaje.

Brillaron los ojos de Rivera, quizá ardiéndole ya la cálida sangre mestiza.

—"¡¡Ave María!"

Miraba la nuca joven. Era el milano frente a la presa indefensa...

—"¡¡Ave María!"

En el sobresalto de la sorpresa, súbitamente roja la linda cara triste, doña Camila, atribulada, procuró abrocharse la desceñida bata, mientras incorporábase aturdida.

—"Buenas tardes, señor General".

Y al notar la mirada del hombre rozando la flor de su escote, levantó la cabecita de la niña como un escudo puro sobre su hombro.

Recién comprendió él la calidad de la mujer, y quitándose el sombrero trató en seguida de ganar su confianza.

—"¿Necesita algo del Presidente, la señora?"

Y ella, recuperando con denuedo el aplomo, contestó, haciéndole ya frente:

—"Sí, Excelencia. La libertad del escritor de María, mi marido".

Vió, temblando, como se entenebrecía el simpático rostro franco. Los pocos segundos de silencio, de-

bió sentirlos ella como otras tantas puntas hundiéndosele lentamente en el pecho.

Rivera dejó caer estas palabras, con calma casi estudiada:

—"¡Lindas y bravas las mujeres de mi tierra!"

Ella estaba de pie, ahora, y él, evidenciando la simpatía en el nuevo tono de voz:

—"Siéntese, doña."

Detuvo el paseo comenzado y agregó como envanecido:

—"¡Caramba con las mujeres orientales!... ¡Cada una vale por un escuadrón de mis indios!"

Sonrió recién la viajera, casi tranquila ya, ganada por el magnetismo inmenso de aquel hombre de tan famosa astucia.

—"Y dígame la patrona —volvió a interrogar Rivera— ¿ha hecho cuatro días de viaje con la *chancletita* prendida al pecho, sólo para conseguir el perdón de ese bandido?"

Volvió ella a sonreir otra vez, segura ya. En ese *bandido*, pronunciado con mal fingida cólera, acentuaba él un franco matiz de indulgencia.

Atacó.

—"El bandido, Señor, es el padre de mi niña, el mejor de los hombres."

Soltó Rivera la risa, ganado a su vez por la gracia de aquella mujer animosa.

Indagó luego, preguntón:

—"¿Y de qué pago es la patrona?"

Doña Camila contestó con estas palabras que hicieron dar un brinco a don Frutos:

—"Soy nacida en uno de los carretones del Ayuí."

El General paseábase ahora nerviosamente, mientras lo examinaba la hija campesina del Capitán Navarrete, venida a la vida junto al gajo de un río, en una toldería...

Movíase, las manos en los bolsillos del flamante pantalón, —Rivera vestía siempre bien, y al gaucho lo llevaba por dentro— la cabeza a ratos inclinada sobre el pecho, a ratos erguida, en un orgulloso recuerdo de haber estado él también junto al Libertador, en ese extraordinario episodio de nuestra gesta.

Por fin, con voz que ya no era dominante ni metálica, en la que vibraba un leve matiz de emoción y de reverencia:

—"Váyase a buscar a su marido, señora..."

Cubrió ella entonces con un murmullo de agradecimiento las últimas palabras del caudillo, dichas en voz más baja:

—"Con mujeres como usted no podía la patria quedar esclava..."

El rescate. — Madrugada de un primero de Abril en nuestros campos. Entre una nube de polvo amarillo, y el grito saludador de los lecheros —"güenas, don..." —por la calle Real de la población del Durazno, una sopanda tomaba el camino de la Capital. Dos tiros de a dos caballos, un mayoral bárbaro, —¡qué tiempos!— y un cuarteador casi innecesario, porque todavía no habían empezado las grandes lluvias, y no se hablaba de ninguna crecida. Dentro del vehículo tranqueador, la pequeña familia: un joven hombre pensativo, una niña dormida, y una mujer de morenez aclarada en ese momento por cierta secreta luz. Había recuperado a su hombre doña Camila de Navarrete. Lo había

recuperado en una jugada relámpago con Rivera *el bueno*, Fructuoso Rivera, anclado entonces en el Durazno por un amor al margen del tálamo de doña Bernardina, la dueña. Se lo había devuelto él a la mujer intrépida y amorosa, impuesta a su corazón, siempre inclinado a la piedad, con su bravío gesto de amazona. Ya resguardados del fresco de la amanecida, los rojos ponchos subidos sobre los hombros, se desperezaban mateando, silenciosos y monosilábicos, como lo eran por sus misteriosos ancestros, los indios de la escolta presidencial.

Hip., Up., Hip.

Chasquó el arreador bien trenzado del mayoral don Medeiro. Quizá por el sueño de Rivera pasó un segundo la agraciada cara de doña Camila de Navarrete, que bien pudo haber sido un poco de apetitosa tentación para el empinado don Juan de nuestras luchas libertarias.

¿Por qué no, si la pasta de él era así, fácil de encender por el ojo femenino —piedras preciosas de oscuros o claros fuegos— y no debió ser fea la mujer que eligió don Isidoro de María, que también quedó en la historia de nuestra tierra, por una especial elección de los dioses?

—"Ahí va, cajetilla, que tenía preso don Fruto".

—"Ahí va".

—"Con la china".

—"Eh..."

La frente de don Isidoro era pálida. La melena, bien tirada hacia atrás, como si siempre se la peinaran los vientos de su tierra, noble. Delicados el rostro y las manos, en la naciente madurez de sus 25

años, cinco menos que la compañera —de seguro celosa y dominadora— que pisaba ya el opulento escalón de los treinta.

Nadie lleva visible la guardia de su destino.

Ellos no podían preveer la inmortalidad, ni percibir la llama de sus antorchas. Misterio, como de hierro y piedra, unidos con no se qué tremenda argamasa.

Un siglo después, en una noche tranquila de la antigua Restauración, un oscuro cronista había de evocar con singular ternura sus fantasmas. Porque este oficio de escribir —sea, como entre los antiguos griegos, para ser premiado por los dioses que duermen en los bosques de laureles; para el apetito diario de la vida de las ciudades; o por ese humildísimo amor de la vocación sin pretensiones— crea una misteriosa fraternidad con todos los que tienen la misma afición, y se siente esa fraternidad hasta con sus sombras. Es un gustoso ejercicio, con el gris rostro de la historia —gris, pero de todos modos luminoso— inclinado en severa inspección sobre nuestro hombro, imaginar ese viaje de regreso, andando hacia el destino, de don Isidoro de María, rescatado de la prisión por su mujer, nacida en el Exodo del Padre de la Nacionalidad, con su pueblo, viaje heroico, de una grandiosidad bíblica, que tentó, como extraordinario motivo pictórico a Blanes "el viejo", Blanes el iluminador.

Aquella mujer había bebido al nacer ese olor peculiar, entre fragante y bravío de los vientos de nuestros campos, donde todos los árboles y todos los pastos son de hojas aromáticas. Lo que la idea fija: el rumbo, y el objeto de su viaje. El rumbo. El rumbo,

invisible estrella de Belén entre las orejas de su caballo, hubo de cegarlo en la ida para cuanto no fuese su ensueño —haría lógicamente imposible esa madrugada de su viaje de retorno, la indiferencia de aquellos ojos para sus viejos amigos.

La masa del oscuro Yí —río y bosque— un día lleno de piraguas, y después vibrante de marchas cautelosas de los matreros patriotas; los cerros, que conocieron las igneas y primitivas señales de guerra, los sortilegios de los brujos indios, el secreto del sueño de los muertos, que apenas dejaron para nuestra ansia de sorprenderlo, cuentas pequeñas, cacharros rotos de mala alfarería, y el ríspido, ceñudo arte de las pulidas boleadoras y lanzas de afilada piedra.

Y lo eterno, heroico, encantador, dulzura del ocio tonante: las verbenas, las buenas bestias de los campos, aquel churrinche, (con un leve grito de gozo, casi despierta al hombre de su amor y de su gloria, que dormía burguesamente), un nido de hornero, ¡oh!, dos lechuzones magníficos, —debió persignarse la devota— y todos los amigos de la infancia: el tero, la perdiz, los ombúes, algún rancho con su cachimba y su majadita friolenta.

El sorprende otros aspectos del campo, para sus futuras crónicas de la patria: la hospitalidad campesina, su valor o su miedo enredados en la reja de la pulpería, la faena ruda en el corral de piedra, una tropa de carretas obstruyendo el camino, y en cuya cancha erizada de yugos y de pértigos, no cabe más que la cuadriga que abre todos los horizontes a los gauchos: el asado, el amargo, la caña y la guitarra.

Todo en el orden perfecto de la creación, en el

que tenía que entrar la alegría de aquel reencuentro, el deseo imperioso de la mujer, feliz de que el marido recogiese con ella la autóctona belleza; y la niña prendida al seno materno, como un cordero de los que en Agosto, a pleno frío, balan la dicha de la leche nutriz, tan tibia, tan buena...

Gracias, sombra de Camila de Navarrete. Gracias, rescatadora sombra, instrumento del destino infalible, por quien tuvo nuestra historia su máximo sacerdote. Sombra de mujer siempre inspiradora —con mayor o menor fortuna —que una noche, sin ningún signo visible, acompañó a un hombre sin sueño, borroneador de cuartillas en el sumergido pueblo de la Restauración o del Cardal, feudo que fué de don Manuel Oribe, bajo el mismo cielo inmutable que fuera testigo de su honradez y de su crueldad.



II

REGRESO A 1840…



REGRESO A 1840...



ACIA EL EMBRUJO. Cielos, llanuras, colinas. Montevideo, ciudad de pequeñas torres, ha desaparecido del paisaje. El viento me trae a la boca, casi olvidadas fragancias campesinas. Avanzo hacia el corazón de la república. Voy al Durazno, es decir, hacia un ensueño por el que andan figuras patricias que ya duermen en la gloria histórica. Dentro de pocas horas he de alentar dentro de una casa que fué hogar de mi héroe; una realidad imprevista y próxima ha de darme una nueva realidad de historia y leyenda.

La noche, en este otoño inusitadamente hermoso, parece un límpido y fulgurante fanal de vidrio azul. Las estrellas brillan altísimas; el aire puro, el cielo profundo y como depurado de todo lo que pudiera empañarlo; la ciudad sin el tumulto de la capital, y el bloque del río y su monte compacto, que conocieron al General Rivera joven, fuerte y victorioso, están ahí.

La naturaleza y las cosas, mil veces más longevas que el hombre, han de poseer una infalible memoria. Todo tiene que ser sensitivo, en el universo, desde la piedra, hasta el árbol, desde el agua que habla, hasta

las estrellas que parecen escuchar. Ninguna obra de la creación debe ser sorda, ciega e inerte. El mundo es sostenido por la vibración sensible e inmutable de un espíritu que está latiente, en cuanto nace, por su todopoderosa voluntad. Hay que creer, pues, en la memoria de las cosas. En aquel pueblo que Rivera amó tanto, hasta el punto de querer convertirlo en el primero del país, su fuerza vital debe haber quedado adherida a esa memoria de la naturaleza tan potente y tan fiel.

Tuve en Durazno un cicerone admirable, de generosidad, inteligencia y comprensión no comunes. Entendió en seguida mi afán de beber, en el hueco de la mano, agua de ese Yí en el que el Héroe tantas veces apagó la sed haciendo de la copa de su chambergo gaucho el vaso ocasional. Al inclinarme hacia la corriente cabrilleante y rumorosa, sobre la cual los botes atados a los talas de la orilla, parecen prisioneros que esperan, por momentos, romper las amarras y recobrar la libertad ondulante del río, tuve la sensación de que el tiempo iba retrocediendo para una fantasmagórica hora de vida antigua, que iba a dominarme completamente. Mi amigo no es el estudioso de egoísmo desconocido, como tantos de los que se especializan en la revisión de los archivos, donde cualquier descubrimiento adquiere el valor de un pequeño tesoro. Comunicativo y franco, fué relatándome episodios locales que nos hacen más alta y noble la figura de Rivera. Una de ellas reafirma la fama de bondad sin límites del gran jefe oriental.

Nuestro héroe reunió todas las cualidades del caudillo, y en cada una de sus acciones, hasta las menos trascendentes, resplandeció esa organización superior

que apresa las voluntades y domina las muchedumbres. Era magnánimo, como lo son los poderosos inteligentes, y los grandes conductores. Saber dar es una de las formas del señorío, una de las facetas del dominio. Rivera era espléndido hasta la imprevisión. El pueblo no adora a un ídolo de mano cerrada. El ídolo está más alto que todas las humanas necesidades. Y es de sus palmas abiertas, que caen sobre la mísera grey los inmensos y los fugaces bienes.

He aquí la anécdota, que retrata entero al caudillo total.

Don Frutos vuelve al pago desde muy lejos. El paso está crecido, pero el Yí le conoce esa actitud de vencerlo a nado. En medio de la corriente, ofrece de pronto:

—"Una onza de oro al que me lleve luego una boga".

Ni uno solo de los soldados dejó al rato de presentarle la suya. Y él regaló el pescado, tan abundante, porque supo aceptar todas las que se sacaron del río esa tarde, repartiendo, íntegras, entre los indios de la escolta, las onzas de que disponía.

Penetré en el salón donde iba a leer mi crónica, tomado por la hechicería de las evocaciones. Ya no midió mis pasos la realidad, ni fué mi tiempo el de los relojes en la hora presente. La casa de Rivera, los muros que oyeron su voz y su risa, la techumbre que le cobijó sueño y vigilia, todo aquel tumulto que rozó esas paredes y esas rejas, me fueron atrayendo a su embrujo, el embrujo de la existencia humana filtrán-

dose hasta las piedras, como se nos filtra hasta los huesos el calor del fuego, dejando así, dentro de nosotros, la vida esencial de la hoguera.

Comprendí que había elegido bien la lectura que ese público esperaba. Yo pude hablar esa noche del Durazno histórico, dibujando los distintos aspectos por él ofrecidos al general Paz poco antes de Ituzaingó, a Besnes e Irigoyen en las vísperas de Cagancha, a Cunninghame Graham en la patriada del pardo Aparicio. Pude seguir por sus calles aldeanas la heroica sombra de Andrés Latorre, que arrastró treinta años en ese caserío, el asma que contrajo en Sarandí al lavar con escarcha las heridas de la batalla, y el reuma que lo martirizó desde el Cerrito.

Pude evocar también, los ocios, cargados de silencio, del general Tajes en la azotea de su estancia, o la relampagueante presencia de Máximo Santos en la ciudad en fiesta, apenas inaugurado por el mandón, el puente sobre el Yí.

Pero en la casa de Rivera, yo no quise hablar sino de El.

Ofrecí, pues, aquel episodio único de su vida: el de la mujer de don Isidoro de María haciendo a caballo, con la hija de cuatro meses en brazos, el viaje entre Montevideo y el Durazno, para pedir al Presidente la libertad del marido, preso por una indiscreción periodística.

Realidad soñada. — Poco a poco la lectura se me fué haciendo mecánica, y en un verdadero desdoblamiento, una muchedumbre invisible fué cercándome, como si mis palabras hubieran sido un conjuro que pusiera de pie al pasado que entre aquellas pa-

redes tuvo el latido febril de la vida. El público, que en los primeros momentos pudo cohibirme un poco, desapareció entre la niebla de ese ayer que se levantaba sobre la muerte, venciéndola. Parecía que lo real, por un tácito acuerdo con lo fantástico, iba esfumándose para cederle a éste su sitio. En mi pensamiento reconstruíase la existencia histórica, en la que epopeya y romance precipitaron impulsos y movieron voluntades. La visión me tomó como el huracán toma, hace girar, y determina la suerte de la brizna de hierba que sus giros han apresado. Las piedras me prestaron su alma dormida, a medida que la lectura iba cobrando la atención de mis oyentes. Rivera, el don Juan heroico, escuchaba también, erguido junto a una bizarra niebla de mujer: la de aquella flor de hermosura —la más linda mujer oriental de la época— que en escondido idilio le diera la embriaguez de su belleza y el fuego de su pasión. Rumor de sedas y espadas, tintineo de nazarenas, amor, ambiciones, traición, poderío, valor desmesurado, besos, lágrimas y agonías. En un rasgueo de la guitarra maestra de Martínez Oyanguren que templaba en el patio su instrumento, se me allegó Estivao, bastonero de aquel famoso baile presidencial en el Durazno, en el que el coronel guitarrista supo lucirse de tal modo, que hizo pasar esa noche galante a las páginas de los anales de la patria. La felonía del mayor Santana, que quiso asesinar a don Frutos, pasó como una lenta sombra roja, estirándose hasta el Yí, que Rivera hubo de vadear a nado en esa nueva *noche triste*, para ganar la hidalga hacienda de Arrúe. La atmósfera iba haciéndose más densa. Eran muchos los fantasmas. Pasó doña Bernar-

dina, la compañera patricia, llena de indulgencia, celos y ternura, comó verdadera amorosa. Con sus bandós brillantes, enérgica, dominadora, ví surgir la estampa de doña Ana Monterroso, la mujer de Lavalleja. Secreta y enigmática, conservando todavía rastros de hermosura, apareció y esfumóseme la Guayreña. En un ángulo volvió a dibujarse la fina silueta del General, liando, en las veladas nocturnas, los cigarros de chala para la madre anciana. Nunca pudieron conseguir que aquel hijo ejemplar olvidara las necesidades y costumbres de la mujer que, dolorosamente, le diera la vida para la inmortalidad. De pronto un aplauso cerrado, lleno de una simpatía que llegó a turbarme, cortó la evocación, volviéndome a la realidad circundante. Pero en pocos minutos yo había gustado toda una etapa de la vida heroica de aquella casa, nido de amor y cuartel general de Rivera "el Presidente".

Su recia personalidad tuvo que dejar el sello en todo cuanto le formó parte de la existencia terrena. Vivió para el tiempo inmóvil de la historia. Yo lo siento y lo reverencio con una pasión a la vez íntima, patriótica y política, que me da el derecho de llamar a la puerta resonante de la eternidad y percibir el eco de sus bronces. Puedo ascender hasta su inmutable cielo, y bajar, con la antorcha encendida, a mezclarme, sin alarma, con el vivir gris de todos mis días.

En la ciudad del Durazno, en este mes de Mayo que ama la poesía, llegué a conocer el prodigio. Y de tal modo sentí, en ese momento, la gratitud de lo que estaba recibiendo en la afectuosa expectativa, que quise ofrecerle a aquel público inteligente el origen de mi vocación histórica, escondido fuego que ya ha em-

pezado a llamear con valentía en mí monótona existencia de "médico de aldea", como gusto llamarme, con humildad y con orgullo.

Fuí hasta el Durazno, guiado por la sombra de Camila de Navarrete. La invoqué para esa hora, como tantas veces lo hiciera en mi pueblo de la Restauración, de cuya historia centelleante ha dicho Juana de Ibarbourou en el prólogo de las "Aguafuertes", que era como un navío sumergido, al que es necesario volver a la superficie de las movibles aguas.

Algún genio tutelar escuchó, recogiéndola, esa invocación a la compañera de don Isidoro de María. Y entonces me puse a contar cómo obtuve la documentación para mi crónica del viaje al Durazno en el lejano año de 1840.

Encuentro. — Una fresca tarde de Mayo de 1936 fuí llamado para asistir a una enferma cuya casa, apenas distaba medio kilómetro de la mía. Acudí a esa solicitud, desprecupadamente, sin que mi corazón me anunciara la inminencia de lo extraordinario. Conservo los más mínimos detalles de esa salida que me iba acercando a lo inesperado.

Esa tardecita —¡obsérvese qué curiosas señales! — caminaba entre fogatas, donde los muchachos hacían arder el oro arbóreo de los plátanos desnudados por el otoño; pienso ahora que eran como una ruta de antorchas que venía desde el fondo de la historia hasta esa hora de mi presente.

Evoqué, entonces, entreparándome:

—"Hace 90 años esta calle se llamaba Maroñas".

—"Aquí vivió el doctor Villademoros".

—"En este portalón desmontó la partida que debió

prender a Basterrica la tarde del asesinato de Flores".

La Unión es rica en evocaciones heroicas, y casi puede asegurarse que no queda un zaguán antiguo que no haya sido dueño de una hora de idilio o de drama.

Llegué a la casa. La oscuridad había descendido, y alguien me introdujo, pasando un patio descubierto y ruinoso, en una habitación malamente iluminada.

—"Por aquí", se me indicó en voz baja.

Pero yo ya me había detenido.

Hecho a la media luz, ví que esa pieza estaba llena de libros. Los muros, rodeados de estantes, rebosaban de viejos volúmenes en rústica. De una mesa habían caído algunos al suelo. Como si me guiase una voluntad imperiosa, en la que empezara a cumplirse un mandato, me incliné y recogí tres impresos. Todos lucían en la tapa, estas palabras:

—"Historia de la Defensa", por don Isidoro de María. Tomo 3.°.

La mesa solo guardaba ese tomo, para mí tan inverosímilmente repetido

La mujer insistió:

—"Pase, doctor".

Tomé calladamente otro volumen. Era el tomo segundo de la misma obra. Luego, "El libro de las niñas". Después, el tomo IV de la Defensa.

¡El destino me había conducido a la casa custodiadora de las crónicas de la patria!...

Cuando entré en el cuarto inmediato, puse sobre el abrigo, encima de la cómoda de jacarandá, el "Montevideo antiguo" del que ya no pude desprenderme.

—Recién, entonces, miré a la enferma.

Era una viejita que casi no ocupaba lugar en la cama. Con las manos cruzadas sobre el pecho, parecía dormir. Siempre me acerco con respeto religioso a los viejos demasiado viejos. Esta anciana tenía una particular dignidad, perfil afilado, de medalla romana, cutis terso, como si de veras, dando vuelta al círculo de su vida tan larga, hubiera recuperado la infancia.

Le tomé una mano. Sentí, rodando sobre los huesos de los dedos, las salientes venas azules. El contacto la hizo abrir los ojos.

Sonrió. Me sonrió, preguntando con una voz dulce y lejana:

—"¿Me trajo las velas para la Virgen?"

Miré a la enfermera.

Hizo ésta un leve gesto, y tocándose la sien con el índice, al que hizo girar intencionadamente:

—"Está ida", me dijo.

La viejita, que con seguridad no esperaba respuesta, preguntó de nuevo:

—"¿Y el querosene para las lámparas?"

Esta vez contesté que sí, que lo traía conmigo.

Movió entonces todos los músculos de la cara, y sonrióse, con los ojos, la boca, la nariz estilizada, las cejas finísimas que le acompañaban tan bien hasta los menores gestos. Si los ángeles rien, esa debe ser su sonrisa. Tantas veces habría hecho esta criatura la pregunta que nadie contestaba nunca, que su sorpresa debe haber sido tan enorme como su alegría.

—"Siéntese", me dijo, ya ganada.

Y repitió, gozosa:

—"Siéntese".

Me había apresado la mano; yo no sé si buscaba su calor vivo, o su compañía...

Luego, con otra voz, que no era más dulce, ni más tierna, pero que era distinta, y tenía otra sonoridad, otra emoción, me interrogó con ansia:

—"¿Leyó los "Hombres Notables?"

Dije que sí, pero sintiendo ya una rara inquietud.

Y ella, queriéndose inclinar sobre el codo:

—"¿Vió lo que dice allí mi padre, del General Rivera?"

Entonces, levanté los ojos. Sobre la cabecera, desde el gran cuadro enmarcado en óvalo oscuro, don Isidoro de María, ya viejo, parecía mirarme, bondadosamente...

—"¿Como se llama esta mujer?", casi grité a la anciana que me urgía con su actitud para que empezase, al fin, el examen de la enferma.

Ella contestó:

—"Luisa".

—¡Luisa de María!...

¡Pero entonces yo apretaba entre mis manos el espectro de las manos de la hija de Camila de Navarrete!... ¡Aquella niña que en Abril de 1840, teniendo apenas cuatro meses, hizo con su madre el tremendo viaje a caballo entre Montevideo y el Durazno, era esta mujer a la que había encontrado, tan próxima ya al regreso definitivo...

Sí. Era la misma, y tan necesitada de apoyo, como cuando hundía en la dulce redondez del seno materno, sus deditos angélicos.

Ahora llevaba sobre los hombros, nuevamente tan frágiles, el peso de casi un siglo. Tenía 96 años, y era

joven. Lo era, porque habiendo aflojado todos los lazos, retornaba a la mocedad por ese debilitamiento de la memoria, que tanto bien hace a los que mucho han avanzado en la vida. No tratábase en ella sólo de la memoria: era, también, la lucidez perdida. Padres y hermanos habían desfilado, a su vez, hacia la sombra... o hacia la luz. El año anterior, el último, Pablo, nacido en Gualeguaychú, entre el rumor de las máquinas de la imprenta.

Ella evadíase del tiempo, conservando en su niebla estas pocas preocupaciones domésticas: el alimento de las lámparas, las velas de la Virgen, la obra histórica de su padre famoso.

Así, pues, yo venía a encontrarla muchacha aún, porque había perdido el pasado, y es con los seres que dejan acumular en el alma los recuerdos, con los que la vida va formando los viejos! Ella pasó por una centuria, pero las hadas habían soplado sobre su vida, esfumando el perfil de las antiguas alegrías, y de las amarguras ya distantes... Yo tenía entonces 40 años, y hablaba con una mujer que conoció a Rivera. Aunque tuviese un siglo, era para mí la adolescente de largas trenzas que velaba por sus imágenes sacras, o las luces de su casa patricia...

¿Se comprenderá ahora por qué, a pesar de la edad de esa enferma, yo, que a veces dudo entre prolongar una vida centenaria, o ayudarla, piadosamente, en el tránsito, extremé mis esfuerzos para arrancar de las tinieblas a la hija de Camila de Navarrete?

* * *

Murió al año siguiente.

La última noche que estuve en esa casa tan llena

de evocaciones, un sobrino de la muerta, poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

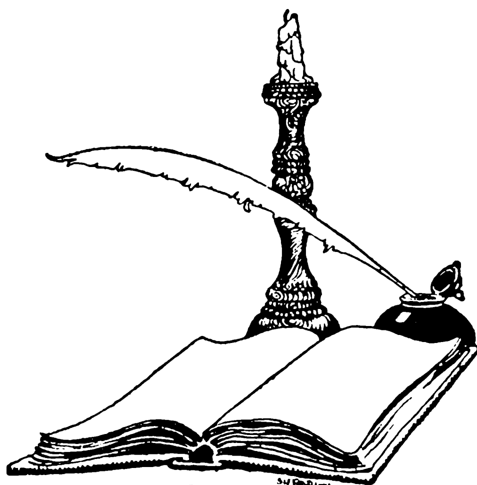
—"Gracias".

Y agregó, señalando con el ademán y la mirada, sobre una antigua mesa de caoba, una libreta con tapas negras, y una enorme llave de hierro, cuyo misterioso destino me es imposible revelar por ahora:

—"Elija..."

En la libreta, el pulso ya inseguro de don Isidoro había trazado los detalles de la epopeya que narré a mis oyentes en la misma casa del General Rivera.

Yo vacilé un segundo. Luego, con decisión, aunque con pena por no poder llevarme también la otra reliquia, tomé entre mis manos, la libreta...



EL SUEÑO DEL CAUDILLO


SIFREDI

EL SUEÑO DEL CAUDILLO



ECUERDA Atalo en los escritos de Séneca, que "la memoria de los amigos perdidos nos es grata como el amargor en el vino añejo". Yo perdí a Rivera hace más de noventa años, y sigo todavía tratando de intimar más, buceando en su alma, en un rastreo de sus desfallecimientos y sus altiveces. Con pudor me acerco a su muerte. Cuando ignoraba detalles, me decía que debió terminar bien. Así lo hacen siempre los santos y los héroes. Y si de su santidad no podía estar seguro, lo estaba, en cambio, de su temple heroico. Tenía que haber dejado la vida con entereza, y morir como vivió, sin que le faltara al tránsito leve, ni el reposo ni la serenidad. Después supe que así había desaparecido, en humildad sagrada, y en modestia que acaso no fuera más que una máscara de la resignación. A ellas llegaré evocando sus horas oscuras, las de sus últimos años, más terribles por la soledad a que lo arrojaron, que por el propio destierro que se le impuso desde Montevideo.

Se le alejó a fines de 1847, por gestionar la paz con

Oribe, paz que hubiera sido personal, de caudillo a caudillo, al margen del gobierno de la República. Flores, que no tenía su talla, había escondido idéntico anhelo, entrevistándose más de una vez con Oribe, en una casita de los alrededores de La Blanqueada. El coronel Acuña había propuesta la paz al caudillo en nombre del jefe sitiador. El héroe del Rincón informó al Presidente Suárez, y los hombres de Montevideo contestaron con el destierro. Hacia Maldonado partió en el Maypú el coronel Lorenzo Batlle, Ministro de la Guerra, llevando en su cartera la nota que separaba a Rivera del ejército. Embarcado, llegó pronto don Frutos a Río Janeiro, para vivir en él siete años de martirio, antes de descansar.

No era el primer exilio. Hasta marzo del 46 había estado en Río, con recelos el Gobierno de la Defensa, temeroso también el del Imperio. Pero era un destierro digno, y podía cenar con Sarmiento, y chocar con él, y posar para Rugendas.

Antigua la animosidad de Andrés Lamas y Manuel Herrera y Obes contra Rivera. Representaba éste al caudillaje, y había que concluir con él. Mientras se encaminaba al Janeiro, Herrera y Obes se lo definía a Lamas, Ministro en Río, con esta frase: "Este hombre está loco, aunque esto no es nuevo para mí".

Poco después de llegar, se le impone residencia fija dentro de la ciudad. R. D'Assis le escribe: "Usted debe vivir en el Hotel de Italia". Hasta entonces se había acogido a la cordialidad de la familia Mello é Souza, rúa do Carmo 43, donde se le había alhajado un pequeño cuarto. Al principio, sin recelar mala voluntad, Rivera visitaba a Lamas. Pronto dejó de ver-

lo. El entendimiento de éste con Herrera y Obes lo llevó a declararle a Rivera su deseo de que no se incomodara más en llegar hasta la Legación. Podía escribirle en caso necesario. Y en carta privada: "Le guardaré consideraciones por respeto a mí mismo".

Se le deja en libertad un día de 1848, es decir, se corren los cerrojos del hotel, devolviendo al desterrado el albedrío de retornar a la calidez del rincón de la rua do Carmo. Allí vive dos años. Dos años de estrecheces, sin pensión, la que le llega recién cuando termina el año 50. Revive el general. Ya pasa temporadas fuera de la ciudad, en la chacra de Brejo. Pesca, monta a caballo, fuma de nuevo, parece empezar a sentirle gusto a la vida.

—"Los hombres nunca son demasiado malos", le dice Rivera a su amigo Melho, en una sobremesa de febrero del 51, aludiendo a que parece que sus enemigos quisieran dejarlo tranquilo. Mientras su optimismo se desborda, golpean a la puerta. Es un comandante, que ordena: "El general debe presentarse en el acto en casa del Prefecto". Sin cambiar de ropa sube al carruaje que lo espera, y en él llega al Puerto. La fortaleza de Santa Cruz abre una celda para su nuevo preso.

Se equivocaba Rivera. Siempre encuentran los hombres el momento oportuno para ser más malvados.

* * *

El libro de entradas de la fortaleza —página 123— registra la filiación del general. Más que un presidio, aquello es una tumba. El mar bate esas celdas chicas ahuecadas en roca, y el calor del trópico se cuela

tumultuosamente en las venas del preso. 200 criminales encadenados comparten y sufren esa prisión dantesca.

Una carta de don Frutos da una idea de cómo sería aquel régimen tremendo. Grita su alegría: ¡ha conseguido "bañarse dos veces en una tina!" ¡Terribles tienen que haber sido los pensamientos del confinado, en la enorme soledad del presidio! Apunta los momentos felices: aquel en que se le permitió conversar con otro preso, y éste, inaudito, en que lo sacaron a dar una vuelta, unos centenares de metros, y no quería volver porque el mar lo imantaba...

En la celda puede dar pocos pasos. No los ensaya. Lo pasa echado sobre el camastro, abiertos los ojos en una angustiosa vigilia.

—"¡Mátenme, lo prefiero!" —llega a escribir en un minuto de desaliento. Nada lo atrae ahora. En cierta ocasión le llega un paquete. Reparte los dulces y cigarros, reservándose un libro del que espera una paz que no le alcanza.

Vuelve a confiar cuando se entera de la paz de octubre. ¿Cómo, si el general Oribe queda libre, dueño de sus horas, después de nueve años de apuntar el cuchillo de caza al corazón de su madre, podría él, brazo siempre tendido contra la tiranía, seguir encerrado en la roca terrible de Santa Cruz?

Y aquí lo sorpresivo. El gobierno del Uruguay levanta el destierro de Rivera, pero el Imperio no lo suelta. Ha de seguir detenido para seguridad del país que le brinda su *hospitalidad*, su generosa hospitalidad, en las horas sombrías. Le dice a Lavandera, que ha ido a buscarlo:

—"Ya lo ve; mis nietos se llevarán un día mis huesos viejos desde un rincón de esta fortaleza".

Y pasa un año antes de que "O Jornal do Comercio" escriba dos líneas perdidas entre avisos de segunda página: "O Governo espedío ontem as necesarias ordens para ser soltado o general don Fructuoso Rivera".

* * *

Al fin lo recibe el Emperador un día. Conversa largamente con él, y ese recuerdo ha de sostenerlo aún. Pide poco al destino, mientras prepara la vuelta a la patria lejana: "yerba paraguaya, y cigarros acondicionados con trébol".

¿Qué otra ofrenda puede recibir de una tierra que no supo acortar la soledad paraguaya de Artigas?

Lo que llega, el mar se lo trae. Es un abrazo, el de Melchor Pacheco y Obes. Venía de París, después de haberse batido por la dignidad de estas tierras de indios.

Y en ese mes de mayo de 1852, el destino le concedió a esos hombres tan mimados por la gloria y por la desgracia, unas horas de charla junto al océano. Habían sido enemigos en los pasados días de la Defensa. Ahora Pacheco, que como Rivera, es un bacilar, cae en cama. Y Rivera lo cuida y lo hace convalecer, prodigándole hasta su áspera ternura.

Más tarde han de concurrir los dos al banquete con que recuerdan el 25 de Mayo, y lo estiran, en un deseo de olvido, en que consigue él borrar hasta la sombra del barrote. Porque ese festín, de sobremesa interminable, alcanza el filo de la medianoche, y en

él caben los brindis más inesperados, en los que Pacheco vuelca romanticismo, melancolía Rivera, y Benigno López tristeza escondida. Es su última fiesta. En agosto de 1852, el general cae bruscamente. El cuadro descripto por el doctor Cándido, es el de la hipertensión. Una sangría discreta mejoró al enfermo, que había sufrido una hemoptisis, en ese momento, favorable. Recuperó pronto la palabra, no quedando ni rastros de la afasia. Los doctores Geraldo y Barboza certificaron luego la desaparición de la gravedad inmediata.

Con un abrazo se despide Melchor Pacheco. Rivera le ha cargado con cartas sus bolsillos. El alma de Pacheco lleva amargo lastre. Parece más viejo. Apenas alcanza los 43 años. Vuelve a la tierra que tantas desventuras le ha deparado, como al otro. Va a voltear a Giró.

* * *

Rivera queda solo, los ojos vueltos hacia la patria. Pronto prepara sus maletas. Ya está en Yaguarón. Allí le llegan los ecos del conflicto del 18 de julio.

—"Apresúrese, gane Montevideo", le aconseja, oportuno, el coronel Costa.

Pero ya no tiene prisa don Frutos. Junto a él, después de siete años de angustiosa separación, está Bernardina, que ha corrido a su encuentro. Lo ve y se espanta. ¡No es él! La piel y los huesos le quedan de su antiguo esplendor físico. Pasa los días acostado, tosiendo. Tiene friebre, es fatigosa su respiración, aumentan los sudores nocturnos. Aquel cálido, carac-

terístico apretón de manos suyo, es sólo un recuerdo del Rivera que empieza a desvanecerse.

Su mano, flaca y fría, apenas estrecha ahora la del amigo que llega a entonar su ánimo. Cuando conoce la noticia de la Constitución del Triunvirato, decide volver. Bernardina se le adelanta para preparar la casa del Arroyo Seco, para iluminarla con todos los candelabros por si llega en la noche. Ya es suyo. Tanto se le escapó en la mocedad y en la madurez bien dotada, que se siente feliz, *ahora*, cuando la vida se lo entrega para su ternura casi maternal. Una posta la espera, y mientras cambian el tiro, la mujer descansa a la sombra de los arrayanes florecidos. La flor marfileña ha de caer muy pronto y el fruto ya está cuajado en la rama que se prepara para la comba. Le arrancarán los soles su amargor; cuando llegue hasta la sed campesina, sólo ha de ser dulzura. Así alcanza a su hombre doña Bernardina. Siempre fué suyo, pero no pudo impedir él que su donjuanismo fuera dejando huellas a lo largo de los caminos de su tierra. La flor cayó con la juventud. Ella tendrá el dulzor. Ha llegado a tiempo la paz. Lo ha recobrado. Lo ha recobrado, como a un hijo muy querido, que vuelve...

* * *

Empieza a convalescer. Ya monta a caballo. Volverá muy pronto. En Santa Lucía, pasando un descanso, está Pacheco y Obes. ¡Dulces recuerdos para Rivera! Allí trenzó el idilio con Ramona Fernández. Allí naciole su hija. Abrazará al viejo compañero de la Defensa, y entrará con él a Montevideo, y llegarán

juntos hasta la casona de la calle Zabala, y será un olvidarse para siempre del pasado terrible y cercano, porque en ella están el compadre Juan Antonio y la comadre Anita.

No. Lavalleja se le escapa en la muerte, y él está muy viejo para que la noticia no lo derrumbe. Ya no puede esperar. Le parece que si no regresa en seguida, no llegará. Que le envíen a Brígido Silveira para que lo acompañe. Lo mismo había pensado Flores, y Silveira se pone en camino, espoleado por la orden de don Venancio y por el deseo de don Frutos. Un cólico hepático lo atormenta, finalizando octubre, pero noviembre lo sorprende con el olor, que él tanto conoce, de las gramillas orientales. Una ola de recuerdos lo asalta. No ignora pastos ni árboles de su tierra, los que visten los campos de sus victorias y de sus derrotas, trebolares de Guayabo en el Salto, palmares de Rocha, espadaña de India Muerta, donde sintiera un día el filo de la cuchilla de Urquiza sobre la nuca. La comitiva avanza con lentitud. En pleno verano las lluvias le van atajando el paso. ¿No llegará el baqueano a la posta del Avestruz, donde lo espera un fulgor de Cagancha, encarnado en la recia figura de Anacleto Medina? Llega, sí. Y Medina le prepara una revista heroica para su honor y su regocijo. El General ve desfilar la división sentado en silla de cuero crudo, y revive la epopeya que ya empieza a esfumarse. La carga del Rincón, el ascenso de Las Piedras, la estratagema del Ibicuí, que le dió las Misiones, y la astucia del Aguila, y el horror de la matanza de Arroyo Grande... Carga su pasado como un liviano fardo. Con él se va acercando a Me-

lo. Es el día 11 de enero de 1854. El caserío está muy cercano, del otro lado de ese hilo de agua que Dios parece haber puesto allí para su fiebre. Bartolo Silva le ofrece con tanta efusión su pobre rancho, que en él se queda, marcándolo para la gloria y para la leyenda. ¡Lindo paisano don Bartolo, por quien conociera 25 años antes a María del Carmen, su hermana, en una lejanísima visita al Tacuarí, visita hecha luna de miel por la vara del hechicero, y de la cual, como premio y recuerdo, recibió él la ofrenda de sus mellizos Cayetano y Fructuoso!...

Es casi su cuñado, y es el hospedador. En su rancho cabe poco, apenas dos noches... y una agonía.

Lo más penoso en esa agonía es la ausencia de una mujer, cuando el moribundo se llama don Frutos y ha tenido tantas en su vida... Sólo soldados rodean al guerrero que supo combatir casi medio siglo. Para secar su frente está el mayor Gadea. Hombres oscuros y sin historia son los últimos que lo ven. Navarrete, Mestre y Fernández cumplen su junta médica en la madrugada, y él los ve moverse en la sombra, como fantasmas.

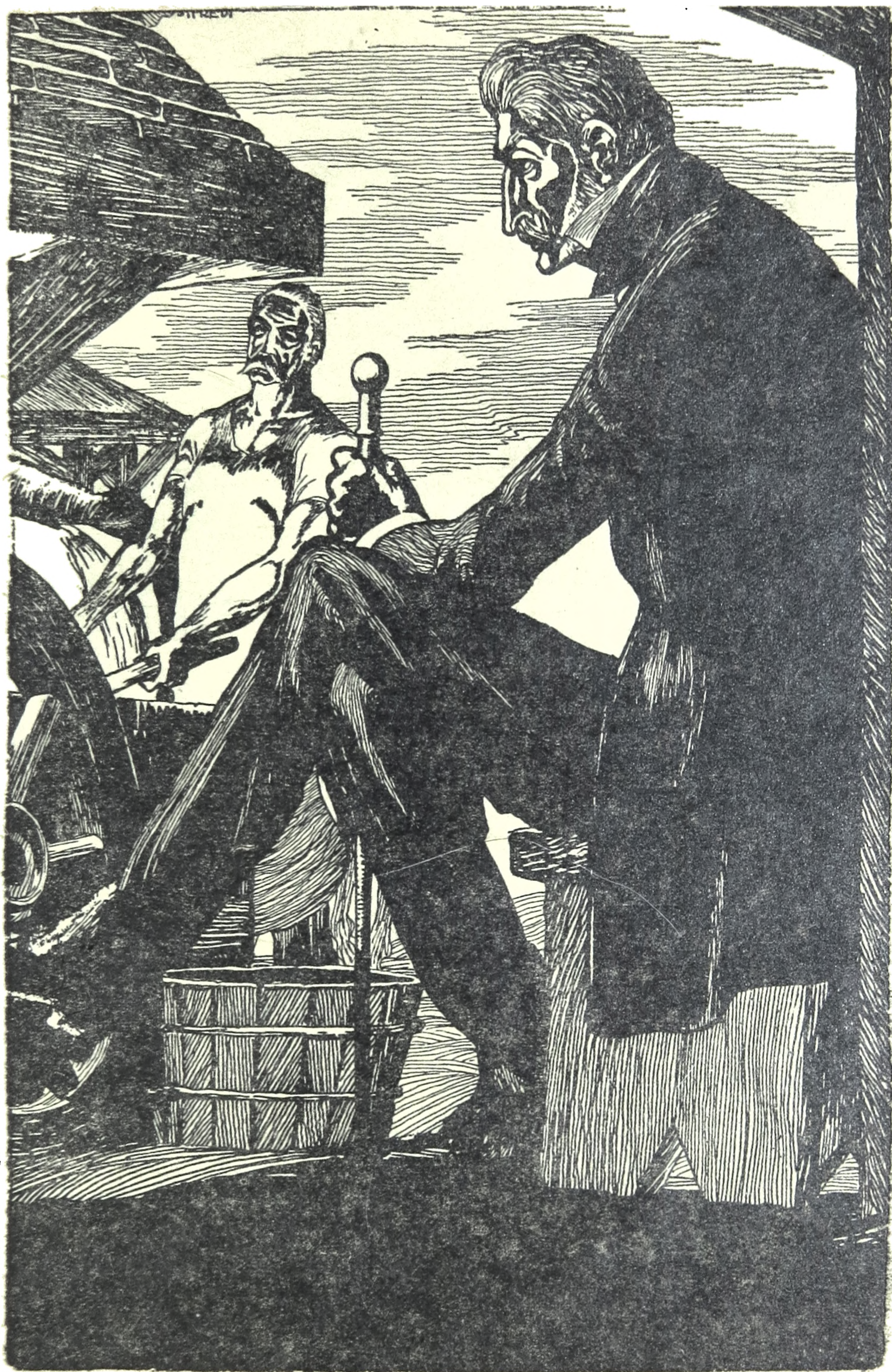
Nunca ha habido una noche tan larga... El respirar fatigoso es entrecortado a veces por una calma que debería intranquilizar a los que velan. No hay estertor, ni realmente agonía. La mirada del hombre que va a morir, vaga por el rancho de adobe; su oído recoge el enorme silencio del campo. Dos candeleros de bronce sobre la mesa de algarrobo; pocas sillas con asiento vacuno; descansando de un clavo, el látigo de trenza que levantó en Cagancha para pedir

a los suyos la vida del vencido. Las horas parecen arrastrarse.

Entra al fin por la puerta del rancho, la claridad primera del día trece. Como si hubiera tenido con ella una cita, envuelto en su resplandor, se quedó dormido...



CLAROSCURO DE ORIBE



LA DERROTA



PENAS concluída la Guerra Grande, el general don Manuel Oribe se refugia en su hogar. Comprende que ha terminado su vida pública, y aspira sólo al descanso en una paz íntima que no conoce, ya que su existencia no ha sido más que un dramático combate. Queda en la Patria gracias a la mediación de Urquiza, sin cuyo empeño el jefe blanco hubiera visto abrirse ante él un árido camino de destierro. Paga así el entrerriano la deuda de Sauce Grande, en donde apenas pudo salvarlo de una muerte segura el arrojo personal del General Oribe.

El ex Presidente Legal conserva su casa de la Curva de las Maroñas, en la que se aisla ahora empecinadamente, distrayendo el fin de semana en el caserón colonial de su quinta del Miguelete, ante cuyos ventanales cae, en la estación, la silenciosa y fragante lluvia de los jazmines de Chile.

Sus ocios, tal vez llenos de angustia, los ocupa

allí en obras de cerrajería, tarea histórica amargamente reeditada en estas tierras de América.

Contadas veces entra a Montevideo La ciudad que él sitiara con fuerzas extranjeras, le guarda una tenaz hostilidad, que él percibe, sufriéndola. No todos sus adversarios le hacen sentir, sin embargo, el recuerdo del Sitio. En cierta ocasión, un vecino de la ciudad vieja fué saludado al pasar, por un anciano de porte distinguido y severo semblante. Contestó el primero al saludo, cortesmente, y cuando su hijo, niño aún, preguntóle, mirando al caballero que se alejaba:

—"¿Quién es ese señor?"

El padre respondió, con un dejo de respeto en la voz:

—"Es el General don Manuel Oribe".

El hombre a quien éste saludara al pasar había sido Canciller de la Defensa, y se llamaba Manuel Herrera y Obes. Viejo ya, se complacía su hijo Julio en recordar la escena lejana, en la que parecía moverse aún la larga silueta perdiéndose en la calle, en la que quedara, como una estela, esa cortesía del triunfador para el vencido de la paz de octubre.

Pero no fué esa la atmósfera que envolvió a Oribe en sus últimos años, en las limitadas ocasiones que dejó su retiro del Paso del Molino para ver de cerca la ciudad que no pudieron rendir sus batallones federales. La prensa de la capital aprovechó esas furtivas visitas, para exigir a la justicia ordinaria el enjuiciamiento del General Oribe por su probable participación en el asesinato del doctor Florencio Varela. Se explica así que don Manuel prefiriera el aislamiento de la Villa Restauración, que él fundara, y a la que,

no pudiendo arrancarle el origen, habían cambiado los vencedores, el nombre.

* * *

La Unión solía verlo, de tarde en tarde. Visitaba, entre otros, a Cipriano Miró, que vivía en un costado del pueblo, junto a la plaza de toros, y el argentino, buen narrador, evocaba para él, en la total calma aldeana, la epopeya de América. No gustó nunca a Oribe recordar su pasado. Pero cierto día que Miró refirióse incidentalmente a la batalla de Palmar, don Manuel acercando su asiento, le rogó otra vez aún, detalles de la jornada en que habría de velarse para siempre su estrella de la victoria. Pudo ganarse la contienda decisiva y no hubiera entonces perdido la Presidencia. ¿Habría sido culpable el General Britos, como lo pensara siempre su hermano Ignacio?

Recordó Miró el final de la contienda, en la que la confusión jugó tal papel, que cuando él mismo quiso darse cuenta de la realidad, estaba solo, con la infantería bajo su mando, en medio del campo abandonado ya por vencidos y perseguidores. Formó entonces un gran círculo de carretas, manteniéndose en el centro cuando apareció de pronto el General Aguiar exigiendo la rendición completa. A Lavalle, jefe argentino que reclamaba Miró en última instancia, le fué entregada por éste su espada de combate. Así se abrió en Palmar la fosa del ejército blanco.

Oribe sufría calladamente. Había escuchado en silencio la evocación de Miró, que tuvo la virtud de abreviar la vista. Luego, se le vió tomar lentamente el camino que lo conduciría a la calle Real, y de pronto,

como en un rapto inconsciente, excepcional en él, tan suave, tan amanerado en su vida civil, levantar el bastón contra el cerco florecido, y seguir después su camino, obstinadamente sombrío, mientras la acera quedaba cubierta de sacrificadas campanillas azules...

* * *

Reconcentrado y ausente, no era un hombre que paseaba por el pueblo fundado por él; era algo así como el espectro animado de una época de esplendor y de poderío, desaparecida en los tiempos.

En torno suyo ya no giraba la órbita bulliciosa de sus capitanes.El desengaño era su sombra; la soledad, su duelo. Estaban lejos Olid, Diego Lamas, Lucas Moreno, Garzón, hasta Urquiza, el agradecido; con ellos había muerto la época en que apenas el Señor del Cerrito abría los finos labios, el eco de su murmurio era el coro que adivinaba su voluntad, para complacerla. La grandeza tiene siempre un amo; el dominio también. En la frente de aquel hombre que fué, por muchos años el duro y empinado dueño de tantos destinos sobre los que avanzara, inflexible, se apagaban ya los fuegos creadores del triunfo. ¡Qué frío, y qué color de ceniza, tendría, entonces para él la vida!

Apoyado en su bastón de ébano con puño de oro y secreto estoque, iba ahora a visitar amigos más humildes, dueños de elementos evocadores, como el cajonero Liesack, conversador pintoresco, que tornaba jovial su dramática artesanía, y Juan Letra, el herrador, rodeado siempre de chispas sonoras, sub-dios de los fuegos vocingleros, en los metales heridos por el martillo. En la oquedad negra de la herrería, el fuego,

todo lenguas, hablaba con el hombre taciturno, cuya vida iba corriendo como un río cargado de bajeles. Sentado con las manos sobre su bastón, silencioso, los ojos fijos en la llama chispeante, don Manuel Oribe iba viendo desfilar su mocedad y su poderío, el cenit y el ocaso. A lo largo de la pura juventud de este hombre, ¡qué flamear de banderas, qué exaltado ritmo de dianas, qué brillo de oro, qué extraña locura de sangre! Alba de la Agraciada y del Cerro, mediodía de Ituzaingó, y una hora blanca —blanco y oro— pero tan profunda y tan única, que pudo haber cambiado todo en su vida de no haber sonado para él, trasmutando el triunfo en desengaño o derrota, la juventud en vejez, en enfermedad la fuerza viril; y esa hora siguió siendo lo mismo, —blanco y oro— en ese extraño y múltiple destino: la de su amor a la compañera que le tomó de tal modo la capacidad afectiva, que fué la mujer más enraizada en su vida.

Pero la existencia de ese viejo señor que mira el fuego, inmóvil y melancólico, no fué precisamente lírica y pacífica, sino de continua batalla. Y así ve pasar ahora, por el cuadro evocador del llamerío de la hornaza, su tumultuosa vida de soldado. De haber muerto en Yucutujá no hubiera sentido sobre él el rencor de su pueblo.

Lo siente y lo padece en los últimos años, y no lo sacude de su ánimo, porque por una extraña aptitud de su espíritu parece no querer alejarse mucho de los lugares que le recuerdan el infalible tránsito: la iglesia que él fundara en el Sitio, y ese taller en el que Augusto Liesack tallaba las maderas, sazonando con palabra bizarra sus imágenes pintorescas, mientras el

General, ceñudo y silencioso, lo miraba esculpir los ataúdes de la Restauración. El cuadro era dramático y de un exótico y áspero sabor. Oribe debió gustarlo en sus callados monólogos a lo Hamlet. La fragua lo atraía de nuevo, y la buscaba, cruzando la calle aldeana; en el taller de Letra, la alianza del fuego y los metales sonoros, pudo ofrecerle ese gozo que se experimenta en los dominios del fuerte dios forjador. Debió entonarse allí su ánimo decaído, frente a la ruda sinfonía del fuego cantando en las chispas, y el hierro clamando sobre los yunques. Tal vez buscara para su alma atormentada, esos rudos tónicos vigorizantes. Todo, en la vida, es dolor y batalla; incruenta pero dolorosa, la del árbol gigante parando en ataúdes, y la del hierro, pesado y oscuro, transmigrándose al espíritu de la luz, tanto en la fragua encendida, como en los cascos herrados de los caballos veloces.

Todo eso, tan grande y tan mínimo, debió ir acercando poco a poco el alma de Oribe, a la idea tremenda de la última muerte...



II

EL DESTIERRO


SIFREDI

EL DESTIERRO



RIA la mañana del 21 de Octubre de 1853 en el puerto de Montevideo, donde sopla un cortante viento noreste que hincha el velamen de la barca a bordo de la cual se encuentra, desde hace dos días, el General don Manuel Oribe. Chillan y revolotean las gaviotas, casi rozando el agua, mientras nacen, enérgicas, las voces de mando, enronqueciéndose las palabrotas marineras. Chirria, al subir, el ancla, y la nave comienza a moverse, recibiendo al paso un saludo de los buques brasileños y franceses, mientras sólo la bandera española no es arriada, porque prefiere escamotear los honores de práctica.

El pasaje se agrupa sobre cubierta, de la que desaparece entonces un viajero que ha permanecido embozado en su capa, fijos los ojos en el bajo caserío de la orilla. Mira al mar, la casita baja de la calle de San Ramón, en la que ese hombre desposó a su sobrina, y por cuyo cercano parentesco hubo de *aplacar* a la curia, consintiendo, además, en penitencias y ofrendas, como la de servir con sus manos a un grupo de 33 pobres del Hospital, un almuerzo fraterno, la mañana anterior a los desposorios.

Mira al mar también, desde el otro extremo de la ciudad, la amplia casa esquina de las calles de San Telmo y San Pedro, en la que le nacieron los hijos, y a la que conservó, desde 1835, como residencia presidencial.

Cuando parte para la expatriación, ha pasado ya Oribe el umbral de los sesenta. Conserva la elegancia realzada por la alta estatura y un aspecto de gravedad melancólica, que pone, a veces, un sello de nobleza sobre el rostro severo. Emboscados en la órbita, los verdes ojos guardan aún su brillo acerado; no ha perdido la voz el suave timbre y la contención antigua.

Pero de aquel hombre que muy poco antes parecía no resignarse a abandonar su gallardía tan celosamente guardada desde la juventud, a éste que agobiado y encanecido parte ahora de su ciudad en la medialuz de esa mañana de Octubre, hay un abismo tal, que parece no haber sido abierto en solo los dos inviernos corridos entre la llegada de Urquiza y la caída de Giró.

¿Por qué se aleja de la patria el General Oribe, abandonando aquí la familia, ya que embarca con Felipe, su único hijo varón y Pablo, último vástago del General Antonio Díaz, como únicos compañeros de viaje? Se ha discutido poco el destierro del 53. Los dos años que suceden a la paz de Octubre, los ha pasado el General en un total aislamiento doméstico, que divide entre la casa de la Restauración y la quinta del Miguelete.

De pronto, sacudiendo ese estado de ánimo que confina con la indiferencia o con la melancolía, se presenta de nuevo entre los *suyos*.

Visita la Florida, donde llega seguido de la muy bien montada gente de Zipitría, que le forma, al decir de un diario de la época, "una verdadera guardia pretoriana". Lo recibe después San José, en donde su corta permanencia desata el delirio partidario; se le victorea en las calles, disputándose su estada de unas horas en las casas patricias. El advierte la antigua devoción, no disminuída por la pérdida de su influencia política. No visitaba Oribe a los maragatos desde la época del Sitio, en que lo hizo con motivo del cumpleaños de su compadre José Bruno Larriera. En la quinta del horno, posesión de Francisco Larriera, tuvo lugar ese día la imprevista escena de los brindis. Luego que Oribe hubo levantado su copa por la felicidad personal de su compadre, Larriera, en medio de un penoso silencio, expresó al General su propia reprobación y la del escogido grupo de comensales, por las confiscaciones dictadas por el gobierno del Cerrito contra las propiedades de los colorados, que iban pasando, poco a poco, a poder de los correligionarios del credo federal. Con la barbilla casi pegada al pecho escuchó Oribe en silencio las palabras condenatorias, y es tradición que desde ese momento, su conducta, en tal sentido, se habría modificado sensiblemente. La amistad que unía a los dos hombres era estrecha, y explica la decidida actitud de Larriera, y la contención de don Manuel. En la residencia de aquél, junto a la plaza de San José, la pieza del frente, aislada de las otras, estaba siempre pronta por si al General se le ocurría venir de improviso al pueblo; a veces lo hizo, en la altanoche, descubriéndose su presencia en la casa en la mañana: el recado del negro

asistente le servía a éste de cabezal, mientras velaba, echado de través, en el zaguán, junto a la puerta tan celosamente defendida.

Ya no era Oribe, el madrugador; si transgredía ahora la ley campesina de levantarse con el alba, culpa de sus insomnios era, y no de inveterada costumbre más propia de su hermano Francisco que suya.

Ahora, las andanzas del que fuera jefe de las tropas del Cerrito, causan un indisimulado temor entre los hombres de Montevideo. Se dice ya en alta voz que Giró, tambaleante en el poder desde el choque sangriento del mes de julio, está de acuerdo con Oribe para restaurarlo en el gobierno. La segunda visita del caudillo a San José, es más breve; el Coronel Flores ordena bruscamente el regreso. Vuelve pues, a la Capital, encerrándose obstinadamente en la quinta del Paso del Molino, cuyas cinco hectáreas tan poca distracción pueden ofrecerle. Se le ve a veces, recorrer las cercanías, jinete en su famoso gateado que hace tiempo perdiera los bríos de potrillo. Siempre conservó Oribe su afición a los caballos, a quienes vigilaba, cuidándolos personalmente; la herida que una bala abrió en la ranilla de su zaino en el combate de San Cristóbal, él mismo la curó, hasta cicatrización definitiva. Recordando el hecho, aludía a su fortuna en las batallas; en ninguna lo hirieron, a pesar de su reconocido arrojo en los combates.

Recluído en su caserón del Miguelete —24 piezas enormes— pasa el General el mes de Agosto del 53. No es la soledad, que junto a él está *"Mamina"*, y su hija Dolorcita casada con Maza el 48, ha empezado a cumplir su firme propósito de repoblar la casona, a

la que agregan su bullicio los hijos de don Ignacio, cuya quinta bordea uno de los cercanos gajos del Miguelete.

En Setiembre pide Oribe a Giró, su pasaporte, no por deseo de viajar, sino porque el Coronel Flores exige su expatriación. Don Venancio visita a Oribe en su casa del Paso del Molino y le hace entrega allí de los papeles para el viaje. Oribe sufre la orden, y esconde celosamente la verdad sobre este primer y último embarque hacia la tierra de sus mayores. Tal vez no le gustara la queja; por eso recuerda a Giró que, ya le había pedido permiso para irse, a raiz del movimiento militar del 18 de Julio, lo que coincide con sus líneas a Lucas Moreno, cuando este jefe, desde Gualeguay, y en el mes de Agosto, le anuncia el envío de un caballo entrerriano:

—"No me lo mande; *he resuelto* salir del país, porque considero muy mala su situación".

Ni a su confidente Iturriaga confiesa Oribe que no es espontánea la travesía; que se va por orden de Flores y no por amistad a Giró.

La Presidencia liquida al viajero un sueldo, insuficiente para los gastos, lo que obliga al refuerzo del rubro mediante un pedido amistoso, que Giró satisface.

Cuando ya en Barcelona se lamenta Oribe a Iturriaga de no poder estar con él en Entrerríos, donde se habría radicado "si el imbécil de don Juan no le hubiese extendido pasaporte para fuera de cabos", documenta en la queja la prueba de su ostracismo.

Afloja, al hacerlo, la consideración y el respeto con que distinguiera antes a su correligionario del Cerrito: entre la cortesía demostrada por Oribe hacia el

Presidente Giró en las líneas en que solicita su pasaporte, y el menosprecio con que lo hiere en sus cartas de Europa, cuando el gobernante ha caído y recorre, él también, caminos de destierro, hay un abismo que no honra a quien ha tenido los dos actitudes. Podría invocarse en descargo de Oribe, la circunstancia de que en ese viaje apuró la amargura que le tendieron, cuando en busca de un caudillismo que se le esfumaba, empezó a recorrer la campaña siempre adicta. Pero esa invocación no alcanza a descargar a Oribe de su falta de elegancia en la caída. Una resignación más serena le habría alejado de la vehemencia y de la injusticia.

Cuando desde la azotea de Toribio tomó Besnes e Irigoyen sus apuntes de la partida del velero, no pudo presentir el retardo que habrían de imponerle los vientos dominantes, que intensificando su velocidad y dada su orientación noreste, arrojaron la barca hacia la costa argentina. Cuando sopló el viento favorable, la embarcación tomó firmemente el camino de Europa, enfilando el canal que neutraliza los riesgos de Punta del Este y Punta Brava. Al atardecer, y a una distancia algo inferior a la milla marina, tiene Oribe frente a los ojos, *su* Puerto del Buceo. Desde la mañana monta guardia en el cielo de la ciudad, una bruñida luna de once días, que boga ahora en el crepúsculo, sorteando nubes tornadizas. (¿Dónde he leído que "se exaspera uno con la luna en creciente, porque declina tan temprano"?).

La sombra comienza pronto a escamotear las costas. La sombra, y no la distancia. Oribe lleva su catale-

jo, y el recuerdo. Aquél, es el caserío blanco de su Aduana. Esta, la mole del Juzgado del Crimen.

El Cardal está lejos.

Entre el pueblo y el mar... arena y árboles... y todo un pasado que se sepulta.

* * *

Pocas horas de su vida las ha pasado en el mar el General Oribe. Cruzó a Buenos Aires en 1817, perdida totalmente la fé en Artigas, a quien consideraba entonces un demagogo peligroso. Antes, un viaje del que no se habla nunca. ¿Qué impulso andariego llevó a Oribe, muchacho de 15 años, a huir de la casa materna para sentar plaza de soldado en Bahía, de donde habría de rescatarlo poco después Contucci, ya marcado por el destino para ser el suegro de ese mocetón díscolo y pendenciero, que no ha de intentar nunca más otra escapatoria como esa? El hombre taciturno recuerda la travesía juvenil, mientras el dócil velamen guía la nave por los mismos caminos salados del Brasil y de Europa, que ahora recorre en tan distintas circunstancias, cargado ya de años y de amargura. Los chinos creen que el único motivo de los viajes "es el de andar, para perderse y ser desconocido". Pero Oribe no es un peregrino común. De las catorce personas que componen el pasaje, ninguno adivina, tal vez, su verdadero estado de ánimo. Es posible pesara, en esa primera noche de su alejamiento de la patria, la desigual fortuna de sus compañeros de epopeya, recién ascendidos a la dignidad del Triunvirato.

No podía prever que don Frutos había comenzado a gastar su última primavera, y que el cuarto crecien-

te de esa luna de Octubre, iluminaba, en ese instante, la definitiva noche de Lavalleja...

* * *

Como un homenaje, don Félix Bujareo, dueño de la barca, le cambió el nombre. Se llama ahora "Restauración", como el pueblo que Oribe fundara diez años antes entre el Cerrito y el Buceo, y cuyas luces oscilantes —hachones de brea en las orillas del pueblo blanco— capta el catalejo tenaz del desterrado.

En ese caserío que sigue criando pita y cardo, queda sumergido su sueño reivindicatorio. ¡Cuántas almas siguen desde la orilla la estela que va dejando la barca!...

Cuando el horizonte mata al fin la pequeña mancha blanca de la goleta, el grupo de fieles se apresta para volver al pueblo. Sólo queda, por unos instantes, clavado en la roca que le ha servido de asiento tantas horas, un hombre que ha recogido la sotana frente al agua, y recién, al incorporarse, restituye a la cabeza su teja oscura...



III

ALMA, CIELO Y AGUA


SIFREDI

ALMA, CIELO Y AGUA



A proa del barco partía las aguas con ayuda del viento, y cuando éste amainaba, era para transformar la "Restauración" en un balanceo que sabía colarse en las venas, cual un sedante. A veces casi se detenía, como necesitando sosiego; pero en ciertas circunstancias "el reposo es sólo un movimiento más lánguido", que no permite descansar del todo. Viajero puro, como lo conciben los orientales, no lo fué el General Oribe a bordo de la goleta catalana. Ni alegría espontánea ni tentaciones imprevistas mordieron su ánimo retraído; hasta el barco lo empujaron, y ningún desterrado guarda para la travesía el sentido de aventura necesario para gozar el paisaje. La tierra es entonces, gris, y sin esperanza: sólo un fulgor concede a los ojos el exilio, y ese tiene un brillo apagado sobre el que flota la congoja.

El Gobernador de Barcelona alhajó su residencia para albergar al primo que llegaba con el prestigio de haber desempeñado la Presidencia de una repúbli-

ca americana. Luego, aligeró el sueño a la intrincada ascendencia española. Nobleza y coraje le venían del Cid, porque don Rodrigo Díaz de Vivar entroncó con los Viana, y con una de éstas, descendiente de don Juan II, de Aragón, había casado don Francisco de Oribe, padre de este General que llegaba recién a descubrir la tierra de su mayorazgo.

Ese mismo apellido, ya democratizado por el sacrificio de la partícula, que nunca fué título sino yugo, encerraba singular origen. Oribe viene de *auri-rivalis*, —oro de arroyos— y distingue a quien recoge las arenas y pajas de oro que arrastran los ríos en su corriente. Si llegó hasta el General la rara etimología debió pensar en ella con tristeza. Oro, y no de arroyos trajo en la casta valerosa, para derrocharlo en los entreveros cuando el alumbramiento de la patria. Su alianza con el Restaurador quitó más tarde a la ardiente sangre aventurera las áuricas arenas, dejando al cauce las agudas guijas agresivas. Recordando en Barcelona la trágica novela de su vida, tiene que haber ganado a Oribe la amargura. Sus últimos veinte años fueron cargándole de culpas y errores tan tremendos, como para hacer peligrar los primeros, ricos en virtudes y generosos renunciamientos, porque Oribe en la etapa de la independencia, fué un auténtico campeón de la gesta. Puede reconocérsele así a pesar de sus grandes claudicaciones.

Ninguna tan grave como la de 1817, cuando abandonó la lucha contra los portugueses, obligando al General Artigas a distanciarse de Montevideo, a fin de rehacer en el Norte sus desmoralizadas fuerzas.

Porque Bauzá y Oribe no abandonaron *solos* la defensa de nuestro suelo. Lo hicieron, entregando a Lecor la totalidad de efectivos bajo su mando: hombres, caballadas, cañones y armamentos; al pasar a Buenos Aires iban comprometidos a no molestar más a los portugueses, cláusula firmada con Nicolás Herrera, representante del lusitano, y cumplida, en lo que respecta a Oribe, que no volvió al país hasta 1821.

La sombra de Rosas. — Cuando ascendió al poder el General Oribe, lo hizo por la influencia decisiva de Rivera, que lo creía entonces digno de sucederlo. Si Oribe, votado unánimemente por la Asamblea, no hubiera sufrido bien pronto la influencia de Rosas, habría podido cumplir brillante gestión de gobierno, porque su legalismo y honradez prometían una administración ejemplar, de la que necesitaba el país, después del período de Rivera, que, personalmente honesto, no conoció nunca su disciplina ni su severidad administrativa. Pero lo tomó Rosas, y Oribe abandonóse al tirano, sin una rebelión por la alianza que habría de costarle su gloria antigua. Rivera se vió obligado a enfrentarlo, para que el Uruguay no fuera en adelante una nueva provincia argentina. Rosas deseaba la anexión desde 1828, época en que vino al país, secretamente enviado por Dorrego para invitar a Lavalleja a no exigir con mucho ahinco nuestra independencia absoluta. La revolución del 36 fué una cruzada nacional, afianzadora de la independencia uruguaya, por la que tantos esfuerzos derrochara en su briosa juventud el propio Oribe. Así lo entendió éste al fin, ya muy cercana la derrota, al rechazar la ayuda directa de Rosas por la que exigía el alto precio de la

anexión del Uruguay a las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Cuando el desposeído llegó a Buenos Aires, supo rodearlo Rosas de consideraciones, ofreciéndole pronto el mando supremo en la campaña de las provincias. Oribe inició, al aceptar el puesto, su caída vertiginosa.

El cargo que se le ha hecho con más vehemencia es el de haber ejercido la jefatura de los ejércitos federales, con dureza feroz. Es una acusación justa, que no pierde entidad por el hecho, innegable, de que en el campo unitario haya habido caudillos crueles, que hacían aparecer así la fiereza como un producto genuino de la época en que las ejecuciones por degüello estuvieron expresamente impuestas en los códigos militares.

Oribe fué implacable, siempre, en la guerra. Se le vió regresar al campo de Sarandí, espada y brazo empurpurados por haberlos hundido incansablemente en la espalda de los brasileños en derrota.

En la acción del Cerro no se guardó prisioneros: los vencidos fueron todos pasados a cuchillo, cumpliéndose en esa forma órdenes terminantes de don Manuel Oribe.

Después, hasta la caída del 38, no se le conoce más que un caso de rigor: el del Ibicuy, donde hizo ejecutar los cinco chasques de Rivera, portadores del triunfo en las Misiones. Cumplió entonces una orden del Directorio porteño, pero lo hizo fusilando a los cautivos. No ejercía aún el degüello como sistema. Lo adopta en 1840, en obediencia a los códigos de la Federación. Pudo imponer a Rosas, que necesitaba de

su brazo, un rigor más humano. No lo hizo por inercia o por pleitesía al hombre que convirtió en sistema el terror y el martirio. Las orejas saladas de Borda, la cabeza de Avellaneda, que Garzón levanta por su orden en la pica de Tucumán; la manea forrada con la piel de Henestrosa, apenas apagados los gemidos de Arroyo Grande, surgen de un Oribe nuevo, al que Rosas ha hecho nacer en la Federación Argentina. Cuando partió de Montevideo, despojado del mando, no iba libre de culpas, pero iba libre de crímenes. En el ejército que invade el 43 vienen figuras siniestras, de triste fama. El pardo Albano y el correntino Bracamonte, imponen pavor a los propios compañeros de cruzada. Oribe los tolera en sus filas, permitiendo que sean una verdadera institución en el Cerrito, donde *trabajan* en el corral de piedra del matadero de Legris, o en la cabecera de la Zanja Reyuna.

El claroscuro. — Y sin embargo, la vida del General Oribe es rica en rasgos de nobleza y de generosa inquietud. Se llega con asombro al claroscuro de su alma en la que se amalgaman los sentimientos encontrados. Una batalla permanente su espíritu. Parece que la crueldad estuviera en ella, agazapada, pronta al salto, y de golpe aparecen actitudes que hacen dudar al disector, confundiéndolo.

Mientras en el Cerrito se desangra a los prisioneros cortándoles el cuello, Oribe compra con dinero suyo, y a plazos, porque no dispone de fortuna, un sitio, cerca de Pando, para que en ese campo que fuera de los Parga, puedan hallar aguadas los bueyes del pobrerío, y los hombres leña de sauce y álamo.

En 1835 el Presidente Oribe, en documento que constituye una de las joyas de mi archivo, urge a Murguiondo la entrega a los colones pobres de los alrededores de Canelones, de chacras que el Gobierno debió adquirir con ese objeto, y no compró porque la revolución que debía triunfar en Palmar hizo imposible la generosa reforma agraria, de tan típico sello socialista.

Quien estudie el alma de Oribe tropezará a menudo con la esfinge. El mismo espíritu que presidió las crueldades de las Provincias y el Cerrito, nos sorprende de pronto con rasgos de bondad, de comprensión y de tolerancia realmente ejemplares. En pleno asedio ofrece el pasaporte a la madre del Coronel Tajes, herido dentro de los muros de Montevideo, y doña Mercedes, abandonando su *azotea* del Cardal, cruza las líneas, cuida de su hijo personalmente, y regresa luego a la Restauración, donde vive desde el nacimiento del pueblo, a partir del núcleo alrededor de la pulpería de Pacheco Medina.

El 8 de Febrero de 1844, hace enarbolar Oribe, en el Cerrito, la bandera oriental: un crespón, y media asta. Se rinden honores a un adversario muerto, pero ese adversario, es Marcelino Sosa.

—"Era mi amigo y compañero de Ituzaingó" —dirá más tarde el General Oribe, como única explicación a conducta tan insólita y generosa.

En los insomnios del destierro, pudieron muy bien estos recuerdos acercar alguna noche el sueño, al hombre atormentado....

La elegía. — Alto y seco era Oribe entonces.

Casi grisásea la cara, como esculpida en piedra de cerros. En él la animación consistía apenas en un destello metálico de los ojos, bajo el embosque de las cejas y un modo de cerrar la boca de finos labios, como para que en la emoción no escapase de ella, sin su deseo, por la línea apretada y voluntariosa, ni una palabra, siquiera.

Llegó hasta mí la anécdota, y me tomó como una garra sensorial, dándome el asombro de percibir, bajo aquel pecho metálico, el tierno latido de la nostalgia. Así, él guardaba en su corazón, como en una urna de hierro: la patria y el hogar; la heroica epopeya y la Restauración que fundara; doña Agustina, los hijos, los amigos en el triunfo y la desgracia; los encumbrados y los otros, el humilde herrero, y el artesano que había llegado de Prusia hasta el Cardal, y a quien él visitó en el ocaso, contemplando, en una meditación silenciosa como construía los ataúdes para los muertos de su aldea.

Fué un día del destierro, y era sol español, el que iba envolviéndolo en su luz límpida esa mañana ya dormida en el tiempo eterno. El General Oribe, cubierto por pulcra capa azul, caminaba despacio por aquel suelo distante. Su compañero era entonces, y ahora, una movible sombra gris, muchacho anónimo, ya ser sin nombre ni rostro. La elevada figura del General, entre cuyos ancestros españoles hubo posiblemente, reyes, llenaba la sucesión de cuadros. Paseo lento, tónico y melancólico. Tan lejos la patria, con todas sus apretadas posesiones sentimentales....

Todo eso es la raiz vital del hombre, que de ella necesita para subsistir. El país nativo, la familia, los

dioses lares. En los férreos hombres de combate, la ternura íntima es una escondida lucerna, y ellos la cuidan y aman con pasión secreta, porque en realidad forma su esencia y su cifra.

Don Manuel Oribe —el de la campaña de las Provincias— no fué la excepción a esa ley. El amó bien a la compañera de su sangre que le llenó la vida de sagrados cariños y de tiernos cuidados. Cuando trasponía el umbral de su casa, el jefe del Cerrito quedaba fuera: allí llegaba, amaba, y reposaba, el padre.

Al General Oribe le agradó el paseo esa mañana, pero no quiso extenderlo mucho, temeroso del cansancio, a pesar de su mejoría en el reposo de aquel clima.

Lento iba don Manuel, tal vez olvidado de los tremendos episodios de sus campañas.

De pronto se detuvo, erguido con su más hierática expresión de soldado. La mano cubierta de piel ya marfileña, subió lentamente hasta el ala del sombrero; la otra, con el anillo de oro de los esponsales, apretóse como una garra sobre el puño del bastón de estoque. El muchacho le miró, sorprendido, confuso, siguiendo la dirección de sus ojos.

Junto a ellos, una lagunita, en la pradera catalana, y unos patos silvestres. En la orilla del agua, lustrosa, una rebolada de paja brava, florecida en penachos blancos, vivía, luciente, el ostracismo de los bañados orientales.

Era la elegía. Tal vez por la alta frente sellada, pasó en aquel momento, como en la última y fulminante visión de los ahogados, toda su vida civil y militar,

el amor, la guerra, el triunfo y la derrota, el Palmar y el desembarco, el Cerro, y esa epopeya auténtica de Ituzaingó, con su grito de homérida.

Porque fué quizá sobre alguna mata de esa misma paja de hoja filosa, que cayeron, tras el desgarrón furioso, las charreteras de oro, que sólo deben ostentar los jefes cuando sus soldados son capaces de vencer o morir.

La paja brava que hizo nacer ese día en Oribe tan profunda nostalgia, y que ha sido siempre símbolo del criollismo indómito, era, allí, la Patria, luchando por la libertad, y las grandes fechas de su historia, con tales episodios, que enorgullece y escalofría, no sólo extenderlos en narraciones, sino hasta el ensoñarlos. La cruzada de los 33; el Exodo del Pueblo Oriental, el Congreso y las Instrucciones; las mujeres patricias, estoicas y tiernas; Ituzaingó, con la bárbara decisión de Alvear mandando prender fuego al campo para que se quemasen los heridos brasileños, y el grito imponente, en que se trenzaron todos los gritos y todos los ruidos, con los chisporroteos de los pajonales verdes y el fragor de la pequeña fauna enloquecida. Heridos indefensos y bestias inocentes: ¡qué cabezal para el sueño del Jefe argentino!

Así se le rebeló a Oribe, imprevistamente, una mañana del 55, la saudade. Aquel rostro de piedra se humanizó de pronto, con una blandura casi tierna, casi amorosa. La agreste planta charrúa, constituía para él ahora una condensación vital y heroica. Era, sí, la patria, y ella venía de muy lejos para borrar la realidad de un viejo duro y seco, que no se doblaba

por los sufrimientos y los recuerdos, dejando en su lugar al joven Jefe de los grandes uniformes lujosos y rasgos estilizados como en el cuadro de Gras, que lo eterniza en el cenit de la vida, dominador y fuerte.

En un simbolismo tal vez no del todo imaginativo, alguna vez él sintió sobre su cabeza, un aleteo de cuervos agoreros, que apenas le mereciera un gesto de desdén, a él, el guerrero que había atravesado la vida con un séquito de jaguares.

Don Manuel volvióse lentamente. En las habitaciones de su casa de Barcelona, que con tanta fraternidad le cediese Prachot, le esperaba una valija traída en uno de los barcos de Bujareo: ropa, cartas, noticias de los hijos y de la compañera, minuciosa reseña de cuanto pasaba en las heredades.

Y luego, el tabaco de su costumbre, las chalas bien alisadas, ropa prolija, en la que su mujer, muy materna y femenina sabía incluir, para aromar los pañuelos de hilo y la lencería, manojos de romerillo y alhucema. En un paquete, hojas de pitanga para el té de la sobremesa, y en ánfora ligera el anejuti de las naranjas de su quinta del Miguelete...

El mismo desató, lento, las cintas de raso con que su mujer —casta coquetería— aseguraba siempre los domésticos envoltorios. En el fondo, las latas de guayabada y dulce de coco de Río Grande do Sul.

Todo, todo eso, era también la Historia...

* * *

Una última visita a los templos de Barcelona, y a la plaza de toros a la que no ha faltado nunca Oribe los días de corrida...

"La Plácida" está en el puerto... y empieza a hinchar las velas...



IV

REGRESO



R E G R E S O



A última visión profunda de España fué a buscarla este sudamericano de altaneras arterias vascas, en la plaza de toros y en una iglesia de Barcelona. Así subió a la cubierta de "La Plácida", con su sangre y su fé pacificadas. Curro Cúchares le dió en el ruedo el espectáculo potencial, equilibrio y ajuste de las fuerzas telúricas en acción, que es —para los aficionados— la corrida, un gran torero, y todo un pueblo en un solo y acorde haz vibrante.

Tal vez en la Catedral, quizá en una humilde capilla cualquiera, recibió el General Oribe la última comunión de aquella tierra. Barcelona, ya en esa época erizada de chimeneas fabriles y de místicas torres, por unos minutos apareció ante él, nítida, con su intenso puerto y los palacios de la Gran Vía cruzada por el idioma áspero, de gente constructora. De todo aquel circo de montañas, desciende, día a día, para los hombres, la fuerza vencedora, que es como el producto de los picachos gigantes. El viajero solitario quizá trató de cerrarse en seguida a una emoción tan

extranjera, como debió ser la despedida a aquella tierra hospitalaria a la que no había de volver nunca.

Los hombres de lucha, como Oribe, no pueden ser sensibles sino en una medida muy estricta. Era adelante, en el término de la ruta, donde estaba lo suyo.

Por tres días durmieron los alisios empujadores, y recién entonces, a fines de Abril, "La Plácida", en rada, sintió hinchársele las velas con el viento de las bravas pampas oceánicas. Se perdieron de su vista las costas de Europa, y el General Oribe, ya en el camino de retorno, volvióles la espalda, para reintegrarse a lo suyo, lo verdaderamente suyo, que le acercaban las cartas de su mujer, en cuya lectura se sumergía como en un río amigo. El hombre de combate ansió, entonces, el descanso. El batallador abominaba la batalla.

Mar y cielo. Mar y cielo, ventisca, estrellas nuevas, olores salinos que él, acostumbrado a los campos y montes de su patria, no podía querer. La tierra, el país nativo, la casa... En la quinta del Miguelete estarían ya, llenos de frutos verdes o amarillos, los naranjos. Pensó en sus granados, cuya llama amó siempre con el instinto agrario del celta, que es una raiz. Pronto vería florecer de nuevo las violetas dobles, riqueza adquirida hacía bien poco, por regalo de los Lerena. Sonrió al recuerdo del sauce, bajo cuya sombra su hija Dolorcita y el atildado y cruel Mariano Maza, vivieron horas de idilio; él prefería el ombú de la linde, junto al cual gustaba el amargo, mientras Nicolás, el moreno que le vino de las sierras, daba vueltas, entre las brasas, el churrasco... El sauce es grácil, dócil, murmuriante, desceñido. El ombú es el matrero

preso, y sin queja... Toda la tradición ha quedado trenzada en la raigambre enorme...

La quinta del Miguelete!... La compañera... Los muchachos! Carolina, la hija natural, querida y cuidada por esa alma evangélica que es la esposa!...

En los días eternos, en las noches en que "La Plácida" baila en el mar una zarabanda de brujas, todo aquello es como una tentación amada, fija en torno a la espejeante llama doméstica... De vez en cuando lo torturan violentos dolores abdominales, que él combate ajustando a la cintura, disimulado bajo un cinto de terciopelo oscuro, el fino recipiente de plata que le guarda la tibieza del agua. No es buena su salud, pero jamás se manifiesta inquieto por eso.

La austera esposa reza siempre y su oración lo ampara. El está cansado, intranquilo. Es mala la situación económica de la familia; en Barcelona supo que el próximo casamiento de su hija Pepa con don Félix Bujareo, aumenta la tirantez que él dejara cuando embarcó para Europa usando un préstamo de don Juan Giró. ¡Las mismas necesidades del 40, en que sólo la bondadosa intervención del doctor Oliveira hizo posible el trasplante de Carolina, presa ya de la mortal enfermedad, al suave clima de Santa Lucía!... Las arcas de Oribe están exhaustas... Don Manuel había sido un honrado Presidente. Pudo amar con exceso la guerra y la sangre... pero no el oro. En eso bien está la altivez de su cabeza.

Mientras, en Montevideo la familia se inquieta, Iturriaga pide noticias. Intranquilo como nadie, el cura Ereño se golpea el pecho, y ruega por su suerte desde el púlpito de todas las iglesias de Entre Ríos.

Hace tres meses que "La Plácida" anda con el General Oribe por el mar...

* * *

El General Oribe sueña que navega hacia la paz... Lo que le espera... es la batalla!

Destino... — Las diez de la mañana del 9 de Agosto de 1855. Apenas anclada "La Plácida", se le acerca una falúa con el Jefe del Estado Mayor y el Capitán de Puertos, trayendo, no un saludo, sino una orden: el General Oribe debe bajar con ellos a tierra.

Oribe se sorprende, sobre todo cuando su apoderado en Montevideo, don Pedro Duhart, le dice apenas consigue llegar hasta él:

—"No baje".

El tono de la voz es imperativo. Duhart fué uno de sus oficiales en el Cerrito, y tiene prisa ahora en enterarlo de la situación. Los conservadores jaquean a Flores; se siente cercano el estallido de la revuelta que lo sofoque.

Oribe escucha en silencio. Duhart, nervioso, insiste en el significado de la visita oficial; el pedido de desembarco inmediato se parece mucho a una orden de arresto, y él no debe cumplirla.

El General pasea ahora sobre cubierta, al parecer tranquilo. Pero se ha extendido sobre su semblante terroso, una palidez especial, que los íntimos conocen bien como segura alteración del ánimo.

Cuando desembarcan —Oribe lo ha resuelto desde el principio y no retrocede nunca tomada ya su decisión — ha tenido tiempo el General de componerse a conciencia: afeitado por su mano, elegido el perfume-

del que abusó en todo tiempo hasta llamar la atención de un sibarita como el conde de Brossard, don Manuel, apenas gustado el almuerzo, bajó, cerca del mediodía, a la falúa que había conducido hasta "La Plácida" a los hombres del Gobierno, con los que pisaría tierra ahora, en calidad de detenido.

Cuando llegó hasta él el pequeño grupo, el edificio de la Capitanía estaba rodeado por una verdadera multitud, que victoreó al jefe blanco.

Pronto llegaron hasta el salón de revisasiones algunos visitantes, a pesar del centinela con bayoneta calada. El coronel Lamas, primero, luego el diplomático Amaral. Cerca ya de las siete se anunció al Ministro de la Guerra; pocas palabras, y salió de nuevo, acompañado por don Manuel Oribe.

Muy cerca, en las aguas del río, ya en sombras, dos barcos de guerra, escondían la boca de sus cañones. El Ministro los señaló, sucesivamente, con el brazo extendido.

Oribe eligió el de bandera española.

Era el "Patriota".

Esta era la *tranquilidad* que tanto soñara Oribe en el viaje.

* * *

¿Tenía derecho a la queja?

No. — Había salido del país como desterrado político, volviendo a él sin autorización del Gobierno, al frente del cual se hallaba Flores, que dos años antes le alcanzara en el Miguelete su pasaporte.

Ahora es distinta la situación de los dos caudillos. Don Venancio ha recibido con prevenciones a su ad-

versario, preso en un barco extranjero, y asediado por los amigos políticos que lo incitan a inclinar su influencia en contra del Presidente.

Ya hay un cisma en el partido blanco, cisma cuyas raíces se extienden hasta el cuartel general del Cerrito. El grupo que responde al doctor Velazco, apoya a los conservadores fieles al coronel Batlle y al doctor Muñoz. La posición de Oribe parece clara. Había recibido agravios de Flores, y esa era la ocasión de vengarlos. Apenas desembarcado dió su palabra al Gobierno de no intervenir en los acontecimientos políticos. ¿Tenía en ese momento la intención de cumplirla? No lo sabemos. Pero apenas detenido en "El Patriota", la olvida. ¿Fué ese arresto en el barco español, lo que determinó su nueva actitud? Es posible. Lo cierto es que retoma enseguida la jefatura de su partido, decidiendo que los blancos apoyen a los conservadores, con armamentos, dinero y hombres. La revolución, inminente, es, a su juicio, justa, y deberá barrer a Flores.

Los que conocen la firmeza de las actitudes del General Oribe, valoran el alcance de su posición revolucionaria. Empiezan pronto a llegar fuertes contingentes de campaña y hasta de Entre Ríos; vienen preparados para la guerra contra el Brasil, que se asegura próxima. El pueblo de la Unión es un impulso dispuesto a vengar el agravio de la detención del Jefe. Pero de pronto el radicalismo de Oribe sufre un cambio y empieza a acercarse a la prescindencia. Es inexplicable. Parece ahora, como que le fuera indiferente la marcha de los sucesos. Lo asedian entonces los que esperaban su concurso. Y el General tiende de pronto las cartas en la mesa: la ayuda de su partido, tiene un precio.

Sí. Un precio. Los blancos del Cerrito se desangrarán contribuyendo a derrocar a Flores, si se les asegura determinadas posiciones. Oribe exige la Jefatura de las fuerzas en campaña, para Diego Lamas, y el comando de la Guardia Nacional, para Pantaleón Pérez; se reserva, además, un gran puesto para Lucas Moreno.

Flores ha huído ante la revolución triunfante, manteniéndose en el Cerrito, mientras los conservadores dominan la Capital. Muñoz ha tomado el cuartel de artillería, y el coronel Batlle el Fuerte. Pero esto no es el triunfo. Se necesita el apoyo de los blancos para vencer definitivamente al viejo régimen; habrá un sitio en el Ministerio del nuevo Gobierno para Solano Antuña.

En ese momento, don Ignacio Oribe se decide por Flores.

La consecuencia inmediata de esta actitud, es el confusionismo. Los blancos claman para evitarlo: quien apoya al gobierno depuesto, es don Ignacio Oribe, y no don Manuel.

Pero éste, a quien comunica el gobierno provisorio de Lamas, que no accede a sus pretensiones, cambia fulminantemente su posición política. Si los conservadores no están dispuestos a pagar su concurso, él no les guardará el respaldo del partido. Los abandona, pues, y se entrega a Flores. Era simple el plan político de Oribe. Simple y maquiavélico. De haber sido nombrados sus hombres para los altos destinos militares que exigiera, ellos se habrían encargado, siguiendo sus instrucciones expresas, de remover todas las autoridades coloradas, una vez triunfante el movimiento.

De cumplirse el plan, la vuelta del oribismo al poder hubiese sido segura. Apoyando a los conservadores, vencía a Flores, para saldar con él deudas antiguas. Dominando luego a los conservadores, por sus caudillos en campaña, el poder volvía a sus manos, en esa como revancha de la paz de octubre.

Los colorados de Muñoz vieron el lazo, esquivándolo. Se le hizo saber a Oribe que se aceptaría su ayuda, en el caso de ser desinteresada.

Oribe les volvió la espalda. Y esta decisión del dirigente blanco, significó la derrota de la revolución. Piénsese en el prestigio y en la fuerza que debía tener aún el general Oribe: cautivo en un buque surto en la rada, era, todavía, el árbitro.

Estaba en el fondo de un camarote de "El Patriota", pero desde allí, disponía de la suerte de la República. Mientras tanto Flores ya estaba en la Unión, haciendo frente a los conservadores, deprimidos por la actitud de Oribe.

Cae, por fin, el gobierno provisorio de don Luis Lamas, volviendo el país a la constitucionalidad con el interinato de Bustamante, hasta entonces Presidente del Senado. Es el triunfo florista.

El 13 de Setiembre, a los dos días de haber subido al poder, permite Bustamante el desembarco de Oribe.

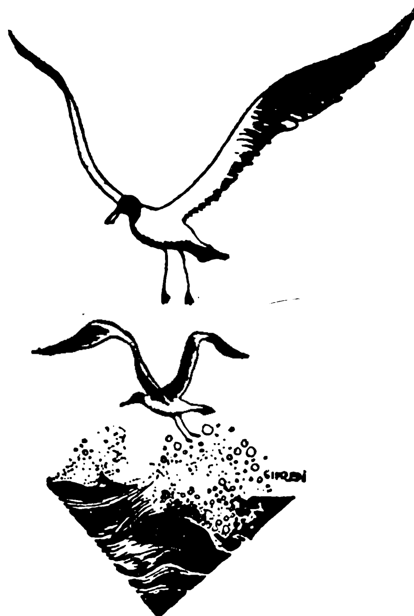
Baja, como vencedor. Ha derrotado al coloradismo. A los conservadores, por el ascenso de Bustamante; a Flores, porque lo tendrá, desde entonces, preso en la gratitud. Bien empleados los 35 días de encierro en la bahía. Es verdad, sin embargo, que deja en la maniobra, lo que él llamó con énfasis, su principismo.

* * *

Llega de noche a la quinta del Miguelete, que lo espera con todos los candelabros encendidos.

* * *

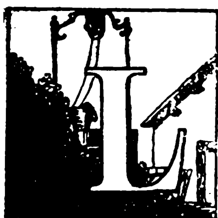
Ha terminado la batalla.
Le llegará, al fin, la paz definitiva.
Se equivoca otra vez.



1855


SIFREDI.

1 8 5 5



A paz no ha de llegarle fácilmente. Transcurrida una semana desde su desembarco, empieza Oribe a recibir noticias de los desterrados en Entre Ríos. No puede comprender Iturriaga, — el primero en escribir — como su General no adopta una actitud decisiva frente a las versiones corrientes sobre su relación con Flores, cuya vida pública parece terminada. Si el caudillo adversario no ha hecho hasta entonces otra cosa que perseguirlo, habiendo influído de una manera cortante en su destierro a Barcelona; si lo vejó hasta impedirle desembarcar a su vuelta de Europa; si "sigue siendo un déspota que pretende perpetuarse en el poder para mandar a los orientales a rebencazos", ¿cómo no desautoriza en seguida el General Oribe cualquier entendimiento con él?

Como siempre, guarda Iturriaga el mayor respeto en las líneas que desde Gualeguaychú dirige en 19 de Setiembre al General Oribe, que había creído alcanzar el reposo a la sola vista de su quinta del Miguelete. Pero esa consideración no le impide examinar

con serena energía el momento político. Cree que se está abusando del nombre del General. Se afirma que en las fiestas que la Unión dedicó a la paz de Setiembre, vivose juntos los nombres de Oribe y Flores, y eso es una trampa dispuesta por el último. El tiene que comprenderlo, definiendo claramente su posición. Si no lo hace, el cisma del partido blanco, que se insinúa, será inevitable y profundo. Más. Hay que combatir la calumnia. Se asegura también que el General Oribe ha escrito a sus correligionarios recomendando al General Flores. Iturriaga no cree la especie antojadiza, habiéndola desmentido al propio Urquiza, a quien la ha hecho llegar el doctor Pico. Afirme Oribe en la prensa oriental que la aseveración de Pico es injuriosamente falsa. De no hacerlo, podrá creerse que la emigración uruguaya, que se mantuvo en Entre Ríos pronta a contribuir con su empuje y su sangre al aplastamiento de Flores, hubiese caído en una trampa, de haber llegado a tiempo a Montevideo.

Poco a poco va haciéndose violento el tono de la carta. Debe ser inmediata la declaración pública de Oribe; él no puede tener nada de común con "Flores, ese caudillo falaz que traicionó a don Juan Giró y oprimió al pueblo, pisoteando al partido blanco, y persiguiéndolo a usted desde Julio del 53 hasta que ha creído que podría favorecerse de su prestigio y de su nombre".

—"Flores — agrega en una síntesis rencorosa — no será jamás sino un traidor sobre cuya palabra ¡desgraciado el que se fíe!"

Luego, ya colmados varios pliegos, Iturriaga, cuya vieja amistad con Oribe, a quien sirviera tantos años

como secretario particular, le ha conservado intacta la privanza, se decide a plantear al Jefe blanco los verdaderos términos del problema político de la hora:

—"Aquí no hay más que dos caminos, — indica — sin que a nadie le sea dado pasar por el centro sin el más grave riesgo de perderse. O cae Flores para no levantarse jamás, y en su lugar tenemos la elección de representantes en la que no dejaremos de ser los más, y establecer, de consiguiente, un orden regular y estable, con la preponderancia del partido blanco, segura, incuestionable, o se mantiene la influencia de Flores y su partido, que se servirá de los blancos para mantenerse en el poder".

Estrechando el cerco, advierte a Oribe que no puede mirar de lejos la situación de su partido y del país. De él depende el porvenir. Si elige mal, no podrá esperar ni la paz hogareña.

Oribe relee la carta de Iturriaga, y calla.

Para golpear la conciencia de Oribe, no está sólo Iturriaga. Si este duda y pregunta, Ambrosio Velazco afirma y condena. No escribe a Oribe porque hay antigua tirantez entre ellos.

Pero ruega al secretario le trasmita su asombro por su viraje imprevisto con respecto a la revolución conservadora contra Flores. La aceptó al principio, mostrándose en seguida reservado, y combatiéndola al fin, al volcar su influencia por el caudillo contrario, hasta el punto de hacer cambiar el rumbo a la gente de la Unión, su antiguo baluarte partidista.

Confirma así Velazco lo que ya es del dominio pú-

blico: si el movimiento contra Flores no ha resultado totalmente victorioso, sólo a Oribe debe imputársele.

Lo más grave sin embargo, no habría sido la posición en que Oribe se colocara, sino el móvil que lo impulsara a ella. Velazco afirma, en efecto, que Flores pudo salvarse del desastre, porque Oribe exigió a los conservadores un gran precio por el concurso armado de su partido. Muñoz y Batlle lo descartaron entonces, haciendo saber al jefe blanco que no necesitaban de su fracción política. Para pintar el momento emplea Velazco un giro gráfico:

—"Pidió Oribe las tarjetas de invitación al convite, antes de haber puesto el contingente".

—¿"Cómo no indignarse — dice Velazco — al pensar en una alianza "con un hombre como Flores, que nos ha tratado tan mal, y por el cual hemos corrido el riesgo de dividirnos y de matarnos a balazos?"

Es tajante el difícil hombre público:

—"Un blanco puro no puede unirse a Flores, "hombre brutal y pérfido".

Tal vez el pulso de Velazco se haya apresurado al rogarle a Iturriaga quiera hacer llegar a Oribe su sentir:

—"Una alianza con Flores no podrá menos que deshonrarlo".

Oribe relee la carta, y no contesta.

Enjuto siempre, aunque ya un poco encorvado, pues si los años son agobio lo son más si se han vivido intensamente, Oribe vuelve ahora a menudo a su Villa de la Restauración, su creación y su feudo. Casi podría decirse: su hija. Pero modificaciones graduales, cam-

bios que no parecen importantes, la han transformado, haciéndosela casi ajena. El hombre lo siente en lo profundo de las delicadas percepciones íntimas, y una melancolía parecida a niebla de otoño, fría y sutil, le va ganando el alma. Ya su pueblo, por designio de los vencedores, llámase Villa de la Unión, y ya en las casas de paredes blancas y aberturas rojas, los firmes colores de su divisa federal empiezan a mezclarse con otros, en especial el celeste y el rosa, rompiendo así la antigua monotonía del encalado uniforme, impuesto por el Jefe. Detalles, pero detalles que pueden hacer extraña, hostil, y hasta desconocida una fisonomía.

Ha dejado Oribe su residencia de la Curva de las Maroñas, y vive ahora en el Miguelete, pero se acerca con frecuencia a la Villa. Todo lo que fué su vida de antes, su posesión y su poderío, le atrae con esa pasión extática y ardiente del pasado todavía cercano, pero que ya no puede asir ni dominar. Deja a veces el carruaje en la quinta de Capdehourat, y emprende a pie, sin prisa, el recorrido de las calles, la búsqueda de los amigos. Faltan muchos, y él lleva dentro esa tempestad secreta, que es su todavía incierta posición política. De los camaradas antiguos él siente aún la adhesión, pero es ya una adhesión reservada, en algunos. De los menos, parece tenderse hacia él un frío desierto. ¿Cuál será la clave, cual el resultado de las consultas, propuestas, rechazos, indecisiones momentáneas, o alejamiento definitivo de los hombres que lo acompañaron hasta entonces? Oribe llena las horas de espectativa con esos paseos en que va descubriendo la nueva faz del pueblo que fundara hace doce años. La

Unión tiene entonces no se qué de callado, de semidormido, que es como un tono menor crepuscular.

Con la paz, la mayoría de las familias pudientes se han instalado en Montevideo, y aquel bullicio militar de los días del Sitio se ha convertido en calmo ritmo aldeano. Clarean las filas. Unos amigos muertos, otros dispersos, algunos con esa reserva de actitud que él siente ya como esos golpes en el pecho, que no dejan herida visible pero duelen hondo.

Oribe empieza a sentir que el poder es muchedumbre, y el declive hermano gemelo de la soledad. Matices humanos que no logran cambiar ni las latitudes, ni las épocas, ni las razas.

Sus paseos solitarios le brindan algunas novedades que ya no pasan del límite de una tibia curiosidad. Fontgibell ha roto la monotonía de la construcción baja y uniforme, de rectos dienteles y cercos con enredaderas trepadoras, aportando la curva gracia de la bóveda, de lejano origen caldeo, y del balaústre, tomado al plateresco español, y que llega aligerando barandas de azoteas, y hasta los cercos, en los que realiza la alianza del hierro y la mamposteria para hacerlos más fuertes. Su gusto europeo planta sobre las anchas superficies terminales de los muros, tunas y pitas breves, dándoles así un pintoresco aspecto andaluz o gitano, especie de mínimos jardines aéreos, que son a la vez adorno y defensa, por esa punzante, intransigente trabazón de las plantas espinosas.

Camina, expectante y pensativo, el antiguo señor del pueblo, y descubre de pronto, con alegre sorpresa, lo que hasta ese paseo le ha ocultado su guía: la plaza de toros, levantada en pocos meses por el mismo Fon-

tgibell, orgulloso por las 36 bóvedas llenas de gracia y fuerza, que custodian el redondel para la colorida y bárbara fiesta peninsular. El, que asistió en Barcelona a las electrizantes faenas de Cúchares, sonríe, olvidado momentáneamente de sus preocupaciones, imaginando los días de tendido en su pueblo americano, donde las sortijas y las pencas han polarizado hasta ahora el interés de los juegos populares.

Luego una novedad más: el Mercado recién construído, coincidiendo su apertura, decretada por Flores, con el cierre del matadero de Garrido, junto al Pasaje de los membrillos, a los que tantas veces él viera florecer con distraída mirada, cuando era activo, poderoso y dominador. En la callecita de la Luna, Preliasco ha levantado su casa, de portalón con cuarterones y alto y breve balcón al que decoran los claveles del aire. Toda esa callecita, al final de la que viviera en el Sitio Joaquín Requena, se ha cubierto de arcos de medio punto y balaustradas. Son mucho, dos años de ausencia, en la vida de un hombre. El también trae un físico estilizado por la enfermedad, un sombrío temblor íntimo que empiezan a hacerle conocer sus propios amigos descontentos.

¡La Vida! Le dicen que acaba de morir en Bahía aquel médico que fuera su amigo en la Restauración, Francisco García de Salazar y Morales, con más apellidos que suerte, y que los vecinos del pueblo se han distribuído sus hijos chicos para evitarles la mendicidad callejera. Se le murió Larravide hace apenas dos meses, cuando él andaba todavía por el mar, y sube ahora las escaleras de aquella casa antes lujosa y hospitalaria, con el corazón oprimido por una pena hon-

da. Encuentra allí una triste mujer enlutada y llena de angustias que jamás se hubieran previsto para ella. La rica casa ya no tiene alfombras, platerías, ni amigos. Acreedores implacables asedian a la viuda a la que no queda sino su haz de huérfanos. Oribe tiene entonces un gesto de gran señor, que ha recogido la historia.

En el claroscuro de su vida, este gesto aparece como una luz entre sus duras, arremolinadas sombras. No es rico: lucha, él también, con apremios económicos, pero no vacila en dar a la viuda del que fuera su amigo, la garantía amplia de su firma que no le ha sido pedida. Ella debió pensar entonces que su marido, siendo como lo fué un fervoroso partidario del Jefe del Cerrito, no sembró en el mar.

Oribe vuelve a menudo a la Unión, como si esta Villa, impregnada de su propia existencia, tuviera para él el poder de un imán. Cuando se ve palidecer la propia estrella, el pasado feliz tiene una atracción difícil de vencer, y las cosas que fueron testigos del esplendor, hablan con voces secretas, que, el que sufre o tiembla, entiende nítidamente.

Ha de pensar el General don Manuel Oribe que todo aquello es obra suya, y que sobre el inmenso y agresivo campo del Cardal, ha fundado un pueblo donde el amor, la vida y la muerte, traban por siglos su faena.

Tal vez haya dicho casi en voz alta, sintiendo su ocaso:

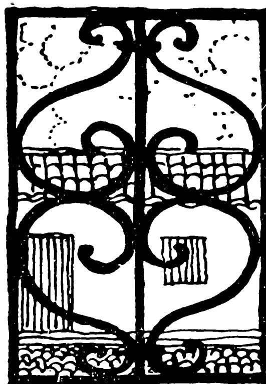
—"Ya tengo un sitio para mi sombra"...

Es así como el ser perecedero siente que la inmor-

talidad no es un mito, y que hay que construir, para permanecer...

Oribe debió sentir en esa época de su vida, que la voz de Iturriaga y el pensamiento de Velazco, bien pudieran ser el grito y la advertencia de su partido. Olvidar el pasado hasta tender la mano al adversario que cae, tenía que ser una actitud inconcebible para cualquier blanco de firmes y claras convicciones partidarias.

En la Villa de la Restauración, y en casa del capitán Quesada, a la diez de la mañana del domingo 11 de Noviembre, mientras en la plaza cercana se embretaba los toros para la corrida de la tarde, firmóse solemnemente el Pacto de los Generales. Las dos primeras firmas son las de Oribe y Flores. En el pliego que registra la última cláusula, los dos nombres llegan casi a tocarse...



EL DESALIENTO

E L   D E S A L I E N T O



RIAMENTE recibió la opinión pública el Pacto de los Generales. Esa fusión de partidos antagónicos, decretada por los caudillos, no podía entusiasmar a blancos ni a colorados, y se la aceptó como irremediable, previéndose para las próximas elecciones un fuerte alejamiento de las urnas.

La Unión agasajó, sin embargo, a Oribe. Conservando el antiguo baluarte federal firmes núcleos de opinión partidaria, programose en su honor festejos populares, que prolongándose, fueron desde las serenatas hasta las procesiones cívicas con antorchas.

En el camino de la Unión — reverso sombrío — en los últimos días de Noviembre del 55, hubo de ser asesinado Oribe a raíz del pacto recién firmado.

Fué en el atardecer del 23. El jefe blanco conferenciaba en el Fuerte con el Presidente Bustamante, cuando se le hizo saber la urgencia con que pretendía hablarle a solas el oficial Borges.

Borges inquietó al General: de vuelta a la Unión, y a la altura del pantano de lo de Gallinita, detendría su coche un grupo encargado de ultimarlo.

No desdeñó Oribe el aviso, como lo hiciera Quiroga en circunstancias idénticas, y a su actitud debióse que en las calles de Montevideo no se repitiera el trágico episodio de Barranca Yaco. Tomando a caballo por un camino apartado, envió vacío y con las cortinas bajas su carruaje, y cuando los conjurados lo rodearon en el recodo pantanoso, sólo pudieron cumplir la criminal consigna en el cochero, que, mal herido, apenas consiguió llegar, desangrándose, a las primeras casas de la Restauración.

Atribuyose el origen del atentado, al doctor José María Muñoz, jefe de los conservadores y hombre de pasiones fuertes, bajo cuyo mando inmediato estuvo la revolución que luego de cuatro días de combate en las calles de la ciudad, terminó, al fin, con el sometimiento de los insurrectos.

Luego, el Pacto firmado en Noviembre, viró insensiblemente. Lo que empezara por leve preponderancia de Flores, convirtiose muy pronto en influencia decisiva por parte de Oribe.

Montevideo fué desde entonces nido de conspiraciones resistas contra el gobierno de B. Aires, invadiéndose cinco veces territorio argentino en otras tantas intentonas que tienen aquí su origen.

Aproxímase mientras tanto el momento en que han de renovarse los poderes públicos en el Uruguay.

Apenas los caudillos inician conversaciones sobre candidaturas, Flores ofrece a Oribe la Presidencia de la República.

—"Sólo su mano de fierro, — le dice — podría salvar al país".

Oribe declina el ofrecimiento, y el otro, creyéndose

fuerte, lanza entonces el nombre de don Francisco Agell, que fuera por dos veces su ministro.

No lo rechaza Oribe.

Pero de pronto "Le República", diario que responde al pensamiento del jefe del Cerrito, declara que no hay más que un candidato viable, y que ese candidato es el ciudadano Gabriel Antonio Pereyra.

Flores transa.

Los contrarios al pacto, levantan inmediatamente el nombre del general César Díaz.

Cuando horas antes de la elección se ordena al candidato conservador que se presente en la Comandancia General de Campaña. Díaz, previendo el lazo, franquea con Pancho Tajes los umbrales de la Legación de España.

24 votos de mayoría reune Pereyra. Cuando el Presidente de la Asamblea proclama su triunfo, por sobre los "vivas" destácase un grito aterrador:

—"Mueran los salvajes unitarios!"...

Ese grito es la sintesis del Pacto.

Y es su proceso.

Pereyra reasume el mando el 1.° de Marzo de 1856. Cuatro días después quita a Flores la Comandandancia Militar de Campaña, exigiéndole inmediata rendición de cuentas.

Como hombre de máxima influencia en el escenario político, queda Oribe.

En ese momento Oribe adopta la actitud más inexplicable de toda su larga vida pública.

La faz del desaliento.—

¡Alma misteriosa y contradictoria! El hombre patriota y altivo de la Agraciada, Ituzaingó y el Cerro, llega en pleno ocaso a renegar de su nación, y elige a Francia, con la que no tuvo nunca lazo alguno de ideales o sangre, como futura patria de adopción.

Aunque él llegó a admitirlo, no pudo ser el temor por su propia vida lo que debió impulsarlo a decisión tan grave: en su existencia llena de secretos y hermetismos, enormes desilusiones, capaces de haberlo hecho acariciar la idea del suicidio, tienen que haber labrado su espíritu casi con un ansia de muerte. La familia, que él amó entrañablemente, desvió la intención, que encauzóse hacia ese suicidio moral, que tal hubiera sido, para un hombre de su significación histórica, la renuncia de su nacionalidad.

Causa asombro esta actitud de Oribe, hasta porque sabiéndose descendiente de noble prosapia española, pudo acudir a la patria de sus mayores en busca de un refugio, y no lo hizo, dirigiéndose en cambio a un país que no tuvo nunca sus simpatías.

Con franceses había poblado Oribe en el Durazno el primer campo de concentración que vieran estas tierras de América, apenas llegaron al Uruguay las tropas argentinas que pusieron cerco a Montevideo. Y no eran criminales los hombres a quienes se cubrió de harapos por tres años en el campamento del Yí.

Uno de los rehenes fué el doctor Vavasseur, profe-

sor de la Facultad de Medicina de París, y hombre de tan alto y raro espíritu, como para lamentar solamente, al final de sus tremendos padecimientos, la pérdida de su colección de arácnidos, con tanto fervor iniciada años antes en la estancia del Pichinango.

Por otra parte no hay que olvidar el republicanismo de Oribe, que debió apartarlo también de la Francia imperial de Napoleón el pequeño.

Es una mezcla tal de claridad y de sombra, — de apretada sombra — el alma de Oribe, que hay en su vida hechos que serán siempre un enigma de encontradas suposiciones fluctuantes entre el bien y el mal, entre la comprensión de las debilidades humanas, y el encono que despiertan ciertos actos inconcebibles en seres que tendrían el deber de situarse siempre por sobre las flaquezas comunes del rencor y del desaliento. Perdonó a Urquiza el puntillazo del Sitio, y no dejó de ser su amigo; supo olvidar los agravios de Flores, hasta aproximársele en la alianza de un pacto, mientras para los correligionarios y camaradas de épica, descontentos con su política de fusión, no tuvo la indulgencia o la justicia que un desapasionado examen de los acontecimientos debió darle.

Hay que ser justos, por lo demás, con el hombre de valor probado que fué siempre el general Oribe, y afirmar, contrariando su palabra, que su sostenido afán de llegar a ser francés, no pudo serle dictado por el temor. Es más probable que otras tremendas y violentas reacciones de su alma, lo arrastraran, en un ardiente impuso de rebeldía, a tal resolución inaudita, que ningún oriental había adoptado hasta entonces.

Abandonando su ciudadanía, quizás haya querido afrentar a los viejos partidarios que se le opusieron el 55, en actitud que él interpretó como defección o intransigencia, y aquellos como indeclinable dignidad cívica, única posible en el excepcional momento histórico que vivían.

Orgulloso y terco como era, no podía aceptar calladamente tal actitud, que debió sufrir como un agravio, o como una insolencia. El era el Jefe. Siempre había sido, para los blancos, el Jefe. Y he aquí que un selecto grupo de los suyos se atrevía, de pronto, a insubordinarse y a acusarlo. Diego Lamas, Dionisio Coronel, Ignacio Soria, Lucas Moreno, Lasala, Viana y Velazco, lucharon por arrancarlo al embrujo de Venancio Flores. De lejos venía el descontento, cercándolo. Lo hizo sufrir el anatema del cura Ereño, con quien edificara piedra sobre piedra el templo de la Unión, y ahora difundía en Gualeguay, desaforadamente, su resentida protesta por el Pacto de los Generales. Luego, la desesperada carta de Iturriaga debió chocar con su enconada voluntad, resuelta ya al paso gravísimo del cambio de ciudadanía. ¡El, el cruzado del año 25, manchándose con tal deseo! Pero no fué vano el grito del amigo, ni cayeron en el vacío sus razones. Oribe murió uruguayo, como había nacido, y a pesar de la trágica vergüenza de la Guerra Grande, a pesar de sus errores, y a pesar de sus culpas, hasta sus adversarios habrán de estudiarlo siempre como connacional.

No es copiosa la documentación sobre la extraña actitud de Oribe, que comentamos alejándonos de la conjetura.

Una pieza, sin embargo, reviste excepcional interés. Es la carta que escribió al general Oribe don Agustín Iturriaga, en 5 de Mayo de 1856, intentando hacerlo abandonar su propósito de nacionalizarse francés. Sus pliegos merecen ser estudiados frase a frase, no sólo por lo que entregan ya de la vigorosa personalidad del eminente secretario, sino por lo que toca al General Oribe, en esa faz secreta y tal vez culminante de su vida política.

En la existencia de los hombres que han escalado cargos muy altos con fuerte proyección hacia la historia, la hora del desaliento es siempre una de las más importantes.

"Sr. B. G. D. M. O."

Mi respetado y querido Sr. General:

V. no ha mandado en busca de la carta o nota que me pidió le hiciera, y así me da tiempo para consultarle algo sobre la forma en que se le dijo por el cónsul francés, que debía ir. Al mismo tiempo me da la ocasión de rogar a V. que se sirva atender mis últimas razones, contrarias a su propósito, después de lo cual, habiendo cumplido un deber de amistad y de adhesión sincera y leal para con V., un deber de conciencia rigurosísimo, si insiste en que le haga lo que yo considero un triste servicio, lo haré resignado, ya que esa es su voluntad.

No sé si esa solicitud ha de ir con la forma de carta o de petición, según nuestra costumbre, y como me parece que V. me dijo que bastaba una carta, se lo pregunto para que se sirva explicármelo.

Además de eso, verdaderamente no sé en que fundar la petición. La resolución del individuo que perteneciente a una nación republicana, repudia su ciudadanía para tomar la de otro país, y de un país monárquico, es necesario que se base en fundamentos tan poderosos, que al explicarnos su naturaleza haga justificar un paso tan grave. Antes de ahora, cuando el señor General era perseguido, cuando la República era amenazada de ser absorbida por el Brasil, que su gobierno intervenía bruscamente en nuestros asuntos internos, cuando sus tropas ocuparon el territorio, el General don Manuel Oribe, que no podía conjurar el peligro que amenazaba la independencia de la patria, y que no pudiendo evitar su esclavitud, pretendía por lo menos, sustraerse a ella, pudo hacer servir esa razón, para cohonestar la pretensión de optar a una ciudadanía extranjera. Mas hoy, que no existe ese peligro, que la intervención brasilera fué derrotada, y que sus tropas dejaron el territorio; hoy que el Sr. General no es perseguido, y que por el contrario acaba de jugar un rol, importante, en la suerte de su país, en cuya actitud ha demostrado que podía hacer uso de una influencia merecida entre sus compatriotas, ¿qué razón puede aducir para motivar su decisión de optar y pedir una ciudadanía de otro país?

Yo no la encuentro, francamente, y con la más completa fe, digo a V. que no sé qué razón poderosa puede fundar tal pretensión. Una mera decisión de la voluntad de V. no es bastante. Las Constituciones de todos los países, determinan los casos en que se puede optar a la ciudadanía. La francesa, como la nuestra, que no es más que una imitación de las de países más

viejos, dice cuáles son esas condiciones, y como una de las altas atribuciones del monarca, más bien una de las regalías de su poder soberano, le acuerda la de conceder la ciudadanía, a los extranjeros que hubieren hecho importantes servicios a la Nación, a juicio del Gobierno. Pero no es la Francia, a fe, quien puede lisonjearse de los servicios ni de las simpatías que le haya consagrado en toda su vida y ,especialmente, en los días de su poder como primer magistrado de esta República.

Nuestros enemigos mismos, en el año 51, cuando procuraron no sólo inmovilizarlo sino humillarlo, no pudieron dejar de convenir y establecer en las dos convenciones que entonces se firmaron, que los servicios prestados en la guerra contra los extranjeros, fueron hechos a la Patria; términos más o menos expresos.

La Francia, la Inglaterra, ni otro alguno de los extranjeros, nos perdonaron nunca la propaganda de Americanismo, que por años seguidos opusimos a sus pretensiones de dominación.

"No es pues, motivos de simpatía lo que podrá decidir al Emperador de los franceses, a tomar a su cargo la habilitación que entregue algo de los derechos de sus compatriotas al General don Manuel Oribe, que era el adalid de aquella lucha de principios y en la resistencia gloriosa que ofrecieron estos países a las tendencias de conquista que ejercía la intervención anglo francesa hacia nosotros.

Un solo motivo puede impulsar al Emperador Napoleón a ver con gusto la solicitud de V., pero ese motivo es doloroso para V. y para todos nosotros. El orgu-

llo de los franceses se halaga con ese paso. No quiere decir, sin embargo, que, satisfecho ese innoble placer por parte de los franceses, no deje de quedar desairada la solicitud, si quieren. Pero conseguida o negada, una vez que llegue el hecho a ser del dominio público, que no podía dejar de suceder, los orientales no dejarían jamás de considerarse humillados. El engreimiento de los franceses no podrá tacharse de ilegítimo, desde que sean ellos los primeros entre las naciones europeas, que son escogidos para dar acogida a un General Americano que lo solicita, sin más títulos que el cansancio producido por nuevas y ruinosas pasiones políticas. Y en la hipótesis de que esa solicitud pueda ser negada, fíjese, señor General, en sus consecuencias. Esa inútil tentativa para sustraerse a nuestra comunidad nacional, le acarrearía mortificaciones muy crueles. Nadie ha hecho eso todavía y perdóneme que le asegure que nadie lo hará sin ser mal juzgado en la opinión pública universal. Prescindiendo de esas consideraciones, hay todavía una razón que debe pesar mucho en el ánimo del señor General. La situación de nuestro país, hoy, no es la misma que tenía hace poco. El gobierno que acaba de inaugurarse y cuya existencia debe a V. tanto; que cuenta con el apoyo moral de su influencia, caso dado que esa existencia sea una realidad y con ellas las esperanzas de orden y de reparación que van concibiéndose, con la segregación que V. se propone, va a recibir un golpe terrible. Apenas organizado en su personal, cuando necesita el concurso directo o indirecto de todos, pero más esencialmente de parte de V., su apartamiento y

decisión de abandonarlo, nada menos que renunciando a la ciudadanía e inhabilitándose de consiguiente, para todo, va a herirlo mortalmente. La reflexión racional que todos se harán, es que V. no confía en el porvenir y, siendo la base de la existencia y de la marcha administrativa de un gobierno, el restablecimiento de la confianza con las mayores probabilidades de permanencia, ¿cómo podrá tenerse fe en esa posibilidad, si se ve desconfiar de ella a una de las personas, tal vez la más autorizada para responder de que la obra complementada el 1.° de Marzo, no fué una quimera, sino un hecho que se acepta hoy como muy capaz de producir un período estable de felicidad y grandeza para la República?

Mire, señor General, la cuestión bajo ese punto de vista y vea cuántas razones se apoderan de su espíritu patriótico, para desechar ese pensamiento, que ha logrado fatalmente fascinarlo. Por lo menos tómese tiempo, señor, y obre después; cuando no pueda interpretarse su resolución del modo inconveniente que lo sería en la actualidad, porque su realización puede ser hasta desastrosa, pues, de nuevo me permito la libertad de hacer a V. presente que si no desiste, a lo menos por ahora, de su propósito, va a abrir una brecha enorme a ese gobierno que está en el caso de salvar al país de una disolución total, de un gobierno en cuya creación tiene V. la principal parte.

Me persuado de que con este acto quiere V. darnos a todos una prueba de su desprendimiento, de su abnegación, de su decidida resolución de no aspirar a nada. Pero, por Dios!; toda su vida está ahí, diciéndo-

nos cuáles son sus principios, y si algo faltase, ya se lo dije a V. el otro día, ahí está el último paso de su vida pública. Para lograr, según el juicio de V. la paz, con la organización de un gobierno regular, usted prescindió de muy justas consideraciones a la opinión de una gran parte de los hombres de su partido político, y yo fuí uno de ellos, que tuvieron la aspiración de trabajar de una manera más directa, para la reorganización del país y por amor a la paz, procedió de manera que, si bien débese esperar que sea coronada de un éxito feliz, con la creación de un gobierno pacífico y que dé a todos garantías, no ha dejado de sujetar a V. a muy grandes sacrificios. Después de eso, se le ve a V. el primero en su casa; abstenido del poder, no queriéndolo, y declinando de toda influencia en la administración; ¿qué más se quiere? ¿Qué mayor prueba de desinterés y abnegación?

Pero una y otra, naturales, razonables, y que hacen a V. el más alto honor. Basta eso. Lo demás es tocar los extremos, sobre todo hasta donde V. quiere tocarlos, y que no puede dejar de producirle los mayores sinsabores personales.

¡Qué más quisieran sus enemigos, señor General, qeu verle dar ese paso en estas circunstancias!

Medítelo señor!, y ya que su pobre amigo nada puede con V.; ya que la lealtad de su carácter, su amistad y su franqueza no tengan valer en su ánimo, aténgase al consejo de personas más importantes, prudentes, versadas y responsables.

Yo no quisiera que nadie tuviera intervención en

este negocio; pero si tiene confianza en el General Guido, ¿por qué no lo consulta?

Las facilidades que le ha ofrecido el cónsul francés, son para mí, sospechosas.

(Luego vienen estas palabras, tachadas en el original, pero perfectamente legibles: "Es francés, y le lisonjea la perspectiva de nuestra humillación, enalteciéndose ellos").

Ahora, a mi vez, yo voy a consultar a V. en cosa propia. Voy a ver si me procuro un medio de trabajar. Creo que habrá paz, y que para el año que viene trabajarán los saladeros aquí: que habrá animación en las transacciones con la campaña. Me propongo hacerme agente de los hacendados para la venta de ganados, y para lo que se les ocurra en su negocio. Recomendado por mis amistades en el campo, y por las que espero que oportunamente V. me dará, podré quizás hacer mucho. ¿Qué le parece? Es necesario ya tratar de trabajar y vivir. En cinco años y después del trastorno de mi esperanza en el año 51; no he hecho más que sacrificarme, sin ganar nada, puede decirse.

Si a V. le parece bien mi pensamiento, me animará mucho.

Ordene V. como quiera a su amigo y servidor Q.B.S.M.

J. A. I.

Casa de V. Mayo 8 de 1856.

Pero no fué en 1856 cuando sintió Oribe, por primera vez el extraño deseo.

Tres años antes, desde la ciudad de San José, y en

la noble casa de don José Bruno Larriera, escribió el general Oribe a Napoleón III la carta siguiente:
San José, Agosto 3 de 1853.

Sr.

Nacido en el suelo de la R. O. del U., del continente sud americano, desde mis primeros años consagré la vida al servicio de mi patria en los ejércitos que combatieron por su libertad, hasta obtener de ser coronados los nobles esfuerzos de mis compatriotas con la liberación de nuestros países.

Nos estaba reservada, Sr.., una de las más duras y terribles calamidades que pesan sobre... común.

...y con... desprecio de la paz y del respeto... que eran la salvaguardia... que presentaban la vida y la propiedad. Desde entonces uno a uno se han sucedido los facciones; son estériles los grandes... de prosperidad nacional, y ni aún... consintieran los principales derechos del hombre en sociedad.

Hemos... No puede ocultarse a las personas menos previsoras que algunas naciones limítrofes ambicionan la conquista de este país. Esa conquista es un porvenir risueño para el B. y sus... aspiraciones del...

Sustraerse a las dolorosas consecuencias del triste cuadro que brevemente dejo bosquejado ante V. M. I., es el objeto con que tengo el honor de hacer llegar ante el trono de vuestra Majestad I. este humilde escrito, para impetrar la gracia de que, por un rasgo de esa magnanimidad que hace la ventura de la Francia, se digne permitirme un lugar entre los hijos de la gran nación, amparándome y naturalizándome en ella.

A esta gracia, Sr. será eternamente grato a Vuestra Majestad I. cuyos pies Besa.

Manuel Oribe.

Aclara en estas líneas el Jefe del Cerrito, su deseo de abandonar el país; cree que la intervención brasilera es funesta, y que el Imperio busca la reconquista de la antigua Provincia Cisplatina. El Uruguay es libre, todavía, pero Oribe no soporta la idea de la tutela extranjera, y decide irse.

No tuvo esos escrúpulos diez años antes, cuando plantando sus tiendas en el Cerrito, debió entrever la suerte final de su patria, en caso de rendirse Montevideo. Porque él venía con el título de General en Jefe del Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina, representando a Rosas y defendiendo sus miras que llevaron al futuro Restaurador, en Setiembre de 1828, a buscar al general Lavalleja, destacado en Melo, para decirle, en nombre de Dorrego, que no exigiera en la Convención del Janeyro, la independencia absoluta de la Provincia Oriental.

Pero no es sólo el temor de una absorción del Uruguay por el Brasil lo que lo empuja. — Teme por su vida y la de sus amigos políticos, ya que — escribe — las violencias de Flores crecen diariamente.

Eso piensa. Pero no es lógico en todo el proceso al fin del cual adopta la actitud del renunciamiento. Cuando se va, lo hace por imposición adversaria. Lo destierran. Pide le permitan ir a Entre Ríos: lo obligan a embarcarse rumbo a España. Ya en Barcelona pudo, cruzando los Pirineos, establecerse en tierra francesa,

añorada por él, pocos meses antes, no como lugar de transitorio descanso, sino como patria definitiva elegida por su albedrío.

No lo intenta.

Faltan documentos que permitan asegurar, por otra parte, si llegó hasta Napoleón la súplica del general americano. Es posible que no, ya que en Agosto inició Oribe por los departamentos su gira política, interrumpida bruscamente por Flores, al llevarle a su quinta del Miguelete, el pasaporte que lo extrañaba para fuera de cabos.

Resulta difícil percibir el verdadero pensamiento de Oribe, su exacto estado de ánimo en los últimos meses del 53, aún disponiendo de la invalorable correspondencia inédita de que hemos podido disponer.

Más espinoso es valorar su actitud del 56.

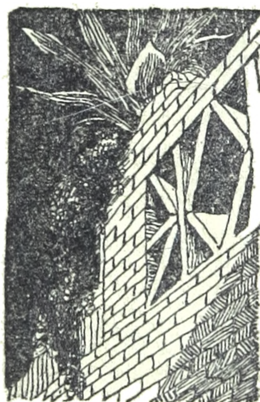
El panorama ha cambiado entonces. Los brasileros han abandonado el país y ni Oribe ni su partido son objeto de persecuciones, ocupando el antiguo jefe del Cerrito, en la nueva posición política derivada del triunfo de Pereyra, un lugar de primer plano, como le correspondía, en realidad, por el papel de Gran Elector, que había desempeñado después del Pacto de la Unión.

Y ahora, anotemos la coincidencia eztraña:

Vencido en Caseros, Rosas se refugia en Inglaterra, su odiada enemiga; cuando a Oribe lo envuelve y domina el desaliento, intenta encontrar descanso en tierras de Francia, a la que nunca quiso.

Pero mientras Rosas se afinca en Southampton, y

un cuarto de siglo después de su caída, muere en tierra británica posando de granjero, sin haber sentido el menor impulso de renegar de la patria lejana, Oribe demuestra, en Agosto del 53 verdadera prisa en hacer abandono de su ciudadanía, de la que tan orgulloso se mostró siempre, hasta en los tiempos en que, comandando tropas extranjeras, llegó ante la ciudad de su nacimiento para ponerle cerco.



LA EXPIACION

LA EXPIACION



ABIA llegado, pues, el general Oribe a la faz más penosa en la vida de un hombre: la del desaliento. Tenía sesenta y cuatro años y su estado anímico justificaba la súplica de doña Agustina, la esposa abnegada cuyos últimos años, llenos de temor por la suerte del compañero, no habían sido otra cosa que un cotidiano tirarse de rodillas ante la imagen de la Inmaculada:

—"Cuiden a Manuel — escribe a un íntimo de la familia; — lo veo tan abatido como para temer que atente contra su vida".

Al hombre que supo dominar a fondo los "placeres viciosos" de que habla Tolstoy, —nunca bebió Oribe, ni jugó jamás— tomólo exageradamente entonces la sencilla distracción del mate y del cigarro. Abusó de ellos hasta perder el sueño. Ahondáronsele las ojeras, siempre tan pronunciadas en él, que hacían resaltar el fulgor de sus ojos verdes, emboscados en las salientes órbitas. Oribe no fué hombre de faz comunicativa, sino reconcentrada. Pero ahora era otra cosa. Persistía la dureza de su mirar, con algo nuevo, de melanco-

lía sutil, así como un descontento íntimo, transparentándose en sus actitudes.

Es posible que el balance de su vida lo haya conducido a ese desasosiego. Su existencia, desde la víspera del combate del Cerrito, en que su madre lo presentó a Rondeau destinándolo a la patria, debió estar siempre al servicio de su país. Dudaba ahora de haber cumplido su deber sin claudicaciones.

Cuarenta años duró su batalla. En esos cuarenta años, — bien lo comprendía ahora — tuvo errores demasiado hondos como para acongojarlo en el momento del ajuste.

Errores y culpas. De haberlas repasado contritamente, como las cuentas de un rosario, tiene que haber sufrido.

Lo que no recordó fué la dureza cruel que utilizó en la guerra.

Había deseado ser un héroe a la manera de los de Plutarco. Pero para esos reza la frase breve:

—"No hay grandeza sin clemencia".

Jamás la tuvo Oribe para el vencido en los combates. Ni en Sarandí, ni en el Cerro, ni en Arroyo Grande.

No la ejerció con Juan Tomás Sosa, Encarnación Parraguirre, Tomás Barca, Modesto Lugo, Manuel González, patriotas sin más delito que el ser portadores del triunfo en las Misiones. No la prodigó con Cubas, ni con Avellaneda, ni con Florencio Varela, ni con Dubrocas, adolescente sin culpas, trasegado en un momento de ira, a las innobles manos de "don Indio", el degollador.

Y si es verdad que el coraje sólo se ejerce contra la resistencia y se detiene frente al enemigo indefen-

so, a riesgo de convertirse en cobardía, habría que llegar entonces a la convicción de que fué un mito la bravura de Oribe.

Un escritor latino dijo de Julio César, que "era tan dulce en la venganza, que habiendo rendido a unos piratas se limitó a extrangularlos a pesar de haberlos amenazado con la cruz. A todos los colgó del madero, pero ahorcándolos antes, para evitarles así el tormento de la crucifixión".

Aceptan los antiguos que sólo la cobardía es capaz de engendrar la crueldad, y compartiendo ese juicio llegó Montaigne a transformar en axioma la premisa que pretende que el valor brutal, inhumano y perverso, va, generalmente, unido a la femenina blandura.

Hombre de tan compleja psicología, Oribe escapa a generalizaciones tan peligrosas. Demasiado probó su temerario arrojo en los entreveros por la patria, como para discutírselo. Si la intrepidez de Lucas Píriz salvó una vez la vida de Oribe en las provincias, la intrepidez de Oribe arrancó de la muerte en las provincias al general Urquiza.

Este hombre no debió pensar nunca en su dureza guerrera como en un delito contra la humanidad.

Tenía que sentirse fruto de la época ruda en que actuara, sin recordar los ejemplos de misericordia para el vencido, que supieron usar algunos de sus contemporáneos.

Algunos de sus contemporáneos lo bastante iletrados como para no saber oír sino instintivamente, el eco de estas palabras milenarias:

—"Matar a un hombre es ponerlo al abrigo de nuestras ofensas".

Le place ahora deambular solo por el pueblo, gustando el aislamiento. Se lo escamotean. La popularidad fatiga y los hombres que la sufren comprenden el descanso del anonimato.

Ninguna visión violenta ahonda su gesto triste: la raíz de su sufrimiento no se nutre en la rudeza de pasadas acciones de guerra y triunfo.

Lo seduce el crepúsculo. Vaga sin destino por las callejuelas del villorrio que agrupa tantas casitas bajas. Dentro de ellas cristaliza, para los que vendrán, el ensueño. En la altura modesta de sus viviendas reside todo el encanto del caserío. Limitando el jardín, un cerco breve, por encima del cual contemplan los simples la enorme redondez de la luna, cuando surge del bañado para ascender luego en el dulce cielo de la Restauración. Los pueblos que crecen a lo largo, no sospechan que guardan en esa humildad el misterioso secreto de su hechizo.

Cuando bien entrada la noche, huída la velada en lo de Miró o en lo de Spina, retoma el General el camino del Miguelete, pocas candilejas oscilan en la aldea. Duerme el pueblo. Los cascabeles de las colleras del carruaje, denuncian la vuelta lenta.

¿Qué pensará de él toda esa gente que descansa en el sueño, y que se le mostró, en el cruce, reservada o fervorosa? Intentar descubrirlo, fuera como pretender arrancar a las casas su techumbre, a los cráneos su bóveda. No se entrega sin lucha el pensamiento, ni el menos escondido. Tal vez ignore Oribe que una

parte de su tristeza está grabada por la nostalgia del mando. Sin haber vencido, fué dueño, en el Sitio, del país entero, mientras el adversario guardaba desesperadamente la Capital amurallada. El que fuera el jefe, no podía resignarse a constituir ahora una figura ciudadana rodeada de odios, que, a pesar de las idolatrías, que también lo cercaron, pesan más que ellas en el ánimo humano.

Esta falta de resignación culminó en desaliento.

A cierta altura de la vida la borda debe aventar todo lastre. Quien pretenda la felicidad no olvide la vieja fórmula:

—"Ser sencillo, aceptar todo, no tener memoria".

¿No tener memoria?

¡No!

¡Es una fuerza el recuerdo!...

Era coronel de caballería y estaba en retiro cuando casose en Febrero del 29. Percibía entonces, como única entrada, ochenta y tres pesos con dos reales, y en esa suma mensual iba el premio a los integrantes del grupo heroico de la cruzada.

Pero vivía en una patria libre, y al nacimiento de esa patria nueva él había contribuído con nombres ya recogidos por la historia: la Agraciada, Sarandí, el Cerro, Bacacay, Ituzaingó al que entregara sus insignias con un grito de homérida. Y era joven. Y una mujer lo quería... ¿Qué había sido su existencia hasta entonces? Tregua entre asaltos. Una breve dicha íntima, una partida de ajedrez, un libro para la noche, un amigo abriéndose en la confidencia... ¿Qué más? No podía, inteligentemente, pretender el bienestar estabilizado, el remanso permanente. Su felicidad estuvo en

el goce de su dura autoridad y en la efectiva bonanza de su vida hogareña.

No siempre la memoria es un filo.

* * *

Detiénese el carruaje y la noche recoge y guarda los ruidos de la marcha.

Levantando el farol a la altura de la cara, Cucho, el liberto, abre la portezuela junto al macizo de la quinta, contempla un segundo al amo, y luego, con respetuosa familiaridad, murmura:

—"¡Viene cansao y con sueño, mi General!..."

* * *

Hay que ahondar en esa faz del desaliento de Oribe, que habiendo conocido todas las emociones, el delirio patriótico, el romántico noviazgo, la imposible reivindicación luego de la renuncia expresa, experimenta ahora algo nuevo, doloroso, nunca sentido hasta entonces. Hay en su estado anímico, rara mezcla de inquietud, hastío, desilusión, y hasta fatiga. Le parece estar expiando faltas que no logra concretar bien. No es una total desconformidad lo que lo hunde en esa apatía temible para los suyos. Ni un remordimiento. Este hombre no es de los que se arrepienten de sus actos.

Tal vez una intención...

Tal vez.

Acabamos de descubrirle una que no podemos asegurar haya cristalizado. Comandando un ejército argentino, y pronto a invadir la tierra de su nacimiento por orden de Rosas, Oribe gestionó un empréstito de treinta mil pesos, obligando, para el reintegro de

esa suma y sus intereses, las rentas de la República Oriental del Uruguay. A ese efecto otorgó poder al general Antonio Díaz, en la ciudad de Paraná, a fecha 16 de Mayo de 1842. El destino de ese dinero fué fijado por el jefe oriental, figurando en el detalle las cantidades a percibir por el doctor Villademoros, el general Servando Gómez, la madre del coronel Rincón, y su propia esposa doña Agustina, a quien reserva la suma de mil pesos en metálico.

Más todavía. No solamente piensa Oribe en las apremiantes necesidades de los suyos y de sus jefes, sino que ordena se confeccione pulcros uniformes para los oficiales del batallón Rincón, "que están desnudos".

Los libros de cuentas del Ministerio de Hacienda del gobierno del Cerrito desaparecieron con la paz de Octubre.

Nos quedaremos, pues, con la intención de Oribe.

Puede esa intención haber pesado en su ánimo, hasta deprimirlo fuertemente en el ocaso de su vida, sobre todo si llegó a conocer las líneas que desde el Durazno, y en 5 de Abril de 1841, dirigió el general Rivera a su "muy amada Bernardina".

—"... y porque quiero prevenirte que has de decir a D. Pedro Pablo que ci puede ipotecar o vender la quinta del Miguelete, con todos los terrenos, hasta la cuchila del Manga, que lo haga, pues se necesita plata para las necesidades de la guerra; que no se reserve nada, sólo tu quinta del Arroyo seco, donde vives con nuestra familia..."

La guerra para cuyo sostenimiento quiere Rivera vender o hipotecar sus bienes, es la que desde antes

de Cagancha viene manteniendo la orientalidad contra el tirano Rosas. Como teniente de éste en la invasión, viene Oribe. Este también necesita dinero para la guerra. Para la guerra que ha desatado el siniestro Restaurador contra nuestro país. Ha de obtenerlo, esa es su intención, tatuada en su correspondencia, por un empréstito con firme garantía. Tan firme, como que la constituyen las rentas de la República Oriental del Uruguay...

El episodio puede haber sofocado a Oribe, si es que alguna vez, en alguno de sus paseos solitarios por la Restauración, le llegó en forma de lejanísimo recuerdo.

No siempre, pero a veces la memoria es un filo .

Lo que hipotecó para siempre el general Oribe al concertar la alianza con Rosas, fué su prestigio antiguo, su figura de libertador.

Siendo Presidente de la República y a punto de caer vencido por el empuje riverista, supo rechazar altivamente la ayuda que le ofrecieron las tropas federales, porque el precio fijado por Rosas a su tributo de sangre, fué la anexión del Estado oriental al territorio que recién empezaba a sufrir su zarpa sanguinaria.

Después de Arroyo Grande cambia la actitud de Oribe, convertido ya en teniente del tirano, cuyo dominio él mismo consolidara en la tremenda campaña de las provincias.

En Febrero del 43 pone cerco a Montevideo, y el mismo hombre que prefirió perder el gobierno y no la patria, llega al Cerrito mandando tropas extranjeras a sueldo de B. Aires. No podía dudar, sin embargo, del

papel que le estaba reservado a su país si triunfaba la invasión, en esa guerra de conquista, o de reconquista, para ser más exactos: recuérdese que el estanciero Juan Manuel de Rosas financió parte de la cruzada de Abril del 25, sintiendo tanto fervor por la anexión de la Provincia Oriental a las otras del Río de la Plata, como contrariedad por su absoluta independencia, proclamada el año 28 en el Janeyro luego de enérgica presión británica. Cuando Oribe se entrega a Rosas, comienza a recorrer el camino de un calvario que él consideró como la cumbre de la grandeza.

Fué al principio, la adopción de su sistema de lucha, basado en la impiedad con el vencido.

La manea forrada con piel de la espalda de Berón de Astrada, anuncia la que ha de forrarse en Arroyo Grande con la piel de Henestrosa.

Luego imita los gestos políticos y hasta las actitudes sociales de su aliado. Idéntico rechazo de honores, igual devolución de regalos.

Cuando en 1849, Oribe restituye a Larravide carta y obsequio, éste por demasiado valioso y aquella por demasiado cortesana — episodio del que tanto caudal han hecho ciertas publicaciones partidarias — recuerda fielmente a Rosas cuando el año anterior devolvió a la señora de Castex carta y obsequio, aquella por contener elogios desmedidos y éste porque su valor excede en mucho lo que la dignidad que se atribuye el propio Rosas le permite aceptar decorosamente.

Oribe sitió a Montevideo como jefe del ejército de vanguardia de la Confederación Argentina y, si en nueve años no tomó la ciudad, fué en cambio dueño absoluto de la campaña, luego que Urquiza la despe-

jara de enemigos en el osario de India Muerta. En el largo tiempo de guerra, no dejó de ser, sin embargo, y a pesar de su título de Presidente Legal, un subordinado del tirano. Estrecha amistad unió, aparentemente, a los dos personajes. En el fondo, los separó siempre, durante el Sitio, una evidente tirantez, menosprecio apenas disimulado en Rosas, bien escondido en Oribe bajo la apariencia de una firmísima aparcería política. Ya en 1845 el tirano desestima a su teniente al publicar en "La Gaceta" los Estados de tesorería de la Provincia de Buenos Aires, documentando así que el ejército invasor del Estado Oriental, argentino en su mayor parte, cobra sueldo de la Federación.

Años después le prohibe festejar en el Cerrito, sus fechas caras: su natalicio en Marzo; el de Manuelita en Mayo; en Octubre la revolución contra Balcarce.

Por fin devuelve a Oribe la espada de honor que éste le remite a Buenos Aires por intermedio de una delegación que preside su ministro Villademoros, porque se considera indigno de usarla, creyendo que esa dignidad le corresponde mucho más a Oribe que a él mismo. Bofetón con guante, zorruna manera de zaherir y menospreciar, ocultando la garra.

Ninguna de estas actitudes de Rosas punzó ostensiblemente la susceptibilidad de Oribe y la armonía de ambos se mantuvo en apariencia, inalterable.

No logró separarlos tampoco la posición de Rosas en 1847, cuando con motivo de una seria tratativa de paz entre el Cerrito y la Defensa, desautorizó el Restaurador las gestiones, recordando que lo que sostenía las tropas argentinas en tierra oriental, "no era úni-

camente la Presidencia del brigadier general don Manuel Oribe, sino altas miras de la Confederación Argentina." ¿Ni aun entonces pudo darse cuenta Oribe de que la campaña que él sostenía, constituía una clara guerra de conquista, en la que se jugaba la independencia de su tierra?

Cara habría de pagar esa pasividad o ese error, o esa resignación frente a los atropellos de su Jefe. Cuando la decisión de Urquiza de levantarse contra Rosas se hace pública y obliga a Oribe a pedir refuerzos, Rosas no le contesta, destituyéndolo violentamente del cargo de General en Jefe del Ejército de Vanguardia y, ordenando al Coronel Ramos que en caso de que se resista, lo ate.

Vencido Oribe por la acción de presencia del entrerriano y, residiendo como antes, en la Restauración y el Miguelete, rompe con Rosas, cuyos días de dominio están contados por el tiempo que media entre la paz del Peñarol y la derrota de Caseros.

"Desde entonces hasta la muerte de Oribe, no cambian ni una carta los dos personajes.

Rosas, en el destierro, parece haberse olvidado de su lugarteniente. Los finos labios de Oribe, — labios de ese corte que la psicología marca como los que con más fuerza saben callar — no se desplegaron nunca más para volver a nombrar a su antiguo aliado. Sin embargo la balbuceante confidencia a Tristany, ya en el umbral de la última sombra:

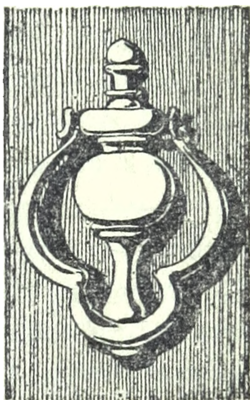
—"Toda mi vida tuvo como único fin servir a mi patria; la traición de un amigo pérfido me estaba reservada como último desengaño", no puede sino referirse al siniestro señor de Santos Lugares.

Esta faz del desaliento de Oribe tuvo que tener un matiz secreto: el de un profundo y desolado remordimiento. Por duro que haya sido aquel hombre de su época y su destino, la vida le concedió el tiempo necesario para el implacable balance del pasado .

El vió envejecer sus trofeos, suceder el silencio al tumulto. La gloria es a veces un relámpago, a veces la hoguera de toda una selva, y otras una lámpara votiva. Queda, fría y justa medidora, la Historia.

En ella está Oribe, con sus crueles, sus tremendos errores, y sus charreteras de Ituzaingó.

Nunca se cierra el Juicio.



INDICE

ESTE LIBRO CUYO TIRAJE ALCANZA A 3000 EJEMPLARES, TERMINO DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES DE LA IMPRESORA L.I.G.U., CALLE CERRITO 740, EL DIA 18 DE JUNIO DE 1949.